CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

668
febrero 2006

DOSSIER
España reconoce la Independencia americana (y 2)

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

DIRECTOR: BLAS MATAMORO
REDACTOR JEFE: JUAN MALPARTIDA
SECRETARIA DE REDACCIÓN: MARÍA ANTONIA JIMÉNEZ
ADMINISTRACIÓN: MAXIMILIANO JURADO

AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Cuadernos Hipanoamericanos: Avda. Reyes Católicos, 4
28040 Madrid. Teléfs. 91 5838399 - 91 5838400 / 01
Fax: 91 5838310 / 11 / 13
e-mail: Cuadernos.Hispanoamericanos@aeci.es

Imprime: Solana e Hijos, A.G., S.A.
San Alfonso 26, (La Fortuna) - Leganés Madrid

Depósito Legal: M.3875/1958 - ISSN: 0011-250 X-NIPO: 502-05-001-3

Los índices de la revista pueden consultarse en el HAPI
(Hispanic American Periodical Index), en la MLA Bibliography
y en Internet: www.aeci.es

* *No se mantiene correspondencia sobre trabajos no solicitados*

668 ÍNDICE

DOSSIER
España reconoce la independencia americana (y 2)

PUNTOS DE VISTA

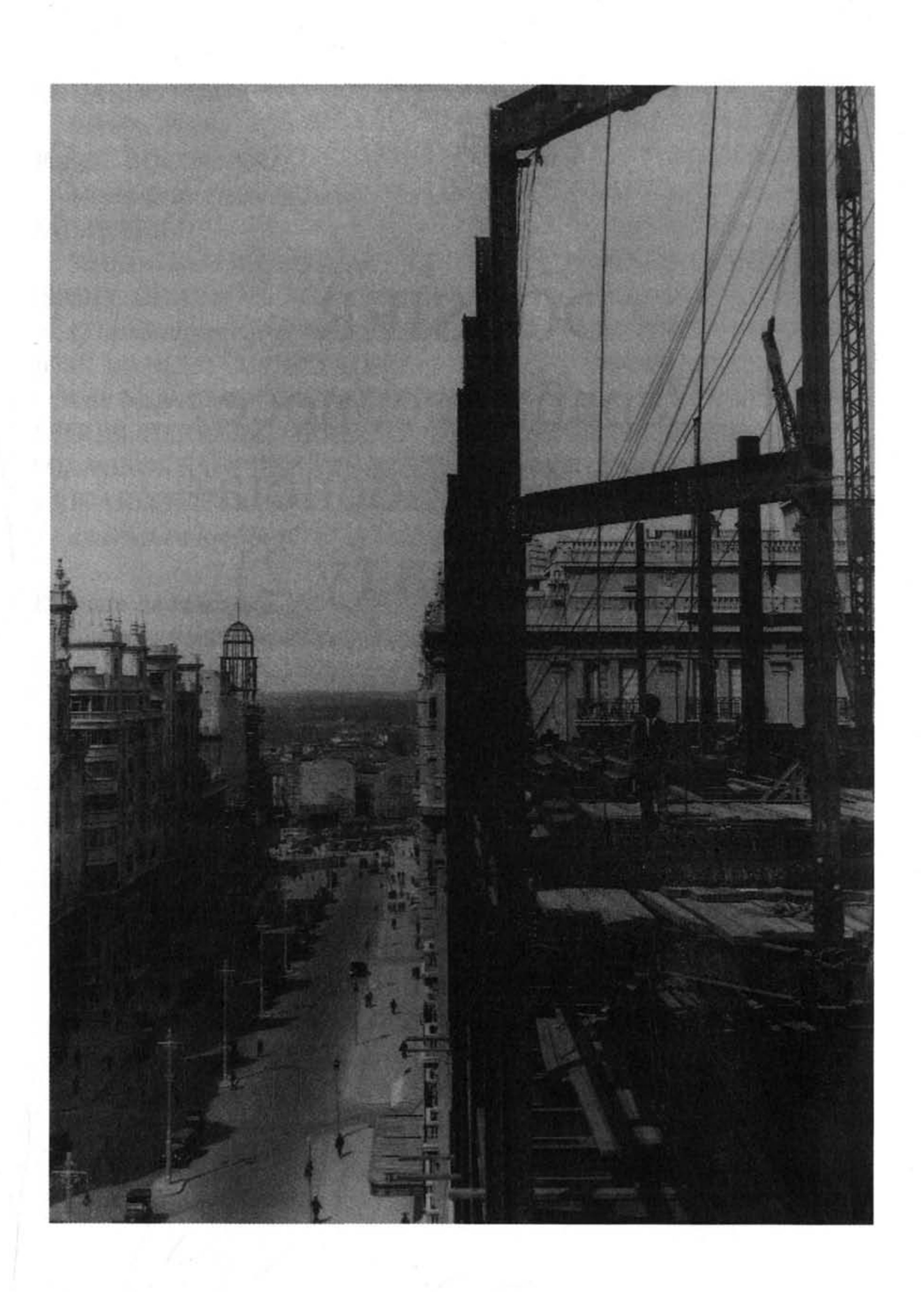
CALLEJERO

BIBLIOTECA

La revista agradece la cesión de las ilustraciones fotográficas por parte de la Fundación Telefónica

DOSSIER
España reconoce la Independencia americana (y 2)

Coordinador
Agustín Sánchez Andrés



Alfonso, 1927. Edificio de Gran Vía (Madrid)

El reconocimiento de España a la Independencia de México

Marco Antonio Landavazo

El reconocimiento de la Independencia de México por España fue el resultado de un largo y accidentado proceso en el que se puede observar la influencia recíproca entre política interior y política exterior. Es verdad que el curso y el desenlace de este proceso estuvo condicionado por un juego de interdependencias entre los avatares propios de la política doméstica en la Península Ibérica y en la naciente república mexicana por un lado, y entre éstas y los vaivenes de la arena internacional por el otro. A la manera de una caja fuerte, sólo una perfecta combinación entre elementos políticos endógenos y exógenos pudo crear las condiciones favorables para un acercamiento exitoso entre España y México que derivara en un duradero acuerdo diplomático.

Ciertamente, y al menos sobre el tema del reconocimento de la independencia, la acción internacional tanto de México como de España, pero sobre todo de esta última, parecía en más de un sentido una mera proyección de la política interior más allá de sus fronteras. Es por eso que, sin dejar de considerar el marco exterior, se vuelve necesario dirigir la mirada a las circunstancias particulares que en ambos lados del Atlántico determinaron las relaciones entre los dos países, desde que inició la rebelión de Miguel Hidalgo en 1810 hasta los finales de 1836 en que se firmó un tratado definitivo de paz y amistad. En ese lapso una actitud de obstinación dominó sobre los afanes conciliatorios, dando por resultado una tardanza en la firma de un tratado que los propios actores de la época lamentaron en más de una ocasión, pues no benefició, sino todo lo contrario, a ninguna de las partes.

La política de la obstinación

Una pertinaz negativa a reconocer lo inevitable, en efecto, fue el rasgo distintivo de la actitud que asumió la elite dirigente española ante

la insurgencia novohispana y su posterior desenlace independentista. En los primeros momentos del levantamiento de Hidalgo, como es natural, privó la confusión y la incertidumbre en la Península y fue difícil por tanto establecer un diagnóstico certero sobre sus motivaciones; pero también es cierto que una inicial y simplista comprensión de la naturaleza y los alcances de la rebelión se mantuvo sin alteraciones sustanciales a lo largo del régimen fernandista, lo que condicionó desfavorablemente el curso de las relaciones entre la metrópoli y su más importante posesión ultramarina.

Por los finales de 1810 la Regencia dio a conocer su visión acerca de las rebeliones americanas, entre ellas la que tenía lugar en la Nueva España: eran el fruto de la acción de unos cuantos disidentes que, aprovechándose de la invasión francesa de la península, habían tomado el control de algunas regiones y habían incitado a las clases populares a participar en actos de pillaje; la mayoría de la población, sin embargo, permanecía leal al monarca y al gobierno virreinal. En 1814, ya de regreso Fernando, el Consejo de Indias llegó a una conclusión similar; y en 1821, en un informe enviado a las Cortes, Ramón Gil de la Cuadra expuso la misma opinión. Todavía en 1830, Henry Addington se refería al «gran error» del gabinete español que seguía pensando que los mexicanos estaban ansiosos de volver al dominio de España[1].

Una visión como ésta alimentaba una política militarista que se veía no sólo como una opción adecuada para enfrentar la rebelión en Nueva España, sino como una salida de justicia y necesidad, pues no podía abandonarse a su suerte a un supuesta mayoría de novohispanos leales. Así las cosas, en septiembre de 1811 se creó la Comisión de Reemplazos –un comité semioficial integrado por comerciantes de Cádiz–, que en palabras de Michael Costeloe fue la fuente y estímulo de la mayoría de las campañas militares en América. Dos meses después se anunció la primera expedición a Nueva España, formada por un barco de guerra, tres transportes y un total de 750 hombres[2].

La idea de la reconquista por medios militares se fortaleció con el regreso de Fernando al trono en 1814. En julio creó la Junta de Gene-

[1] *Michael P. Costeloe,* La respuesta a la independencia, *México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 51-56; H. U. Addington a Lord Aberdeen, Madrid, 3 de marzo de 1830, en Charles K. Webster (ed.),* Britain and the Independence of Latin America; 1812-1830. Selected Documents from the Foreign Office Archives, *2 vols., Londres, Nueva York, Toronto, Oxford University Press, 1938, vol. II, pp 475-476.*

[2] *Michael P. Costeloe,* Op. cit., *pp. 79-80.*

rales, presidida por su hermano Carlos, cuya primera recomendación fue la de enviar hacia América un poderoso ejército. A sus propias convicciones personales y a la opinión de muchos ministros, consejeros y funcionarios españoles y americanos se sumó la necesidad de resolver el problema de un ejército que se había vuelto numeroso una vez que finalizó la guerra contra Francia. Por lo demás, la formación de la Santa Alianza en septiembre de 1815 y sus principios legitimistas supusieron un impulso a sus planes. En esa tesitura, Fernando autorizó el envío de una expedición hacia Veracruz encabezada por Pascual Liñán, que no pudo partir sino hasta 1816[3].

Para 1817 era evidente la ineficacia de las medidas tomadas, de tal suerte que el Consejo de Estado decidió discutir la llamada cuestión americana. Sin embargo, el espíritu bélico triunfó otra vez y el rey destituyó a José García de León y Pizarro, uno de los principales defensores de una salida negociada, y nombró como nuevo ministro a Carlos Martínez de Irujo, quien propuso suspender inmediatamente las pláticas con Inglaterra sobre una posible mediación y adelantar los preparativos para una nueva agresión militar. La revuelta de Riego el primer día del año de 1820 y la restauración del sistema constitucional aplazaron esos preparativos, pero en modo alguno significaron el abandono de la fuerza como política hacia América. De hecho, si bien las tendencias negociadoras eran mayoría en las Cortes, éstas aprobaron en octubre de ese año la construcción de 20 barcos de guerra y en noviembre de 1821 el envío de cuatro barcos a Veracruz[4].

El regreso del absolutismo, en octubre de 1823, sólo facilitó la continuación de los proyectos de «pacificación» de la para entonces naciente república mexicana. Para estos años, la política del gabinete había tomado un pequeño giro: la conquista de Nueva España ocupó un lugar prioritario, pues se le veía, una vez sometida, como el punto de partida de la recuperación del imperio y una fuente de recursos financieros para dicho propósito; Cuba, por su parte, era tenida como una pieza esencial en los planes de invadir a México[5]. Este tipo de con-

[3] *Josefina Z. Vázquez,* México, Gran Bretaña y otros países (1821-1848), *México, Senado de la República, 2000,* (México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores; *Tomo II), pp. 26-28; Michael P. Costeloe,* Op. cit., *pp. 82-97.*

[4] *Michael P. Costeloe,* Op. cit., *pp. 98-108 y 118.*

[5] *Véase al respecto Marco Antonio Landavazo, «La imagen del rey español y la política mexicana, 1810-1833» y Salvador Morales Pérez, «Cuba en el conflicto independentista hispano-mexicano, 1820-1836», ambos en Agustín Sánchez Andrés y Raúl Figueroa Esquer (comp.),* México y España en el siglo XIX. Diplomacia, relaciones triangulares e imaginarios

sideraciones dominaban en el Consejo de Estado cuando, en 1828, volvió a discutir el tema. La mayoría de los consejeros optaron por abandonar de nuevo los intentos diplomáticos que de cualquier manera se venían haciendo y emprender, con mayor resolución, una expedición hacia México.

El rey autorizó entonces el proyecto de invasión, que empezó a organizarse de inmediato. Se enviaron para ello refuerzos a Cuba, y para julio de 1829 se tenía ya un ejército de 4 mil hombres encabezados por el brigadier Isidro Barradas, que desembarcó en costas mexicanas el 26 del mismo mes y año. La dura realidad habría de demostrar que las esperanzas de un fervoroso y leal recibimiento a las tropas del rey eran una ilusión: en cosa de un mes y días Antonio López de Santa Anna logró derrotar y capturar a Barradas, lo que produjo en México un ambiente de patriotismo y unidad nacional «como no se había conocido desde los días de la victoria de la independencia»[6].

Contra lo que pudiera pensarse, la derrota de Barradas no desalentó los afanes militaristas de Fernando VII, y al poco tiempo se estaba preparando en España otra expedición con 25 mil hombres, que afortunadamente no llegó a concretarse[7]. Los informes que a partir de entonces daban los diplomáticos ingleses al encargado de negocios mexicano en Gran Bretaña, Manuel Eduardo de Gorostiza, sólo confirmaban la profunda convicción del rey de que la única medida posible era la militar. En efecto, en marzo de 1830, Lord Aberdeen hacía saber a Gorostiza que el gobierno español no quería oír hablar de renunciar a sus derechos, y en julio le comentaba que seguía sordo a «a toda proposición pacífica». En 1831, por su parte, el vizconde Palmerston le aseguraba que era muy difícil, por no decir imposible, que España reconociese la independencia de México[8].

No es de extrañar, por ello, que en una fecha tan tardía como el 17 de mayo de 1833, el enviado extraordinario y ministro plenipotencia-

nacionales, *Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto Tecnológico Autónomo de México, 2003, pp. 161-193 y 113-145.*

[6] *Michael P. Costeloe,* La primera república federal de México (1824-1835). Un estudio de los partidos políticos en el México independiente, *México, Fondo de Cultura Económica, 1975, pp. 221-226.*

[7] *Véase al respecto Jaime Delgado,* España y México en el siglo XIX, *3 vols., Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1950-1953, vol. I, pp. 444-450.*

[8] *Manuel Eduardo de Gorostiza al Secretario de Relaciones Exteriores, Londres, 17 de marzo de 1830, 22 de julio de 1830 y 13 de enero de 1831, en* El reconocimiento de la independencia de México, *estudio introductorio y coordinación de María Eugenia López de Roux, compilación de Roberto Marín, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, Archivo Histórico Diplomático Mexicano, 1995, pp. 521-525, 527-530 y 533-534.*

rio de México en Inglaterra, Máximo Garro, expresara su pesimismo sobre el ansiado reconocimiento español a la independencia de su país. En una nota enviada ese día al ministro de Relaciones Exteriores mexicano, le comunicaba que el restablecimiento de la salud del rey había permitido que la península siguiese «en su estado de perfecto absolutismo, más o menos violento según la voluntad y capricho del monarca». Por lo demás, agregaba Garro, la mayoría de los sectores sociales y políticos españoles veían en el reconocimiento tan sólo «la renuncia gratuita de una cosa muy productiva»[9].

La política de la negociación

Prácticamente desde el inicio de las rebeliones americanas se escucharon voces en la metrópoli que pugnaban por la vía de la negociación para zanjar la cuestión americana. Se exploraron al efecto la posibilidad de la mediación de una potencia extranjera, particularmente de la Gran Bretaña, o la búsqueda de un nuevo marco de relaciones entre España y América, ya fuese sobre la base del establecimiento de regímenes monárquicos o de la concesión de reformas que mejoraran la situación de las provincias. Incluso, se llegó a plantear, en reiteradas ocasiones, la salida del reconocimiento de la independencia. Sin embargo, la obstinación española y el pesimismo mexicano observables aún en 1833 expresan con claridad las dificultades que tuvo la política de la negociación para abrirse paso entre las elites políticas peninsulares.

En 1811, por ejemplo, un comité de las Cortes que analizó una solicitud de apoyo militar para pacificar Venezuela concluyó que la introducción de algunas reformas, antes que cualquier campaña militar, podría arrojar mejores resultados[10]. En marzo de 1815, el ministro Pedro Cevallos reintrodujo el tema de la intervención británica en el

[9] *Máximo Garro al Ministro de Relaciones Exteriores de México, Londres, 17 de mayo de 1833, en* Idem, *pp. 564-568.*

[10] *El vizconde Castlereagh a H. Wellesley, 1 de abril de 1812, en Ch. K. Webster,* Op. cit., *tomo II, p. 310. Al mismo tiempo, tanto las Cortes como la Regencia discutían la propuesta de mediación inglesa a cambio de ventajas comerciales, pero no hubo acuerdo pues España pretendía que la Gran Bretaña, en caso de fracasar las negociaciones, se comprometiera a apoyar un ataque a las provincias americanas, a lo cual se negó decididamente el gobierno británico. Sobre esto véase Guadalupe Jiménez Codinach,* La Gran Bretaña y la independencia de México, 1808-1821, *México, Fondo de Cultura Económica, 1991, pp. 119-122.*

seno del Consejo de Estado, y varios consejeros lo apoyaron al reconocer que España no tenía la suficiente capacidad para someter por la fuerza a los rebeldes americanos. Un año después el Consejo de Indias se opuso también a los planes militares, pues consideraba que la situación financiera del gobierno español impedía hacer frente a proyectos que requerían de enormes sumas de dinero. En 1817 el Consejo de Estado volvió a debatir el tema y llegó a una conclusión similar[11].

El retorno del régimen constitucional en 1820 dio un respiro a las tendencias negociadoras. El gobierno provisional envió instrucciones a los americanos para realizar elecciones de diputados a Cortes y para que hicieran saber sus deseos y propuestas a través de comisionados[12]. En el gabinete y en las Cortes españolas se prepararon entonces varios proyectos para crear una especie de confederación monárquica entre España y las provincias americanas, que se suponía podría ser la clave para terminar con las disensiones: la redactada por los mexicanos Lucas Alamán y José Mariano Michelena; la elaborada por una comisión presidida por el ministro de Ultramar Ramón Feliú; la que ideó Miguel Cabrera de Nevares inspirada en la de Alamán; y la del diputado Francisco Fernández Golfín, que se sirvió a su vez de la elaborada por Cabrera de Nevares[13]. A estas propuestas se sumaban las que hicieron Canning desde Gran Bretaña y el conde Jean Baptiste Guillaume Joseph de la Villèle desde Francia[14].

El contexto internacional presionaba a su modo por otro lado. Hacia 1821, la Gran Bretaña, ante el acuerdo de intervención en España tomado en el Congreso de Verona, se vio obligada a declarar su intención de reconocer por la vía de los hechos a los países americanos. Unos meses después, el ministro George Canning reiteró el punto de

[11] *Michael P. Costeloe,* La respuesta a la independencia, Op. cit., *pp. 89-93, 98-99 y 244-245.*

[12] Idem, *pp. 114-115.*

[13] *La propuesta se publica en Lucas Alamán,* Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente, *5 tomos, México, Instituto Cultural Helénico, Fondo de Cultura Económica, 1985, tomo I, apéndice, documento 19, pp. 49-65. Sobre el tema véase Agustín Sánchez Andrés, «De la independencia al reconocimiento. Las relaciones hispano-mexicanas entre 1820 y 1836», en A. Sánchez Andrés y R. Figueroa Esquer (comp.),* Op. cit., *pp. 24-32.*

[14] *Canning, por ejemplo, formó una comisión en octubre de 1823, que debería entablar conversaciones con el gobierno mexicano, con el propósito de explorar su opinión acerca de España y de la posibilidad de establecer un infante español en un eventual trono mexicano. El primer ministro francés tenía en mente por su parte poner al infante don Francisco de Paula en el mismo trono. Véase Ch. K. Webster,* Op. cit., *vol. I, pp. 26-34; Josefina Z. Vázquez,* Op. cit., *pp. 60-61.*

vista inglés en el famoso Memorándum Polignac, en el que se afirmaba que la reconquista española de América era imposible y que el reconocimiento de las naciones americanas era sólo cuestión de tiempo. El congreso norteamericano, a su vez, aprobó en marzo de 1822 la propuesta del presidente Monroe del reconocimiento[15].

En México, por otra parte, el comandante realista Agustín de Iturbide proclamó en febrero de 1821 el Plan de Iguala, que a la vez que declaraba la «absoluta independencia» de México en la número dos de sus bases, en la cuatro establecía que Fernando VII o «los de su dinastía» debían ser los emperadores del reino. La independencia fue reconocida en los Tratados de Córdoba firmados por Iturbide y el último gobernante español en México, el jefe político superior Juan O'Donojú; pero las Cortes españolas, en febrero de 1822, decidieron no ratificarlos, lo que permitió a Iturbide echar mano del propio Tratado que estipulaba que, en el caso de que la familia real española no aceptase el trono mexicano, las Cortes del nuevo Imperio designarían al emperador. En julio de 1822, como era de esperarse, Iturbide fue el designado[16].

Las Cortes españoles, no obstante, nombraron en mayo de 1822 a Juan Ramón Osés y Santiago de Irrisarri como comisionados ante el gobierno imperial mexicano. Tras la abdicación al trono de Iturbide en marzo de 1823, los comisionados españoles se entrevistaron con Guadalupe Victoria, entre el 28 de mayo y el 18 de junio de 1823, en la ciudad de Jalapa. Aunque las negociaciones empezaron con buenos augurios, un inesperado ataque del comandante español en la fortaleza de San Juan de Úlua, el 25 de septiembre, frustró las conversaciones[17]. México empezó a endurecer su posición. En octubre de 1823, el encargado de negocios de México en los Estados Unidos, José Anastasio Torrens, enterado de que los comisionados españoles no tenían facul-

[15] *«Memorandum of a Conference between the Prince de Polignac and Mr. Canning, begun Thursday, October 9th, and concluded Sunday, October 12th», 1823, en Ch. K. Webster,* Op. cit., *vol. II, pp. 115-120; Josefina Z. Vázquez,* Op. cit., *pp. 31-33.*

[16] *Sobre esto véase Timothy Anna,* El imperio de Iturbide, *Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Alianza Editorial, México, 1990, (Los Noventa), pp. 13-38 y Jaime del Arenal Fenochio, «Una nueva lectura del Plan de Iguala»,* Revista de Investigaciones Jurídicas, *año 18, núm. 18, 1994, México, pp. 45-75.*

[17] *Actas de las sesiones celebradas entre los comisionados españoles y el general Don Guadalupe Victoria, Juan Ramón Osés y Santiago de Irrisarri, José María Serrano y Blas Osés, Jalapa, 28 de mayo-18 de junio de 1823; Guadalupe Victoria a los Comisionados Españoles, Jalapa, 26 de septiembre de 1823, en* El reconocimiento de la indepedencia de México, Op. cit., *pp. 473-476 y 479.*

tades para acordar tratados y mucho menos sobre la base del reconocimiento, propuso al secretario de Relaciones Exteriores una serie de medidas que habrían de formar parte de la estrategia diplomática mexicana ante España: prohibir las mercancías españolas, acercarse a Colombia y preparar una expedición hacia Cuba[18].

Poco tiempo después, un decreto del Congreso mexicano del 11 de mayo de 1826 estableció, como condición innegociable, que el reconocimiento de la independencia debía ser absoluta, incondicional y sin indemnización alguna de por medio, además de que imponía pena de muerte a quien no la respetara. Una fallida conspiración proespañola al año siguiente, organizada por el fraile Joaquín Arenas, llevó al gobierno mexicano –en el marco de las disputas entre facciones liberales y conservadoras– a decretar en diciembre la expulsión de los españoles residentes en México, medida que se repitió en mayo de 1829 y en enero 1833. El gobierno español echó más leña al fuego con el envío de la también fracasada invasión de Barradas en 1829. El secretario de Relaciones Exteriores en 1830, Lucas Alamán, insistió entonces en la idea de atacar a Cuba conjuntamente con Colombia para presionar al reconocimiento. La vía diplomática estaba estancada[19].

A partir de ese mismo año de 1830, sin embargo, una serie de cambios abrieron de nuevo la puerta a los esfuerzos negociadores. El Vaticano, por ejemplo, decidió nombrar obispos para las sedes mexicanas en febrero de 1831, sin la presentación de la Corona española[20]. España se abría a la posibilidad del reconocimiento, pero pretendía imponer condiciones inaceptables para el gobierno mexicano: establecer una monarquía en México e instalar en su trono al infante don Carlos y que México se hiciese cargo de una parte de la deuda española. Reveladora de la circunstancia abierta en ese momento fueron las siguientes palabras de Garro: «Si ha llegado el momento en que el gabinete español comienza a mostrarse dispuesto a tratar con

[18] *José Anastasio Torrens, encargado de negocios de México en los Estados Unidos, al secretario de Estado y del despacho de Relaciones Exteriores, Filadelfia, 13 de octubre de 1823, en* Idem, *pp. 480-482. Véase también Agustín Sánchez Andrés,* Op. cit., *pp. 34-40.*

[19] *Decreto del Congreso Federal, México, 11 de mayo de 1826, en* El reconocimiento de la indepedencia de México, Op. cit., *pp. 509-510; Michael P. Costeloe,* La primera república federal, Op. cit., *pp. 90-97 y 137-148; Harold D. Sims,* La expulsión de españoles de México (1821-1828), *México, Fondo de Cultura Económica, 1985, pp. 21-29 y 148-165; Agustín Sánchez Andrés,* Op. cit., *p. 39.*

[20] *Carlos María Isidro de Borbón se encontraba al borde de la rebelión, a raíz de la promulgación de la* Pragmática Sanción *que derogaba la Ley Sálica, que impedía la sucesión femenina del trono. Josefina Z. Vázquez,* Op. cit., *pp. 64-73.*

los nuevos Estados americanos, me parece todavía bastante lejos aquél en que podremos entendernos sobre *la forma y el fondo* de las proposiciones»[21].

Sólo la muerte de Fernando VII abrió de manera franca el camino de la reconciliación. En mayo de 1834 Garro le informaba al ministro de Relaciones Exteriores de los rumores acerca de «las favorables disposiciones del actual gabiente de Madrid para reconocer nuestra Independencia». Le hacía saber, asimismo, que se había entrevistado con el embajador en Gran Bretaña, el conde de Floridablanca, quien a pesar de haber explorado la posibilidad de sacar alguna ventaja financiera –le dijo a Garro que si recíprocamente se sacrificaba «un poco de amor propio» las cosas marcharían rápidamente–, le aseguró que estaba dispuesto a otorgar pasaportes a quien se nombrara para las negociaciones y que todas las razones de México podrían hacerse valer en Madrid[22].

A principios de 1835 estaban ya creadas todas las condiciones para que México y España iniciaran negociaciones formales. En enero, el embajador de España en París comunicó a su homólogo mexicano, Lorenzo de Zavala, que su gobierno estaba dispuesto a entrar en relaciones con vistas a la firma de un tratado. Lo mismo le hizo saber en febrero a Máximo Garro el ministro español en Londres, Miguel Ricardo Álava. Y en marzo, el gobierno mexicano emitió instrucciones a Miguel Santa María, recién nombrado ministro plenipotenciario en Londres, para entablar negociaciones con el gabinete de Madrid[23]. Santa María, ahora como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca de Su Majestad Católica, dirigió en ese carácter la primera comunicación a Francisco Martínez de la Rosa, presidente del Consejo de Ministros, el 13 de junio del mismo año. Había llegado la época, como señaló Santa María a

[21] *Manuel Eduardo de Gorostiza al Excelentísimo señor ministro de Relaciones, Londres, 19 de enero de 1832, Máximo Garro al Excelentísimo señor secretario de Relaciones de México, Londres, 17 de diciembre de 1833, y Máximo Garro al Excelentísimo señor secretario de Relaciones Exteriores e Interiores de México, Londres, 16 de enero de 1834, en* Idem, *pp. 545-549 y 571-574.*

[22] *Máximo Garro al Excelentísimo señor secretario de Relaciones de la República Mexicana, Londres, 15 de mayo de 1834, en* Idem, *pp. 577-581.*

[23] *Lorenzo de Zavala al Excelentísimo señor secretario de Estado del Despacho de Relaciones Exteriores, París, 2 de enero de 1835; Máximo Garro al Excelentísimo señor secretario de Relaciones, Londres, 15 de febrero de 1835; Instrucciones que de orden del excelentísimo señor presidente interino se comunican al excelentísimo señor don Miguel Santa María para la negociación que se le encomienda con el gabinete de Madrid sobre el reconocimien-*

Martínez de la Rosa, «de poner término a la prolongada incomunicación que ha existido entre ambas naciones»[24].

Epílogo: la firma de un acuerdo definitivo

Hubo que sortear todavía algunos obstáculos. Iniciadas las conversaciones en octubre de 1835, el nuevo ministro Juan Álvarez Mendizábal intentó obtener algún tipo de indemnización y ventajas comerciales, postura a la que Santa María opuso como propuesta un par de tratados, uno de amistad y paz y otro de comercio y navegación[25]. Las negociaciones se pospusieron por los cambios de gobierno en España y no se reanudaron sino hasta octubre de 1836. El nuevo gobierno de Calatrava intentó obtener la rebaja de los derechos de aduana planteados con anterioridad, pero ante la negativa de Santa María fomuló una propuesta final «de mucho menor monta», con el propósito de allanar el camino del reconocimiento en el Legislativo: un descuento de derechos de importación a los cargamentos de azogue. En las Cortes se llegó a externar, de igual forma, una inquietud acerca de la soberanía española sobre Cuba. Ambas inquietudes fueron meditadas por Santa María y, a la postre, aceptadas como parte de los tratados[26].

En efecto, el día 28 de diciembre de 1836 Calatrava y Santa María llegaron a un acuerdo y firmaron un Tratado definitivo de Paz y Amistad entre México y España. La parte medular del Tratado estaba integrada por un preámbulo y ocho artículos. El primero de ellos establecía el tan ansiado reconocimiento pleno, absoluto e indefinido de la República Mexicana por parte de la reina gobernadora a nombre de su hija, la reina Isabel II. Se sumaban además un artículo secreto adicio-

to de la Independencia y Tratado de Amistad y de Comercio; en Idem, *pp. 606-607 y 609-613.*

[24] *Miguel Santa María al Excelentísimo señor don Francisco Martínez de la Rosa, presidente del Consejo de Ministros de Su Majestad Católica, 13 de junio de 1835, en* Idem, *pp. 618-623.*

[25] *Miguel Ricardo Álava al excelentísimo señor don Miguel Santa María, Londres, 11 de julio de 1835; Juan Álvarez de Mendizábal al excelentísimo señor Miguel Santa María, Madrid, 7 de octubre de 1835; Miguel Santa María al excelentísimo señor don Juan Álvarez y Mendizábal, Madrid, 13 de octubre de 1835; en* Idem, *pp. 627-628 y 630-635.*

[26] *Memorándum reservado de la conferencia tenida el 11 de octubre de 1836 entre los excelentísimos señores don Miguel Santa María y don José María Calatrava, ministro de Estado y Presidente del Consejo de Ministros acerca del reconocimiento de la Independencia de México, en* Idem, *pp. 649-652; Agustín Sánchez Andrés,* Op. cit., *pp. 46-47.*

nal, en el que se establecía que ambos países se comprometían a impedir y reprimir cualesquier actos que en su territorio se llevasen a cabo en contra de los dominios de la otra parte. Incluía el Tratado también una declaración y cuatro artículos más que prefiguraban un futuro tratado de comercio y navegación, y una última declaración particular secreta. El protoacuerdo de comercio establecía las rebajas de derechos en el comercio de azogue propuestas por Calatrava[27].

La firma del Tratado no significaría desde luego que los problemas entre México y España habrían de desaparecer, pero ciertamente ponía término, como se mencionaba en el preámbulo del mismo, a un estado de desavenencia que se había prolongado de manera inconveniente y perjudicial para ambos pueblos. Se trataba de una decisión que debió tomarse años atrás, como reconoció el embajador español Miguel Ricardo de Álava en octubre de 1835[28]. Lo cierto, sin embargo, es que fue finalmente en 1836 cuando México y España decidieron, o pudieron, firmar el Tratado, en virtud del cual se pudo cerrar un ciclo de amargos enfrentamientos y dar inicio a otro, sobre la base de un marco normativo claro, preciso y consensuado.

[27] *Tratado definitivo de Paz y Amistad entre México y España, Madrid, 29 de diciembre de 1836, en* El reconocimiento de la indepedencia de México, Op. cit., *pp. 658-663.*

[28] *Voto de Miguel Ricardo Álava sobre el reconocimiento de la independencia de Venezuela y México, Madrid, 28 de octubre de 1835, en* Idem, *pp. 636-642.*



Alfonso, 1928. Camioneta de teléfonos

El reconocimiento de España a la República Dominicana

Domingo Lilón

I

La Española fue el primer territorio americano conquistado y colonizado por España y de donde partieron las diferentes expediciones que con la conquista y colonización de nuevos territorios pasarían a formar parte del Imperio español. Allí se fundarían, entre otras, la primera ciudad europea en América, la primera catedral, el primer hospital, etc., así como también se instituyeron los primeros tribunales y legislación. Durante un corto tiempo, Santo Domingo brilló con luz propia. Mas el esplendor de la isla acabó pronto, debido principalmente a la posesión de nuevos territorios mucho más ricos, tales como México o Perú. De esta forma, La Española cayó en el ocaso.

Como resultado de ese poco interés de la Metrópoli, la parte occidental de La Española fue poblándose paulatinamente de franceses a tal punto que éstos llegaron a superar numéricamente a la población hispana, trayendo como consecuencia la formación en la isla de dos comunidades: el *Saint Domingue* francés y el Santo Domingo español.

En 1676, tras el Tratado de Nimega, España reconoce la existencia de la colonia francesa en la isla. Unos años más tarde, en 1697, se firma el Tratado de Aranjuez entre Francia y España por el cual esta última cede a la primera un tercio de su territorio de La Española. En 1773, tras el Acuerdo Provisional de Miguel de Atalaya, se hacen las demarcaciones fronterizas entre ambas colonias, lo cual vendría a resultar definitivo con el Tratado de Aranjuez de 1777. Estos hechos no eran más que el fiel reflejo de los acontecimientos europeos.

1795 fue un año que marcó un punto de partida en el devenir histórico de La Española. Ese año, mediante la firma del Tratado de Basilea, España cedió a Francia la parte oriental de la isla, el Santo Domingo español.

A diferencia del *Saint Domingue*, que durante la dominación francesa se había convertido en su colonia más rica gracias a la industria

azucarera, cuya producción para 1789 alcanzaba los 141.000.000 de libras (producción que iría descendiendo drásticamente debido a su guerra de independencia: 19.000.000 de libras para 1801 y 2.500.000 para 1820), el Santo Domingo español era una colonia más que indigente. Para la primera mitad del siglo XVII el territorio estaba despoblado y era muy pobre:

> En el territorio español era tal el lamentable estado de esta hermosa isla, tan rica en todos los dones de la naturaleza, que los cronistas de la época cuentan que los habitantes ya no tenían de hecho ni siquiera vestidos para cubrir su desnudez, viéndose obligadas las mujeres a asistir a una misa especial que se celebraba por la noche para que no fuera vista su pobreza y desnudez, no atreviéndose a salir a la calle de día. El pan estaba a un precio exhorbitante y podemos creer en la veracidad absoluta de estos informes porque sabemos que incluso los sacerdotes no tenían pan ni vino para la Eucaristía, mientras que las iglesias estaban despojadas de sus ornamentos. De hecho, la pobreza de esta colonia era tan extrema que cuando llegaba el dinero de México para los salarios de los funcionarios de la ciudad de Santo Domingo, el día se convertía en una jubilosa festividad y la llegada de los fondos era anunciada por el repique de las campanas y los hurras del pueblo[1].

Y eso que, según las Instrucciones del Gobernador francés, luego del Tratado de Basilea (1795) se especificaba que «se reconocía que la parte española de Santo Domingo debía considerarse como la cuna de la población europea en el Nuevo Mundo: presentaba entonces en toda su extensión llanuras y valles de excelente calidad, vírgenes todavía; montes de diversas especies de árboles y todas las ventajas que los colonos franceses habían hallado en sus antiguas colonias, en las cuales no sólo se habían hecho poderosos en poco tiempo, sino que habían dejado a sus sucesores riquezas inmensas»[2].

Por su parte, José Luciano Franco escribe:

> En vísperas de la Revolución Francesa, la colonia de Saint Domingue –la parte oeste de la antigua Española, hoy Haití– era la que mejores rendimientos producía a sus amos europeos. Explotadas con la más perfecta de las organizaciones antihumanas, sus riquezas extraordinarias facilitaron el rápido crecimiento de la burguesía francesa y provocó, de modo indirecto, el adveni-

[1] *Hazard, Samuel,* Santo Domingo. Su pasado y presente, *Editora Santo Domingo, R. D., 1974, p. 91.*

[2] *Anes, Gonzalo,* El siglo de las luces, *Alianza Editorial, Madrid, 1994, p. 303.*

miento de las condiciones históricas que hicieron posible su ascenso como clase al poder político revolucionario.

La calidad y cantidad de la producción de la isla de esmeralda superaban con creces la de todas las demás colonias francesas, inglesas y españolas del inquieto Caribe. Un gran comercio, almacenes colmados de azúcar, algodón, café, índigo y cacao; tierras sembradas de espléndidas plantaciones, con magníficas residencias albergando una población blanca, muy rica, entregada a una vida de placeres y cuya corrupción moral la hizo caer en degeneraciones innumerables, eran el asombro y admiración de los viajeros[3].

El Santo Domingo español, por su parte, vegetaba en una economía de subsistencia y con una población muy ínfima comparándola a la de *Saint Domingue*: 103,000 frente a 570,000[4]. Ante estos datos sólo cabe preguntarse cómo España no supo sacarle provecho a su colonia oriental de La Española, tal cual lo hizo Francia en su *Saint Domingue*. A pesar de ésto, los habitantes se mantenían fiel a la Metrópoli.

II

Durante gran parte del siglo XIX, la historia de lo que sería la República Dominicana es un cúmulo de acontecimientos de incorporación a la Corona española, de independencia de ésta, de separación de Haití y formación del Estado Dominicano, de anexión a Madrid para volver de nuevo a ser independiente.

En 1808 tiene lugar en la parte oriental de La Española un movimiento denominado la Reconquista, dirigido por el criollo Juan Sánchez Ramírez, que culmina con el reconocimiento de Fernando VII como rey. Interesante es subrayar que cuando se iniciaban las guerras de independencia y anticoloniales en América, aprovechando la situación en España, el Santo Domingo español reivindicaba su pertenencia a la Corona española.

El 1 de diciembre de 1821 un grupo de criollos dirigidos por José Núñez de Cáceres proclama la Declaratoria de Independencia del pue-

[3] *Franco, José Luciano,* Documentos para la historia de Haití en el Archivo Nacional, *Archivo Nacional, La Habana, 1954, pp. 65-66.*

[4] *Peguero, Valentina y Danilo de los Santos,* Visión general de la historia dominicana, *Editora Corripio, Santo Domingo, 1983, p. 114.*

blo dominicano y su adhesión a la Gran Colombia. Con un «No más dependencia, no más humillación, no más sometimiento al capricho y veleidad del Gavinete de Madrid»[5], empezaba el documento, en el cual se manifestaban todos los sentimientos por la dejadez y la apatía de la metrópoli hacia la colonia:

> El ignominioso pupilage de 328 años es ciertamente una lección demasiado larga y costosa, que a todos desengaña por sí sola y sin mayor esfuerzo del ningún fruto que se ha sacado de la fanática lealtad a los Reyes de España. Con este falso ídolo, levantado por el error, y sostenido por una superstición política, se había logrado aletargar el espíritu, y burlarse de la credulidad de un pueblo naturalmente bondadoso y sencillo. Ser fieles a la España, aguantar con una paciencia estúpida los desprecios de la España, no vivir, no moverse, no ser para nosotros, sino para la España, era todo y lo único en que hacíamos construir nuestra felicidad, la fama de nuestras virtudes, y la recompensa de los más distinguidos servicios[6].

Pero la independencia de Núñez de Cáceres sería muy corta, de allí la denominación de Independencia efímera. El 9 de febrero de 1821 el Ejército haitiano, con Boyer a la cabeza, entraba en Santo Domingo. Durante 22 años Haití ocuparía la parte oriental de La Española extendiendo todo su poder a la isla por completo.

En 1838 un grupo de criollos liderados por Juan Pablo Duarte funda la sociedad secreta La Trinitaria, cuya finalidad era la independencia total. El 27 de febrero de 1844 este sueño se haría realidad: nace entonces la República Dominicana[7]. El nuevo Estado dominicano es reconocido por España mediante el *Tratado de reconocimiento, paz, amistad, comercio, navegación y extradicción entre S. M. la Reina de España y la República Dominicana*, firmado en Madrid el 18 de febrero de 1855. Según el artículo 2° de dicho tratado, «[...] S. M Católica reconoce como nación libre, soberana é independiente á la República Dominicana...»[8].

[5] *Declaratoria de Independencia del pueblo dominicano, en Peguero,* op. cit., *p. 415.*

[6] Ibídem.

[7] *Es interesante destacar que en el documento de entonces se utilice el término de* separación: Manifiesto de los pueblos de la parte Este de la isla antes española o de Santo Domingo, sobre las causas de su separación de la República haitiana, *del 16 de enero de 1844.*

[8] Tratados de España. Documentos internacionales del Reinado de Doña Isabel II desde 1842 a 1868, *Madrid, 1869, p. 93.*

Mientras, entre algunos círculos dominicanos, los planes anexionistas de una parte de la élite política dominicana no habían desaparecido[9]. Esta vez sería Pedro Santana, primer presidente constitucional del nuevo Estado, quien llevaría a cabo la anexión de la República Dominicana a España. Entre 1844 y1861 dos grandes caudillos se enseñoreaban en el campo político criollo, los generales Pedro Santana y Buenaventura Báez, en torno de los cuales giraron los más destacados políticos de ese período. Ninguno de los dos tuvo fe en la potencialidad del pueblo dominicano para proporcionarse, y mantener incólume, la anhelada libertad. Ninguno de los dos creyó que el pueblo dominicano era capaz de sostenerse libre por sí mismo. Y cada cual, siempre que tuvo la oportunidad, hizo cuanto estuvo a su alcance para anexar Santo Domingo a España, a Francia, a Inglaterra o a Estados Unidos. Como señala Balcacer, «Para ellos no había preferencia, aun cuando pudieron mostrar alguna inclinación especial hacia España. Lo importante era ofertar el joven Estado al mejor postor; y el que primero aceptara la codiciada oferta, resultaría la metrópoli beneficiada»[10].

Esto formaba parte también de la lucha ideológica que se llevaba a cabo, principalmente entre liberales y conservadores: Los liberales lucharon por transferir el modelo ideológico de un segmento de los europeos, mientras sus enemigos políticos y supuestos defensores de postulados contrarios, los conservadores, buscaban a toda costa la importación de la modernidad pura y simple, no por las ideas, sino por la anexión. Así para unos (los liberales) lo válido era aplicar las ideas y su forma de vida; para otros (los conservadores) era sencillamente el traslado de la modernidad de esas sociedades a los más recónditos lugares de América Latina, y para logralo, proponían la dominación, la incorporación, la sumisión de nuestras jóvenes naciones a través de la dependencia política, económica y social[11].

En esta aguerrida lucha, los conservadores, partidarios de la anexión, salieron triunfantes.

[9] «Anexión significará salvación, porque obligará a Haití a respetar los derechos de los dominicanos» *escribió Buenaventura Báez, otro conservador anexionista, el gran rival de Pedro Santana. Citado por Sang Ben, Mu-Kien A.,* Buenaventura Báez. El caudillo del sur (1844-1878)*, INTEC, Santo Domingo, 1991, p. 52.*

[10] *Balcacer, Juan D. y M. A. García,* La independencia dominicana*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992, p. 160.*

[11] *Sang Ben, Mu-Kien A, «Mi siglo XIX: 15 años después», en* Estudios Sociales*, Vol. XXIX, N° 106, Octubre-Diciembre de 1996, p. 74.*

III

«En la muy noble y muy leal ciudad de Santo Domingo á los 18 días del mes de Marzo del año de 1861. Nos los abajos firmados, reunidos en la sala del palacio de justicia de esta capital declaramos: que por nuestra libre y espontánea voluntad, en nuestro propio nombre y en el de los que nos han conferido el poder de hacerlo por ellos, solemnemente proclamamos como Reina Señora á la excelsa Princesa Doña Isabel II en cuyas manos depositamos la soberanía que hasta ahora hemos ejercido como miembros de la República Dominicana. Declaramos igualmente que es nuestra libre y espontánea voluntad así como la del pueblo á quien por nuestra presencia en este lugar representamos, que todo el territorio de la República sea anejado á la Corona de Castilla á que perteneció ántes del tratado de 18 de Febrero, de 1855, en que S. M. la Reina reconoció como Estado soberano al que hoy por espontánea voluntad de todos los pueblos, le devuelve esa soberanía y como va dicho, la reconoce por su legítima soberana.

En fe de lo cual lo firmamos y rubricamos con nuestras propias firmas-Pedro Santana-general Antonio Alfau-ex-ministro Felipe Dávila-F. De Castro-ex-ministro Jacinto de Castro»[12].

Tal acto de anexión, tal cual se especifica en la *Exposición a su Majestad* que acompaña al *Real Decreto de Incorporación á la Monarquía Española la República de Santo Domingo*, resultaba único: «Un acontecimiento fausto, altamente honroso para España, y pocas veces visto en la historia de los pueblos, ha ocurrido recientemente en una de las antiguas posesiones de la Monarquía. La Isla Española, la primera que ocupó el gran Colón, la predilecta de la inmortal Reina á cuya inspiración sublime se debió el descubrimiento de un Nuevo Mundo, dueña de su independencia, árbitra de sus destinos, invoca el nombre augusto de España y pone á Vuestros Reales piés la misma soberanía que Vuestra Majestad reconoció hace pocos años»[13].

El 4 de abril de 1861 y de forma unilateral, luego de varias negociaciones en Madrid y Cuba, Pedro Santana declara la anexión a España, la cual sería sancionada por Real Decreto de Aranjuez el 19 mayo de 1861. Según el Artículo 1ro. de dicho documento, «El territorio que

[12] Colección de los tratados, convenios y documentos internacionales celebrados por nuestros gobiernos con los Estados extranjeros desde el Reinado de Doña Isabel II hasta nuestro días, *Ministerio de Estado, Madrid, 1894, vol. III, pp. 222-223.*

[13] Ibid., *p. 221.*

constituía la República Dominicana queda reincorporado a la Monarquía»[14]. Dicho acto violatorio de los más profundos sentimientos de independencia de los dominicanos traería como consecuencia la Guerra de Restauración, la cual se inicia en 1863 y termina en mayo de 1865 cuando España deroga el Decreto de anexión.

La campaña militar española en Santo Domingo representó graves pérdidas para la Corona: Se habían desperdiciado durante casi cuatro años unos recursos humanos y materiales en una empresa que estuvo movida fundamentalmente por razones de prestigio y de primacía moral, pero que terminó en un completo fracaso[15]. Las pérdidas, tanto materiales como humanas, fueron más que cuantiosas: Los presupuestos de Guerra y Marina alcanzaron en el período 1856-1866 cerca de los 2.000 millones de reales, aparte otros 1.000 millones en presupuestos extraordinarios votados por las Cortes, con destino a sufragar las empresas de Marruecos, Santo Domingo y el Pacífico, las más costosas. Tan sólo serían reembolsados 400 millones, indemnizados por Marruecos, tarde y mal. Más graves, por irreparables, fueron las pérdidas humanas. Las de Santo Domingo en 30.000, de las cuales 25.000 en los cuerpos expedicionarios enviados desde la península, y los 5.000 restantes en los procedentes de Cuba y Puerto Rico[16]. Si comparamos las 30.000 pérdidas en Santo Domingo con las 10.000 en la campaña marroquí, las 4.000 en Indochina y el millar en México, el Pacífico y Guinea[17], podemos tener una idea de lo que significó la guerra en Santo Domingo para España.

La campaña militar de España en Santo Domingo fue verdaderamente terrible para la primera:

> La guerra de Santo Domingo está pesando sobre el pueblo español como una gran calamidad. Más de treinta mil hombres han partido de la metrópoli a aquel lejano país para sostenerla; y diciéndolo con franqueza, no sólo no tenemos adelantado gran cosa, sino que desgraciadamente van realizándose nuestros vaticinios respecto de la imposibilidad de terminar pronto aquella

[14] Ibid, *p. 225.*

[15] *Ruiz de Azua y Martínez, Estíbaliz, La Unión Liberal y el agotamiento del modelo moderado (1858-1868), en Javier Paredes (coord.),* Historia contemporánea de España (1808-1939), *Ariel , Barcelona, 1996, p. 283.*

[16] *Vilar, Juan B., Las relaciones internacionales de España (1834-1874), en Paredes (coord.),* op. cit., *p. 333.*

[17] Ibídem.

lucha sangrienta. Después de cuantiosos sacrificios de hombres y dinero, nuestros bravos soldados han tenido que abandonar por completo el interior de la Isla, en donde dominan hoy exclusivamente los rebeldes (...) No hay, pues, que darle vuelta. O quieren los dominicanos anexionarse, o no. Si quieren no se necesita de nada; con muy poca fuerza militar para conservar allí el orden, habrá suficiente. Si no les acomoda la anexión, es imposible imponérselas sin ocupar militarmente el país, y esto es costosísimo y está sujeto a eventualidades en adelante, según la actitud que tomen algunas Repúblicas de América[18].

Ante la imposibilidad de controlar la situación, el 1 de marzo de 1865 fue aprobada la ley por lo cual «queda derogado el Real Decreto de 19 de Marzo 1861, por el cual se declaró reincorporado á la Monarquía el territorio de la República dominicana»[19]. Madrid se había dado cuenta de lo inoportuno, desde el punto de vista político, de dicho acto de incorporación, y de las grandes pérdidas militares y económicas que ello representó a la Corona.

El *Acta de independencia de 1863*, firmada por el Gobierno Restaurador dominicano en Santiago de los Caballeros el 14 de septiembre de 1863, dejaba muy claro la causa y la salida a dicha crisis:

> [...] nuestra anexión a la Corona no fue obra de nuestra espontánea voluntad, sino el querer fementido del General Santana y de sus secuaces, quienes en la desesperación de su indefectible caída del poder, tomaron el partido de entregar la República... [...] La anexión de la República Dominicana a la Corona de España ha sido la voluntad de un solo hombre que la ha domeñado; nuestros más sagrados derechos, conquistados con 18 años de inmensos sacrificios, han sido traicionados y vendidos; el Gabinete de la Nación Española ha sido engañado, y engañados también muchos de los dominicanos de valía e influencia... [...] Si el Gobierno de España es político; si consulta sus intereses también los nuestros, debe persuadirse de que en un pueblo que por largo tiempo ha gustado y gozado la libertad, no es posible sojuzgárselo sin el exterminio del último de sus hombres. De ello debe persuadirse la Augusta Soberana Doña Isabel II, cuya hermosa alma conocemos, y cuyos filantrópicos sentimientos confesamos y respetamos; pero S. M. ha sido engañada por la perfidia del que fue nuestro Presidente, el General y la de sus Ministros; lo

[18] *Rodríguez Demorizi, Emilio,* Diarios de la guerra domínico-española, 1863-1865, *Santo Domingo, 1963, p. 115.*

[19] Tratados de España. Documentos internacionales del Reinado de Doña Isabel II desde 1842 a 1868, *Madrid, 1869, p. 375.*

que ha tenido un origen vicioso, no puede ser válido por el transcurso del tiempo[20].

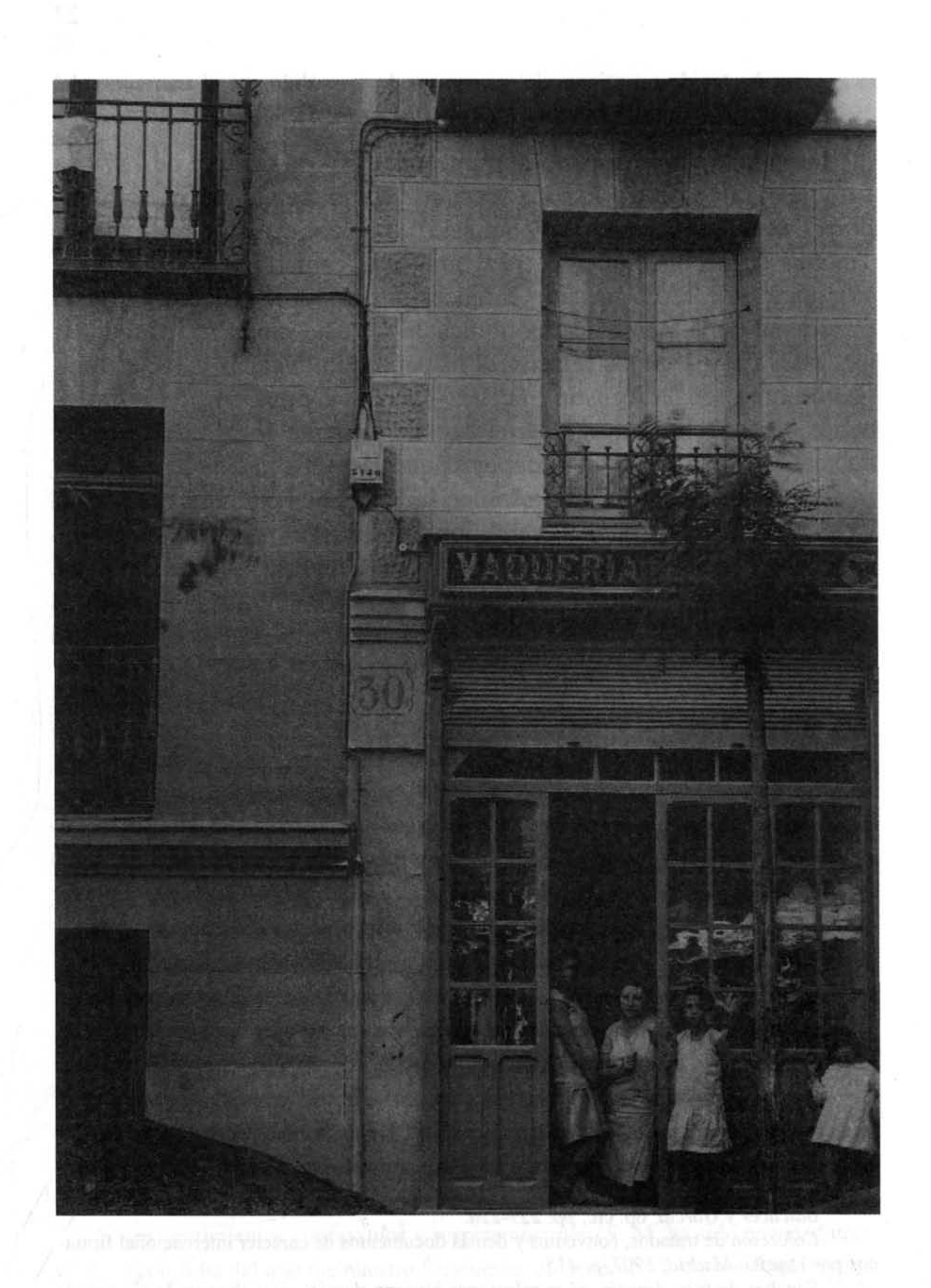
Resuelta la crisis hispano-dominicana, el 14 de octubre de 1874 se firmó el Tratado entre España (esta vez como República) y la República Dominicana sobre paz y amistad[21]. La base de este tratado era el Tratado de reconocimiento, paz, amistad, comercio, navegación y extradición de 1855, firmado entonces por Isabel II y Pedro Santana, presidente de la República Dominicana. De este modo se inauguraba una nueva etapa de las relaciones hispano-dominicanas caracterizada –como bien señala Agustín Sánchez– por las fuertes presiones diplomáticas españolas sobre el gobierno dominicano a raíz de la crisis cubana y por el respaldo encubierto que las actividades de los independentistas cubanos encontraron en la República Dominicana[22]. Con todo, a pesar de la reciente guerra, los dominicanos no albergarían rencor u odio hacia España. Como escribiera Gregorio Luperón, uno de los líderes restauradores: «España no tiene hoy enemigos en las naciones que fueron sus colonias de América, sino hijos emancipados que son para los españoles verdaderos hermanos»[23].

[20] *Balcacer y García,* op. cit., *pp. 227-228.*

[21] *Colección* de tratados, convenios y demás documentos de carácter internacional firmados por España, *Madrid, 1907, p. 415.*

[22] *Sánchez Andrés, Agustín, «Las relaciones hispano-dominicanas durante la Guerra de los Diez Años», en Ferenc Fisher, Gábor Kozma y Domingo Lilón (eds.),* Iberoamericana Quinqueecclesiensis, *Universidad de Pécs. Pécs, 2003, pp. 347-372.*

[23] *Luperón, Gregorio,* Notas autobiográficas y apuntes históricos, *Santiago, vol. I, 1939, p. 31.*



Marín, 1928. Calle de Ríos Rosas (Madrid)

Anterior Inicio Siguiente

El reconocimiento de la Independencia de Centreoamérica

Salvador E. Morales Pérez

El camino recorrido por la región centroamericana hacia la independencia se caracteriza por peculiaridades distintivas de la mayoría de los procesos de emancipación americana. En su trazado inicial no hay explosivas acciones de ruptura, ni largas y desgastadoras guerras, ni batallas espectaculares ni adalides de proyección continental hasta la ulterior aparición de Francisco Morazán. Esto no quiere decir que el proceso careciera de fuerza y de particulares tensiones. Lo que no conmovió y sangró la etapa preindependentista se encargaron de removerlo varias décadas de incesantes conflictos inter e intraregionales. Una fuerte inestabilidad se enseñoreó de la región mesoamericana. Sin embargo, ello no fue obstáculo para que ciertas potencias, principalmente Gran Bretaña y Estados Unidos, establecieran sus representaciones consulares y diplomáticas ante los gobiernos de estas repúblicas.

Por esas especificidades resulta sumamente interesante explicarnos por qué se dilató tanto el reconocimiento español con respecto a una región donde no se produjeron encarnizados enfrentamientos, sangrientos combates, destrucciones memorables. La revisión de la documentación relativa a las negociaciones constituye una cansada secuencia de negociaciones que van de salto en salto a través de los años, como si los negociadores designados no fueran capaces de encontrar soluciones ágiles, inteligentes y mutuamente aceptables para destrabar el establecimiento de unas relaciones mutuamente provechosas. Para entender las dificultades de estos procesos es conveniente tomar en cuenta las condiciones y precedentes bajo los cuales se desarrollaron estos intentos de diálogo.

La región centroamericana, estaba unificada dentro de la capitanía general de Guatemala. Dato simple bajo el cual se plegaba una situación conflictiva. Si a los fines de la sujeción colonial este aparato político daba cierta unidad beneficiosa al control de la región desde un

centro político-administrativo, por otro lado generaba una falsa apariencia de integración institucional. Los diversos sectores económicos de la capital regional y de las provincias tenían serias contradicciones entre sí. Una sensible disparidad afectaba la estructura productiva y mercantil de la capitanía guatemalteca. Esta disparidad tenía su reflejo en la desigual distribución de la población, que en vísperas del movimiento emancipador apenas superaba el un millón de habitantes, la mayoría en las actuales Guatemala y El Salvador[1].

A fines del siglo XVIII, la región registró cierto impulso económico. La incipiente expansión de la revolución industrial europea dejaba sentir sus reclamos de materias primas para su industria de punta. El Salvador y Costa Rica experimentaron crecimientos en la producción de índigo (añil) para colorear la producción textil de los Países Bajos e Inglaterra. El cultivo de cacao también se dejó ver en el valle de Matina, Costa Rica. Igualmente Costa Rica desarrolló el cultivo de tabaco. Destaca también el envío de oro y plata desde Honduras. La crianza de ganado fue notable en Nicaragua y Honduras[2]. Paralelamente existía cierto contrabando de maderas, cacao, concha nácar y carey por la costa atlántica[3].

Hasta principios del XIX, un sector de privilegiados comerciantes controlaba toda la red comercial y crediticia desde Guatemala. Este centro tenía exclusividad en las relaciones, incluyendo nexos familiares, con los comerciantes de Cádiz. Se valía de los productores de añil para distribuir mercancías locales e importadas y solía adelantar numerario a las autoridades locales para que «por medio del repartimiento de bienes estimularan la producción de artesanías y distribuyeran las importaciones»[4].

La capitanía centroamericana no estuvo ajena a la conmoción separatista aunque la haya experimentado de modos menos dramáticos. El

[1] *Academia de Geografía e Historia de Costa Rica,* Centroamérica en vísperas de la independencia, *San José, Imprenta Trejos, 1971, p. 348. En la tabla confeccionada por Woodward para 1820: Costa Rica, 63,000 habitantes; El Salvador 248,000; Guatemala 695,000; Honduras 135,000; Nicaragua 186,000. total aproximado: 1,227,000 habitantes. Ralph Lee Woodward Jr., « Las repúblicas centroamericanas», en Leslie Bethell, Ed.,* Historia de América Latina, *Barcelona, Cambridge University Press/Editorial Crítica, 1991, t. 6, p. 152.*

[2] *Excelente resumen de las condiciones económicas en Ciro F. S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli;* Centro América y la economía occidental (1520 y 1930), *San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1983 pp. 113-126.*

[3] *Héctor Lindo-Fuentes, «Consecuencias económicas de la independencia en Centroamérica», en Leandro Prados de la Escosura y Samuel Amaral (Eds.),* La independencia americana: consecuencias económicas, *Madrid, Alianza Editorial, 1993, p. 58.*

[4] Ibid., *pp. 63 y 64.*

estallido mexicano de 1810 impactó a la región mesoamericana. Los salvadoreños se apoderaron del gobierno local el 5 de noviembre de 1811. La acción fue secundada por la región ganadera de Nicaragua y Honduras en 1811 y 1812. Estos despuntes de rebeldía fueron sofocados con el beneplácito de la oligarquía criolla. El mismo destino tuvo la conspiración del convento de Belén, Guatemala, en diciembre de 1813, conectada con José María Morelos. Los sectores conservadores en contubernio con las autoridades coloniales se esforzaron por mantener la región al margen de los grandes enfrentamientos que envolvían a casi todo el continente[5].

El primer intento de sentar bases para el reconocimiento de la independencia hispanoamericana tuvo lugar cuando se restableció en España la Constitución de 1812. La sublevación capitaneada por Rafael del Riego el 1º de enero de 1820 dio un vuelco a la política de confrontación militar contra los independentistas sostenida por Fernando VII, y con posterioridad, abrió las puertas a un interesante ensayo de diálogo[6].

El efecto de la reinstalación de la Constitución de 1812 fue en la mayoría de los puntos insurgentes tardío, y no faltó el rechazo de los jefes monarquistas y el subsiguiente desaliento de la tropa pacificadora y en otros casos la noticia fue alarmante y contraproducente. En esta última situación estuvo el virreinato de Nueva España, en tanto que en Guatemala fue establecida la Constitución de 1812 por el gobernador Carlos Urrutia, por vez primera porque el capitán general anterior, José de Bustamante, se había negado años atrás a reconocerla[7]. No obstante, el movimiento liberal hispano iniciado por Riego sugestionó de tal modo a la aristocracia criolla, al clero y a la burocracia colonial que acabaron por adherirse al Plan de Iguala, concebido por Agustín de Iturbide y un sector de la élite novohispana asustado por los cambios en España. La élite centroamericana, reunida en Guatemala el 15 de

[5] *Sergio Guerra Vilaboy,* El dilema de la independencia. Las luchas sociales en la emancipación latinoamericana (1790-1826), *Santa Fe de Bogotá, Fundación de la Universidad Central, 2000, pp. 112-115.*

[6] *Juan Friede,* La otra verdad. La independencia americana vista por los españoles, *Bogotá, Carlos Valencia Editores/Editorial Ateneo de Caracas, 3ª. Edición, 1979 y Laura Náter, «En busca del reconocimiento: la independencia de América Latina y la política española, 1820-1823», en* Historia mexicana, *vol. XLV, núm. 4, México, Colegio de México, abril-junio, 1996, pp. 705-735.*

[7] *Ralph Lee Woodward Jr., «Las repúblicas centroamericanas», en Leslie Bethell, ed.* Historia de América Latina, *Barcelona, Cambridge University Press/Editorial Crítica, 1991, t. 6, p. 145.*

septiembre de 1821, siguió los mismos pasos. La resistencia se hizo patente en San Salvador, Comayagua, León, en tanto Costa Rica se colocó en una ambigua expectativa[8]. La disgregación de la antigua capitanía quedó claramente insinuada. Separada Centroamérica desde entonces del tambaleante imperio español, fue constituida en julio de 1823 la entidad independiente Provincias Unidas del Centro de América.

Hasta ese momento, Guatemala había estado representada en la Cortes de 1820. En aquellos momentos el poder de España se había reducido a unos pocos puntos de América. La pérdida del imperio colonial era un hecho consumado. No obstante, en el seno de las Cortes a donde habían concurrido 77 representantes americanos, entre electos y suplentes, se había dispuesto un ánimo de negociación. Este espíritu de diálogo aconsejó la designación de comisionados a varios parajes del hemisferio[9]. Pocas semanas después de estos nombramientos, el gobierno de Estados Unidos –8 de marzo de 1822– decidió el reconocimiento formal de la independencia de Hispanoamérica. De nada valieron las protestas. Los intereses españoles se situaron al borde de la precariedad. Las demás potencias estaban aprovechando la confusión de Cortes, gobierno y Corona ante el hecho irreversible. Todavía en las Cortes convocadas para 1823 se volvió a considerar el asunto de la negociación. No obstante, la mayoritaria disposición al diálogo, la opinión predominante se extravió en consideraciones acerca de su constitucionalidad y otros leguleyismos[10]. El mensaje, sin embargo, era positivo: España estaba dispuesta e interesada en un buen y rápido arreglo con sus antiguas colonias. Sin embargo, todo ello se vio frustrado por la intervención de la Santa Alianza y la vuelta al absolutismo fernandino, el cual invalidó las cortas atribuciones a los comisionados. Al tratar a las nuevas repúblicas como colonias rebeldes, Fernando VII inició una política de confrontación, con la hipotética ayuda de las potencias europeas[11], las cuales tenían sus miras propias de cómo repartirse los despojos del sistema colonial en crisis.

[8] Ibid., *p.148.*

[9] *Para Nueva España fueron designados Juan Ramón Osés y Santiago Irisarri; para Guatemala, el marqués de Casa Ramos y el brigadier Francisco de Pinos; para Colombia, el brigadier José Sartorio y el capitán John Barry; a Buenos Aires, Antonio Luis Pereira y a Chile, Luis de la Robla. Ver en Juan Friede,* Op. Cit., *p. 107. Lamentablemente, los comisionados habían sido mal facultados, sólo podían oír proposiciones,* vid. *Jerónimo Becker,* La independencia de América. (Su reconocimiento por España), *Madrid, Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés, 1922, p. 81.*

[10] Vid. *la visión del diputado por Cuba, en* Félix Varela. Obras, *La Habana, Editorial Cultura Popular, 1997, pp. 94-112.*

[11] *Antonia Pi-Suñer Llorens y Agustín Sánchez Andrés,* Una historia de encuentros y desencuentros. México y España en el siglo XIX, *México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001, p. 32.*

Como es natural, los reacomodos económico sociales y las pugnas de los nuevos paradigmas mercantiles, ideológicos y culturales, condimentaron un frecuente estado de conflictos. La contienda civil e interregional alcanzó un grado de madurez y violencia que trajo la ruina sobre los países que hasta entonces no habían sufrido las consecuencias de la ruptura anticolonial. En los sangrientos enfrentamientos acaecidos durante la guerra civil al tratar de instaurar una república federal aplastando a las fuerzas conservadoras, el clero desempeñó un activo papel. Estas fuerzas conservadoras, blancas y aristocráticas, eran tenidas como supervivencias hispanas. Ellas fueron las que pugnaron por la anexión al imperio mexicano e intentaron sostener el antiguo esquema de subordinación económica y social.

La oposición frente al colonialismo español se hizo significativa en ocasión de la frustrada aventura reconquistadora de Isidro Barradas. Desde Guatemala, el general Francisco Morazán comunicó al Secretario de Estado para las Relaciones Exteriores de México, Lucas Alamán, el ofrecimiento de todos los auxilios que podía brindar Centroamérica para sostener la independencia[12].

El empecinamiento de Fernando VII obstaculizó el reencuentro diplomático entre la metrópoli y sus antiguas colonias[13]. La postura de la corona hasta la muerte de Fernando VII en 1834 fue de obstinada renuencia al reconocimiento de las independencias hispanoamericanas. Hasta 1836 no se comenzó a allanar el camino.

Poco contribuyeron a las expectativas de acercamiento hacia la antigua metrópoli asonadas e invasiones identificadas con la reacción conservadora proespañola y clerical, como la llevada a cabo en 1831-1832 por el español Ramón Guzmán, quien terminó fusilado después de que lo entregaron sus propios soldados al rendirse el castillo de Omoa en septiembre de 1832.

Desde aquellos difíciles momentos iniciales de la vida independiente de la América Central, revoloteaban sobre sus condiciones geopolíticas transoceánicas ambiciosos planes de factura extranjera. El vacío dejado por España fue ocupado por representaciones de Estados Unidos, Inglaterra, Bélgica y Francia. Los ingleses asentados en el litoral caribeño fomentaron desde 1816 una monarquía títere en la Moski-

[12] *Adalberto Santana,* Op. Cit., *p. 66.*

[13] *Interesante retrato del obstinado monarca en Ma. Victoria López-Cordón, Ma. Ángeles Pérez Samper y Ma. Teresa Martínez de Saz,* La Casa del Borbón, *Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 382-385.*

tia. En 1823 intentaron establecer un puesto militar en Trujillo, Honduras. Las interferencias británicas se convirtieron en un molesto factor de perturbación crónica. En alguna medida, ello contribuyó a la crisis de la federación centroamericana. Nació un fuerte sentimiento antibritánico, que a veces se concretó en medidas como el cierre de los puertos al comercio inglés en El Salvador y Los Altos en 1839[14]. Con la fiebre del oro iniciada en Sacramento, California y su expansión hacia el Pacífico a costa de México, Estados Unidos acentuó su interés por la región. Hacia 1848, otorgó concesiones a líneas navieras para transportar el correo de la costa oriental a la occidental por la vía de istmo de Panamá, ruta que en pocos años fue dotada de un ferrocarril (1855).

Precisamente en 1848 se produjo la proclamación de la República de Costa Rica, y esta cristalización de un Estado nacional abre la vía para una inserción independiente en el sistema internacional. El hecho de estar alejada de los focos más conflictivos de Centroamérica le permitió un mínimo desgaste comparativo y mejores bases para el desarrollo cafetalero que con buen éxito emprendió. La imagen pacífica y negociadora jugó un papel positivo en la reanudación de los contactos con España.

La rivalidad de Estados Unidos e Inglaterra estuvo a punto de llegar a guerra, finalmente conjurada por el tratado Clayton-Bulwer de 1850. España, entre tanto, estuvo bien alejada de promover y de facilitar un acercamiento que le permitiese recuperar algo de sus antiguas influencias. Es más: no se propuso sacar partido de los sentimientos antiestadounidenses y antibritánicos. Desde la muerte de Fernando VII, las élites españolas estuvieron sumidas también en un mar de inestabilidad, crisis ministeriales, intrigas dinásticas, conflictos armados[15].

Para los primeros agentes hispanoamericanos acreditados para negociar en Madrid el reconocimiento, la cuestión era vista de modo muy simple: conseguir el reconocimiento y la firma de un tratado de amistad, comercio y navegación. A pesar del tiempo que habían dejado transcurrir las autoridades peninsulares, éstas porfiaban por obtener a cambio indemnizaciones y concesiones de distinto signo. No todos pensaban así, pues el presidente del Consejo de Ministros, conde de

[14] *Amplia información de estas vicisitudes en Gregorio Selser,* Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina, *tomo I, 1776-1848, México, UNAM/UAG//UAM, 1994.*

[15] *Ma. Victoria López-Cordón et. al.,* Op. cit., *pp. 454 ss.*

Toreno, estaba persuadido de la necesidad de agilizar el proceso, no así el Secretario de Estado en 1834[16]. Mal podían las flamantes repúblicas americanas enfrentar obligaciones pecuniarias. Las arcas públicas estaban en crisis, tanto por los efectos de la guerra y la dislocación económica y mercantil, como por la crisis que afectaba la economía trasatlántica.

Los primeros intentos diplomáticos nicaragüenses, emprendidos por Francisco Castellón en 1844, no fueron bien acogidos por Madrid. No fue hasta el 16 de abril de 1850, cuando Costa Rica envió a Madrid a su ministro en Londres, París y Roma, Felipe Molina, que se dio el primer paso hacia la conciliación, con la conclusión de un tratado de amistad, comercio y navegación. Los acuerdos concertados por España con México y Chile sirvieron de base. La discusión de los trece artículos no fue muy dilatada, pues se concluyó el tratado el 10 de mayo, mismo que fue ratificado en diciembre de 1859[17]. Quedó así concertada la renuncia de soberanía española. Como en este territorio la independencia no fue acompañada de luchas ni confiscaciones, no fue necesario un artículo sobre indemnizaciones, agravios, ni reclamaciones. Se reconocieron los derechos que existían a los nacionales de las partes. Costa Rica reconoció su parte alícuota de la antigua deuda de la Capitanía de Guatemala. Tampoco hubo problemas con el asunto de la nacionalidad. Finalmente, Costa Rica le aseguró a España facilidades, en caso de que se construyera un canal interoceánico en su territorio.

Al calor de este paso, Nicaragua renovó el intento emprendido por Castellón en julio de 1844. En el nuevo empeño fue muy diligente el diplomático de origen español, José Marcoleta, quien llegó a Madrid a fines de junio de 1850. El tratado con Costa Rica sirvió de base. Sólo el punto referido a la construcción canalera, en la cual se interesaban Estados Unidos e Inglaterra, fue objeto de aclaraciones y modificaciones. El 25 de julio de 1850 se firmó el tratado correspondiente, y fue canjeado en Madrid el 24 de julio 1851[18].

España, como América Central, estuvo sujeta por esos tiempos a una cierta inestabilidad. Ello retrasó el reconocimiento de las restantes repúblicas centroamericanas, en gran medida porque América Latina no era un área prioritaria para España: «se puede detectar que Améri-

[16] *Jerónimo Becker,* Op. Cit., *pp. 126-131.*
[17] Ibid, *pp 411-424.*
[18] Ibid., *pp. 425-435.*

ca Latina no concitó entre muchos políticos un alto nivel de aprecio y que los volúmenes de comercio no fueron espectaculares»[19].

Bastante diferente fue la negociación con Guatemala, donde se confrontaron serios problemas con la cuestión de la nacionalidad. Este problema era similar al que se produjo entre España y México, en donde numerosos españoles cambiaban a su conveniencia de nacionalidad[20]. En su mayoría se trataba de propietarios, ricos y conservadores. Involucrados fuertemente en la política fueron sujetos de sus vaivenes. En ocasiones se pusieron al abrigo del consulado francés que les abrió matrícula de inscripción[21].

Con la presencia de un cónsul español para Costa Rica y Nicaragua se iniciaron conversaciones oficiosas con las autoridades guatemaltecas desde 1853, aunque éstas no llegaron a culminar en el reconocimiento hispano. La discusión de la nacionalidad se extendió a los hijos de aquellos españoles que habían adoptado la ciudadanía guatemalteca. Las diferencias, incluido el asunto de la deuda, pusieron fin a la ronda de negociaciones a fines de octubre de 1853. Hasta mayo de 1856, la Corona no intentó nuevas negociaciones con las tres repúblicas centroamericanas con las cuales estaba pendiente el reconocimiento. No obstante nada se avanzó hasta mediados del1857.

No sólo el problema de la nacionalidad era un fuerte escollo. Los asuntos de límites y los de la deuda también eran complejos. Lógicamente, la diplomacia española insistía en reconocer los límites bajo el dominio existente, para evitar problemas a raíz de los potenciales diferendos de Guatemala por Chiapas, Soconusco, Sonsonate y Belice. La cuestión de la deuda ya era un poco más complicada, más bien oscura. España calculaba 4,580,603 pesos de la antigua deuda de la Capitanía de Guatemala, de los cuales correspondería a Guatemala el 30%; a Chiapas y a Costa Rica, un 10% a cada una; del otro 50%, correspondería la tercera parte a Nicaragua, el Salvador y Honduras. El gobierno guatemalteco no dio muchos indicios de querer llegar a un acuerdo en tan espinosas cuestiones. Un decreto presidencial del 16 de abril de

[19] *Pedro Pérez Herrero, «Las relaciones de España con América Latina durante los siglos XIX y XX: discursos gubernamentales y realidades», en Juan Carlos Pereyra (coord.),* La política exterior de España (1800-2003), *Barcelona, Ariel, 2003, p. 319.*

[20] *Sobre esta cuestión,* vid. *Agustín Sánchez Andrés, «De la independencia al reconocimiento. Las relaciones hispano-mexicanas entre 1820 y 1836», en Agustín Sánchez Andrés y Raúl Figueroa Esquer (coords.),* México y España en el siglo XIX. Diplomacia, relaciones triangulares e imaginarios nacionales, *México, UMSNH/ITAM, 2003, pp. 23-52.*

[21] *Jerónimo Becker,* Op. Cit*, pp. 454-456.*

1858 mostraba la intención a considerar la deuda como interior y diferida. El negociador José Zambrano dio por terminada su misión. Meses después fue suprimida la legación española en Costa Rica y Nicaragua, con lo cual cesaron las relaciones con Centroamérica[22]. Le sucedió una etapa de cambios en la política exterior española, marcada por el paso de la Unión Liberal por el poder entre 1858 y 1863[23]. Periodo en el que se inscriben la expedición a México, la efímera anexión de Santo Domingo y las hostilidades en el Pacífico (contra Chile y Perú). Tras esta etapa volvió a la Secretaría de Estado el marqués de Miraflores, lo que facilitó el diálogo. Se desistió de la pretensión de considerar españoles a los hijos de los españoles residenciados en Hispanoamérica y, a su vez, Guatemala reconoció el 30% de la deuda de la antigua capitanía. Finalmente, las ratificaciones se canjearon en Madrid el 20 de Junio de 1864[24].

No menos trabajosa, dilatada, fue la negociación con El Salvador y con Honduras. En agosto de 1857 a iniciativa del presidente de El Salvador se hizo la insinuación al entonces encargado de negocios español en Costa Rica y Nicaragua. El gobierno de Madrid acogió la sugestión y envió las plenipotencias a Zambrano, quien en breve suscribió un tratado de reconocimiento, paz y amistad con El Salvador. Sin embargo, el gobierno de Madrid lo devolvió para que se le hicieran modificaciones en la cuestión de los límites territoriales que se vinculaba al diferendo limítrofe mexicano-guatemalteco. Asimismo el plazo de cuatro años para liquidar los réditos de la deuda le pareció demasiado largo. El cese de la legación en 1858 interrumpió las negociaciones. Siete años después y a través de una iniciativa de El Salvador, se verificó la culminación, eso sí: tomando como base el tratado que acaba de suscribir España con Guatemala. El acuerdo fue firmado en Madrid por el plenipotenciario de El Salvador en París, Víctor Herrán, el 24 de junio de 1865, y canjeadas las ratificaciones en Madrid, el 15 de junio de 1866[25].

El último paso correspondió a la República de Honduras. Como en los anteriores casos, las tentativas iniciales promovidas por Francisco

[22] Ibid., *Pp.464-466.*

[23] *Juan B. Vilar, «España en la Europa de los nacionalismos: entre pequeña nación y potencia media (1800-2003)», en Juan Carlos Pereira (coord.),* Op. Cit., *p. 413.*

[24] *Jerónimo Becker,* Op. cit., *pp. 468-471.*

[25] Ibid., *pp. 519-529.*

[26] Ibid., *pp.550-559.*

Castellón en 1844, como plenipotenciario de Nicaragua y Honduras en París, y las de José Marcoleta en 1850, no cristalizaron. Mediante las gestiones de Zambrano en 1858 se dio un pequeño paso, interrumpido por el cierre de la legación española en diciembre de 1858. Al fin, el 8 de marzo de 1866 se iniciaron formalmente las negociaciones en Madrid..En una semana éstas quedaron concluidas. No obstante, el tratado no fue ratificado por Honduras, que en octubre de 1868 solicitó una mediación acerca de la deuda. El gobierno español accedió a esta petición. Casi dos años tardaron los hondureños en responder porque su Congreso sólo se reunía bianualmente. En 1877 la República de Honduras denunciaba el tratado, paradójicamente sin haberlo ratificado[26].

Honduras atravesó por una serie de inestabilidades internas y las gestiones de los cónsules hispanos en Guatemala resultaron infructuosas hasta 1885, cuando se introdujo un nuevo proyecto de tratado. En éste se planteó una cláusula semejante a la introducida en los tratados de México, Venezuela y República Dominicana para garantizar el dominio español de Cuba y Puerto Rico. Varios de los principales jefes independentistas se había concentrado en Honduras y ocupaban puestos de relevancia: los generales Máximo Gómez, Antonio Maceo, Carlos Roloff y el expresidente Tomás Estrada Palma. Estos dos últimos casaron con hijas del expresidente hondureño Santos Guardiola[27].

Así las cosas, las negociaciones se fueron extendiendo, dando tumbos, hasta que el gobierno hondureño accedió en 1894 a firmar en Guatemala el documento que puso fin al más dilatado proceso de reconocimiento de independencia: el 25 de agosto de 1895 quedaron formalmente establecidas las relaciones entre Honduras y España. A casi tres cuartos de siglo de la separación. Un largo trecho en la historia de la diplomacia.

Por lo que hemos podido apreciar, este largo proceso no sólo fue resultado de las vicisitudes atravesadas por las Repúblicas de Centroamérica; también sobre él pesaron el desinterés español, las ingerencias de Inglaterra y Estados Unidos en la región y hasta la cuestión independentista cubana. Todo ello se conjuró para dilatar las negociaciones hasta un extremo anormal.

[27] *José Luciano Franco,* Antonio Maceo en Honduras, *La Habana, Unión Interamericana del Caribe, 1956.*

El reconocimiento de la Independencia de Ecuador

Agustín Sánchez Andrés

La Regencia de María Cristina y los nuevos Estados americanos

Mientras duró su reinado, Fernando VII bloqueó cualquier entendimiento con las nuevas repúblicas americanas. La muerte del monarca en septiembre de 1833 reabrió el camino de la reconciliación ensayado por el liberalismo español durante el Trienio Constitucional[1]. El retorno de los liberales a la escena política, como aliados de la Regente en su lucha contra los sectores más radicales del régimen fernandino, provocó un viraje de la política hacia las antiguas colonias españolas.

El primer signo de distensión tuvo lugar en diciembre de 1833, cuando el gabinete de transición de Francisco Cea Bermúdez presentó a la Regente una propuesta de Francisco Javier Girón, marqués de las Amarillas, en la que se señalaba la conveniencia «de tomar en consideración las ventajas inmensas que se seguirían al Reino de facilitarse cuanto antes las relaciones amistosas de sus súbditos con los países de la América»[2]. Un mes más tarde, Cea era sustituido al frente del gobierno por el liberal moderado Francisco Martínez de la Rosa. El gobierno liberal puso en marcha un programa de reformas de la estructura del Estado encaminado a la creación de una monarquía constitucional, que no dejaría de afectar a las relaciones con las nuevas repúblicas hispanoamericanas.

El 20 de febrero de 1834 Martínez de la Rosa encomendó a Manuel Pando, marqués de Miraflores y nuevo embajador en Londres, que

[1] *Sobre la política hacia América del Trienio Constitucional,* vid. *Agustín Sánchez Andrés, «La búsqueda de un nuevo modelo de relaciones con los territorios ultramarinos durante el Trienio Liberal (1820-1823)», en* Revista de Indias, *vol. 57, nº 210, pp. 451-474.*

[2] *Agustín Sánchez Andrés, «De la independencia al reconocimiento. Las relaciones hispano-mexicanas entre 1820 y 1836», en Agustín Sánchez Andrés y Raúl Figueroa Esquer (coords.),* México y España en el siglo XIX. Diplomacia, relaciones triangulares e imaginarios nacionales, *México, UMSNH-ITAM, 2003, p. 43.*

entrara discretamente en contacto con los representantes latinoamericanos acreditados en esa capital, con el fin de comunicarles que el gobierno español estaba dispuesto a iniciar negociaciones encaminadas al reconocimiento de su independencia[3]. La iniciativa no cayó en el vacío. Las gestiones de los gobiernos hispanoamericanos y la propia presión de destacados dirigentes liberales para que se reconociera la independencia de las nuevas repúblicas provocaron que el gobierno solicitara un informe a la Sección de Indias del Consejo Real. En diciembre de 1834, ésta presentó un informe favorable al reconocimiento, sugiriendo, entre otras condiciones, que los nuevos Estados reconociesen la parte que les correspondiese de la deuda pública generada durante la colonia e indemnizaran a los realistas por los bienes embargados durante la guerra o la continuación de la misma[4].

Las divergencias que se pusieron de manifiesto durante los primeros contactos confidenciales con los representantes latinoamericanos acreditados en Londres y París llevaron al conde de Toreno, que en junio de 1835 había sustituido a Martínez de la Rosa, a presentar a la reina una exposición sobre la posición del gobierno y las dificultades que parecía haber para un rápido establecimiento de relaciones con los nuevos Estados. Esta situación motivó nuevas solicitudes de dictamen al Consejo de Gobierno y al Consejo Real de España e Indias. El primero contestó en agosto de ese mismo año que, si bien era conveniente restablecer cuanto antes las relaciones con las antiguas colonias, no podía prescindirse de las dos condiciones ya indicadas por el Consejo Real. Un mes más tarde el Consejo Real aconsejó, por su parte, iniciar negociaciones con México sin ninguna otra condición que conseguir el reconocimiento de la parte proporcional de la deuda contraída durante la colonia[5]. Con estos antecedentes, las Cortes aprobaron en diciembre de 1836 un decreto autorizando el reconocimiento de las nuevas repúblicas americanas[6]. De este modo, quedaba abierto el largo camino hacia el restablecimiento de las relaciones con las repúblicas hispanoamericanas.

[3] *Carlos Bosch,* Problemas diplomáticos del México independiente, *México, UNAM, 1986, pp. 167-168.*

[4] *Jerónimo Becker,* La independencia de América (su reconocimiento por España), *Madrid, Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés, 1922, pp. 123-124.*

[5] Ibid., *pp. 123-135.*

[6] Colección de los tratados, decretos, convenios y documentos generales celebrados por nuestros gobiernos con los estados extranjeros desde el reinado de doña Isabel II hasta nuestros días, *Madrid, El Progreso Editorial, 1890, p. 109.*

Los primeros contactos, 1837-1838

La disposición española a reconocer la independencia de sus antiguas colonias no fue respondida con la misma rapidez por los nuevos Estados. México, Venezuela y Uruguay fueron los primeros en enviar a sus representantes a Madrid para negociar un acuerdo, que en el primer caso estuvo concluido en diciembre de 1836[7]. En el caso de la República del Ecuador los primeros contactos no se produjeron hasta octubre de 1837, cuando José Modesto Larrea, encargado de negocios ecuatoriano en Francia «autorizado especialmente para tratar con el Gobierno de S. M. La Reina Gobernadora de las Españas», se dirigió al embajador español Narciso de Heredia, conde de Ofalia, para manifestarle «que la República del Ecuador deseaba poner término al estado de incomunicación y desavenencia que, desgraciadamente, han cortado nuestras antiguas relaciones»[8].

El presidente del Consejo y encargado del Despacho de Estado, Eusebio Bardají, le contestó en noviembre que el gobierno español estaba animado de las mismas intenciones, invitándole a trasladarse a Madrid para iniciar conversaciones encaminadas al reconocimiento de la independencia del Ecuador, «garantizándole la mejor acogida y la más favorable disposición para concluir inmediatamente ese tratado»[9].

Sin embargo, una enfermedad retrasó el traslado de Larrea a España. Mientras tanto, el representante ecuatoriano recibió en París noticias del momentáneo fracaso de las negociaciones con Venezuela a causa de la negativa de este país a asumir una parte proporcional de la antigua deuda imperial[10]. Larrea, que carecía de instrucciones de su gobierno para aceptar cualquier carga, pensó en aprovechar la coyuntura para intentar flexibilizar la posición española en torno a la deuda. El relevo al frente del gobierno español de Bardají por el conde de Ofalia, a quien el plenipotenciario ecuatoriano conocía personalmente, le

[7] *Sobre las negociaciones hispano-mexicanas que concluyeron en el Tratado Santa María-Calatrava,* vid. El tratado de paz con España (Santa María Calatrava), *México, SRE, 1927, A. Sánchez Andrés, «De la independencia...», op. cit., pp. 23-52 y el artículo de Marco A. Landavazo en este dossier.*

[8] *Larrea al conde de Ofalia, París, 28.X.1837, en* Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores *(en adelante AMAE), Negociaciones, leg. TR-36/16.*

[9] *Bardají a Larrea, Madrid, 10.XI.1837, en AMAE, Negociaciones, leg. TR-36/16.*

[10] *Sobre el fracaso de dichas conversaciones,* vid. *Tomás Straka, «España y Venezuela: un reconocimiento en dos actos (1820-1845)», en* Cuadernos Hispanoamericanos, *nº 653-654, noviembre-diciembre, 2004, pp. 35-42.*

animó a exponer al nuevo presidente del Consejo su imposibilidad de aceptar cualquier compromiso económico a cambio del reconocimiento español. Larrea expresaba a continuación su esperanza de que ello no fuera un obstáculo para el rápido establecimiento de relaciones entre los dos países:

> Si el reconocimiento de una parte proporcional de la deuda española por los Estados de la América del Sur, es el ultimátum del Gobierno de S. M. Para restablecer nuestras antiguas relaciones y celebrar tratados, el infrascrito tiene el sentimiento de exponer con sinceridad a V.E., que él conceptúa innecesaria su presencia en esa Corte, en atención a que el Gobierno del Ecuador no lo ha autorizado para acceder a una condición tan onerosa [...] pero me lisonjea aún la esperanza de que las favorables disposiciones que ha manifestado S. M. la Reina Gobernadora, para concluir inmediatamente el Tratado, salven este grave inconveniente que se opone a una transacción que debe producir grandes ventajas a ambos pueblos[11].

Las esperanzas del representante ecuatoriano se vieron pronto disipadas. Los liberales españoles habían asumido la necesidad de reconocer la segregación de los vastos espacios que durante siglos habían constituido la mayor parte del imperio español. La relativa indeferencia de una opinión pública sumida en los problemas derivados de la construcción del Estado-Nación liberal en España había facilitado esa decisión. Sin embargo, en el contexto de la cruenta guerra civil que se desarrollaba en la Península contra los sectores partidarios del mantenimiento del Antiguo Régimen, ningún gobierno liberal iba a arriesgarse a adoptar una decisión que pudiera ser utilizada por los carlistas para acusar al gobierno de adoptar decisiones antipatrióticas. Los dictámenes del Consejo Real y del Consejo de Gobierno, así como el posterior decreto de las Cortes, tenían el objetivo de proporcionar una cobertura al naciente régimen liberal en la espinosa cuestión del reconocimiento de la independencia de las antiguas colonias. El debate que tuvo lugar en el Senado en diciembre de 1837 puso de manifiesto la adhesión de la mayoría del liberalismo a estos principios[12]. Sentadas las bases de la posición española en torno al reconocimiento y confirmadas en la negociación del tratado con México, la más importante de las antiguas posesiones españolas, los sucesivos gobiernos liberales se

[11] *Larrea al conde de Ofalia, París, 12.I.1838, en AMAE, Negociaciones, leg. TR-36/16.*
[12] Gaceta de Madrid, *Madrid, 7.XII.1837, p. 3.*

atendrían a dichas bases aunque su aceptación retrasara –como efectivamente sucedió– el establecimiento de relaciones con la mayoría de las nuevas repúblicas.

No resulta, por ello, extraño que el conde de Ofalia respondiera inmediatamente a Larrea, lamentando que sus instrucciones le impidieran aceptar la parte proporcional de la deuda del antiguo imperio que correspondía a Ecuador y le invitara a desplazarse a Madrid para negociar un tratado en cuanto dicho impedimento hubiera sido allanado. El presidente del Consejo de Gobierno aprovechaba para dejar sentar de una vez la posición del régimen liberal hacia la cuestión, al señalar a Larrea que su país no firmaría ningún tratado que no respondiera a los principios que habían sido recogidos por el Tratado con México en diciembre de 1836[13].

La misión de Gual y el tratado hispano-ecuatoriano de 1840

La política exterior de Ecuador estuvo condicionada durante sus primeros años de vida independiente por la necesidad de conseguir una legitimación internacional, que reforzara su precaria independencia frente a los Estados vecinos, mucho más poderosos. De hecho, la joven república sudamericana había formado parte de la Gran Colombia hasta 1830. Lógicamente, esta situación confería una gran importancia al reconocimiento de la antigua metrópoli, que había de allanar además la normalización de las relaciones con la Santa Sede.

Lo anterior explica que el gobierno de Vicente Rocafuerte acabara por plegarse a las condiciones impuestas por el gobierno hispano para otorgar su reconocimiento. Tras el fracaso de las gestiones de Larrea, la administración ecuatoriana comisionó al representante ecuatoriano en Londres, Pedro Gual, para que negociara un tratado de paz y amistad y otro de comercio con la antigua metrópoli.

Siguiendo las instrucciones de Rocafuerte, Gual se apresuró a retomar los contactos con el gobierno español y, en octubre de 1838, comunicó al duque de Frías, presidente del Consejo de Ministros y encargado del Despacho de Estado, la disposición de las autoridades de su país a abrir negociaciones encaminadas a conseguir el reconocimiento de su independencia por la antigua metrópoli. En su comunica-

[13] *Conde de Ofalia a Larrea, Madrid, 28.I.1838, en AMAE, Negociaciones, leg. TR-36/16.*

ción, el plenipotenciario ecuatoriano se mostraba dispuesto a hacer todas las concesiones solicitadas a Larrea por el gobierno español, manifestando que «Ecuador podía, por ejemplo, hacer devolver a los súbditos españoles aquellas propiedades que no habían sido confiscadas en el curso de la guerra, podía favorecer a los que las habían perdido, si existían algunos con título legítimo, con tierras públicas u otras fincas [...] podía ratificar el reconocimiento de la deuda afecta a aquella tesorería [...] podía, en fin, hacer algunas concesiones en materias mercantiles, como la de que los buques y cargamentos españoles se pusieran en pie igual al de los naturales»[14]. Sin embargo, Gual manifestaba a continuación que el mismo derecho asistía al gobierno ecuatoriano para reclamar, a su vez, a la ex metrópoli reparaciones por las devastaciones causadas por los ejércitos realistas durante el conflicto. Con todo, el plenipotenciario ecuatoriano afirmaba que su gobierno estaba dispuesto a renunciar a ello para conseguir una paz sin condiciones onerosas, dando a entender que la misma generosidad se esperaba de España.

Es decir, Gual se declaraba dispuesto a negociar en torno a las bases planteadas inicialmente por la diplomacia española, pero al mismo tiempo se mostraba calculadoramente ambiguo acerca del alcance de las demandas españolas que su gobierno estaba dispuesto a asumir. El representante ecuatoriano proponía además que las conversaciones se desarrollaran en Londres, para lo cual solicitaba que se enviase una plenipotencia al embajador hispano en Inglaterra.

La inestabilidad interna española demoró la respuesta del gobierno de Madrid. La sustitución del duque de Frías por Evaristo Pérez de Castro en diciembre de 1838 y la entrada de la Guerra Carlista en su etapa terminal impidieron que el gobierno español prestara la atención debida a la cuestión. El mismo Rocafuerte seguía con interés el desarrollo de la guerra civil española, como puso de manifiesto en su mensaje de despedida al Congreso de Ecuador el 15 de enero de 1839, en el cual señalaba que «la España liberal excita nuestra más cordial simpatía; seguimos con el más vivo interés la marcha de los ejércitos de S. M. la Reina Doña Cristina y nuestros votos son para su felicidad y por la ventura de la animosa y valiente Nación cuyos destinos ella preside con tanto acierto como dignidad»[15]. El interés por conseguir el

[14] *Gual al duque de Frías, Londres, 16.X.1838, en AMAE, Negociaciones, leg. TR-36/16.*
[15] Gaceta Oficial de la República del Ecuador, *Quito, 15.I.1839.*

reconocimiento de la ex metrópoli era compartido por su sucesor, el general venezolano Juan José Flores, quien había sido uno de los principales impulsores de la separación de Ecuador de la Gran Colombia. No es, por ello, extraño que la aparente inacción de la diplomacia española acabara por provocar cierta ansiedad a la administración ecuatoriana, cuyos agentes volvieron a insistir sobre la cuestión tanto en Londres como en París.

A fines de enero de 1839, Gual visitaba al general Álava, embajador hispano en Londres, para manifestarle su extrañeza por la demora del gobierno español en responder a su carta. El plenipotenciario ecuatoriano convenció a Alava de la disposición de su gobierno para alcanzar un rápido acuerdo, logrando que éste aconsejara a Pérez de Castro que aprovechara el indudable interés ecuatoriano para concluir un tratado, remitiéndole una copia de la carta de Gual al duque de Frías[16].

Paralelamente, José Aguirre Solarte, agente ecuatoriano en Francia, conseguía despertar el interés del embajador hispano en París, Manuel Pando, marqués de Miraflores, quien se convertiría en un activo promotor del establecimiento de relaciones con la joven república hispanoamericana[17]. Aguirre, que actuaba como portavoz de los intereses de varias casas mercantiles interesadas en reanudar los vínculos comerciales con España, convenció al marqués de Miraflores de que recomendara a su gobierno la apertura de sus puertos a los buques ecuatorianos, asegurando que las autoridades de este país ya habían adoptado una iniciativa similar. Ello no era enteramente cierto, pues si las autoridades ecuatorianas habían aceptado hasta ese momento extraoficialmente a varios buques españoles, lo cierto es que el decreto que abría formalmente los puertos de la nación andina al comercio español no sería sancionado hasta marzo de ese mismo año[18].

El nuevo primer secretario del Despacho de Estado, que desconocía la existencia de la carta de Gual a su antecesor, de la que no existía copia en los archivos del ministerio, se apresuró a solicitar un informe a la Mesa de Comercio y Negociaciones de Ultramar, recientemente constituida en el Despacho de Estado. En febrero, ésta emitió un interesante informe sobre el estado del proceso negociador con las repu-blicanas hispanoamericanas, en el cual se señalaba que, aunque por el momento sólo existían relaciones diplomáticas con México, otros paí-

[16] *Alava a Pérez de Castro, Londres, 24.I.1839, en AMAE, Negociaciones, leg. TR-36/16.*
[17] *Pando a Pérez de Castro, París, 25.I.1839, en AMAE, Negociaciones, leg. TR-36/16.*
[18] Colección..., op. cit., *p. 113.*

ses –como Venezuela, Uruguay, Colombia y Chile– habían ido abriendo sus puertos al comercio español e iniciado contactos para la firma de un tratado[19]. En relación con la solicitud de Aguirre, la Mesa de Ultramar manifestaba su extrañeza porque el marqués de Miraflores hubiera secundado la petición, señalando que «parece extraño y no puede atribuirse más que a la multitud de otros negocios de mayor cuantía que absorben su atención y disminuyen el interés de cuestiones secundarias»[20]. La Mesa consideraba que, no teniendo Aguirre el carácter de un representante oficial del gobierno ecuatoriano, el gobierno español no podía abrir en reciprocidad sus puertos a buques de este país hasta no recibir una comunicación oficial en ese sentido. Este informe fue aprobado ese mismo día por el Consejo de Ministros y trasladado al marqués de Miraflores[21].

El gobierno español decidía, por lo tanto, circunscribir el proceso negociador a Gual, quien se había acreditado como plenipotenciario de Ecuador, y evitar de ese modo que la duplicidad de conversaciones con los agentes ecuatorianos en París y Londres pudiera poner en peligro el desarrollo de las negociaciones. Con todo, la Mesa de Comercio y Negociaciones de Ultramar no se pronunció hasta abril sobre la manera de llevar las negociaciones con Gual, «cuyo mérito diplomático» veía rebajado «por el tono algún tanto libre de su comunicación y ciertas especies recriminatorias sobre antiguos sucesos», pero cuyas proposiciones parecían plegarse, en definitiva, a las exigencias de la diplomacia española[22].

En abril, Pérez de Castro enviaba una carta particular a Gual, en la que le manifestaba la favorable disposición del gobierno de S. M. a abrir negociaciones con Ecuador, señalándole que, sin embargo, las mismas sólo podrían tener lugar en Madrid, «pues prescindiendo de que cuestiones de tanto interés y gravedad como la actual no pueden ventilarse sin un gran número de datos y noticias que sólo existen en las primeras dependencias del Gobierno, éste ha establecido por regla general que dichas negociaciones se entablen aquí»[23]. El presidente del

[19] *Informe de la Mesa de Comercio y Negociaciones de Ultramar, Madrid, 11.II.1839, en AMAE, Negociaciones, leg. TR-36/16.*

[20] Ibid.

[21] *Pérez de Castro a Miraflores, Madrid, 12.II.1839, en AMAE, Negociaciones, leg. TR-36/16.*

[22] *Informe de la Mesa de Comercio y Negociaciones de Ultramar, Madrid, 9.IV.139, en AMAE, Negociaciones, leg. TR-36/16.*

[23] *Pérez de Castro a Gual, Madrid, 9.IV.1839, en AMAE, Negociaciones, leg. TR-36/16.*

Consejo de Ministros enviaba paralelamente una comunicación reservada al general Alava, en la cual le encargaba que hiciera lo posible por motivar a Gual para que desplazara a Madrid, dado el interés del gobierno español por cerrar rápidamente un tratado con Ecuador que recogiera las principales demandas españolas y facilitara de este modo las negociaciones con otras repúblicas hispanoamericanas, momentáneamente paralizadas[24].

El plenipotenciario ecuatoriano, cuyo estado de salud era precario, siguió mostrándose reacio a trasladarse a Madrid para negociar y en mayo comunicaba a Pérez de Castro que, dada su imposibilidad de moverse de Londres, informaría a su gobierno para que designara a otro representante[25]. No obstante, el gobierno ecuatoriano confirmó a Gual la plenipotencia y le ordenó desplazarse a Madrid en cuanto su estado de salud lo hiciera posible.

Mientras tanto, la noticia de la pronta apertura de negociaciones entre España y Ecuador movió a los comerciantes de Santander a solicitar la apertura de los puertos peninsulares a los buques y productos de aquel país[26], sin duda influidos por la actividad desplegada por el agente ecuatoriano en aquel puerto, Juan Antonio de Irusta, quien había llevado a España una copia del decreto de 27 de marzo de 1839, en virtud del cual los puertos ecuatorianos quedaban abiertos a los buques españoles.

Con todo, las negociaciones no comenzarían hasta principios de 1840, tras la llegada de Gual a la capital española. El 8 de enero, el plenipotenciario ecuatoriano era recibido por Pérez de Castro, a quien reiteraba que su gobierno estaba dispuesto a aceptar las demandas españolas, siempre y cuando éstas fueran razonables. En el curso de este primer encuentro ambos plenipotenciarios acordaron que Gual remitiera a Pérez de Castro un borrador del proyecto de tratado. Así lo hizo días después el plenipotenciario ecuatoriano, si bien las diferencias en torno a la cuestión de la antigua deuda imperial y a las indemnizaciones debidas a súbditos españoles provocaron que Pérez de Castro elaborara un contraproyecto, mismo que serviría de base a las negociaciones iniciadas el 30 de ese

[24] *Pérez de Castro a Alava, Madrid, 12.IV.1839, en AMAE, Negociaciones, leg. TR-36/16.*

[25] *Gual a Pérez de Castro, 25.V.1839, en AMAE, Negociaciones, leg. TR-36/16.*

[26] *Petición de cincuenta y un comerciantes del puerto de Santander indicando la conveniencia de abrir los puertos españoles a buques y mercancías de Ecuador, Santander, 14.VII.1839, en AMAE, Negociaciones, leg. TR-36/16.*

mes[27]. Con anterioridad, el gobierno español había solicitado informes a las juntas de comercio de Madrid, Santander, Cádiz y Barcelona sobre las medidas que convendría implementar para reactivar el comercio directo con Ecuador[28].

Las conversaciones se centraron en torno a los problemas suscitados por la indefinición de los límites de la nueva república, por la cuestión de la deuda y por las indemnizaciones a los antiguos realistas que habían sido expropiados durante la guerra de independencia[29].

En relación con el primer punto, Gual acabó por aceptar la posición del gobierno español hacia las provincias de Jaén de Bracamoros y Mainas –consideradas por Ecuador parte de su territorio, pero reclamadas igualmente por Colombia y Perú– según la cual éste se limitaría a comprender nominativa en la cesión a los territorios que especificase la ley constitucional de cada país.

La cuestión de la parte proporcional de la antigua deuda imperial que correspondía a Ecuador suscitó mayores desacuerdos. La pretensión de Gual de reconocer tan sólo aquella parte de la deuda contraída por las autoridades coloniales «que estuviera en los libros de cuenta y razón de las antiguas tesorerías del Reino de Quito», chocaba con la negativa de Pérez de Castro. El plenipotenciario español aducía que ello dejaría fuera algunos créditos legítimos asumidos por las autoridades de aquel territorio durante la pasada guerra y no consignados con la debida formalidad por el estado de anarquía existente. Finalmente Gual cedió «en obsequio de la buena armonía entre las dos naciones» y el artículo 5 del tratado recogió en lo substancial la posición española hacia la cuestión de la deuda.

Los desacuerdos en torno a las indemnizaciones que el gobierno ecuatoriano debía entregar a los partidarios del bando realista cuyas propiedades habían sido expropiadas, se saldaron con una fórmula de compromiso. Ecuador aceptaba indemnizar a los ciudadanos españoles pero no a los ecuatorianos, incluyendo en esta categoría a aquellos peninsulares que hubiesen obtenido la naturalización desde la independencia.

Logrado un consenso en torno a los principales puntos en disputa, las negociaciones se desarrollaron con rapidez. El 16 de febrero de

[27] *Proyecto de Tratado presentado confidencialmente al Sr. Gual, Madrid, 27.I.1840, en AMAE, Negociaciones, leg. TR-36/16.*

[28] *Los informes pueden consultarse en AMAE, Negociaciones, leg. TR-416/2.*

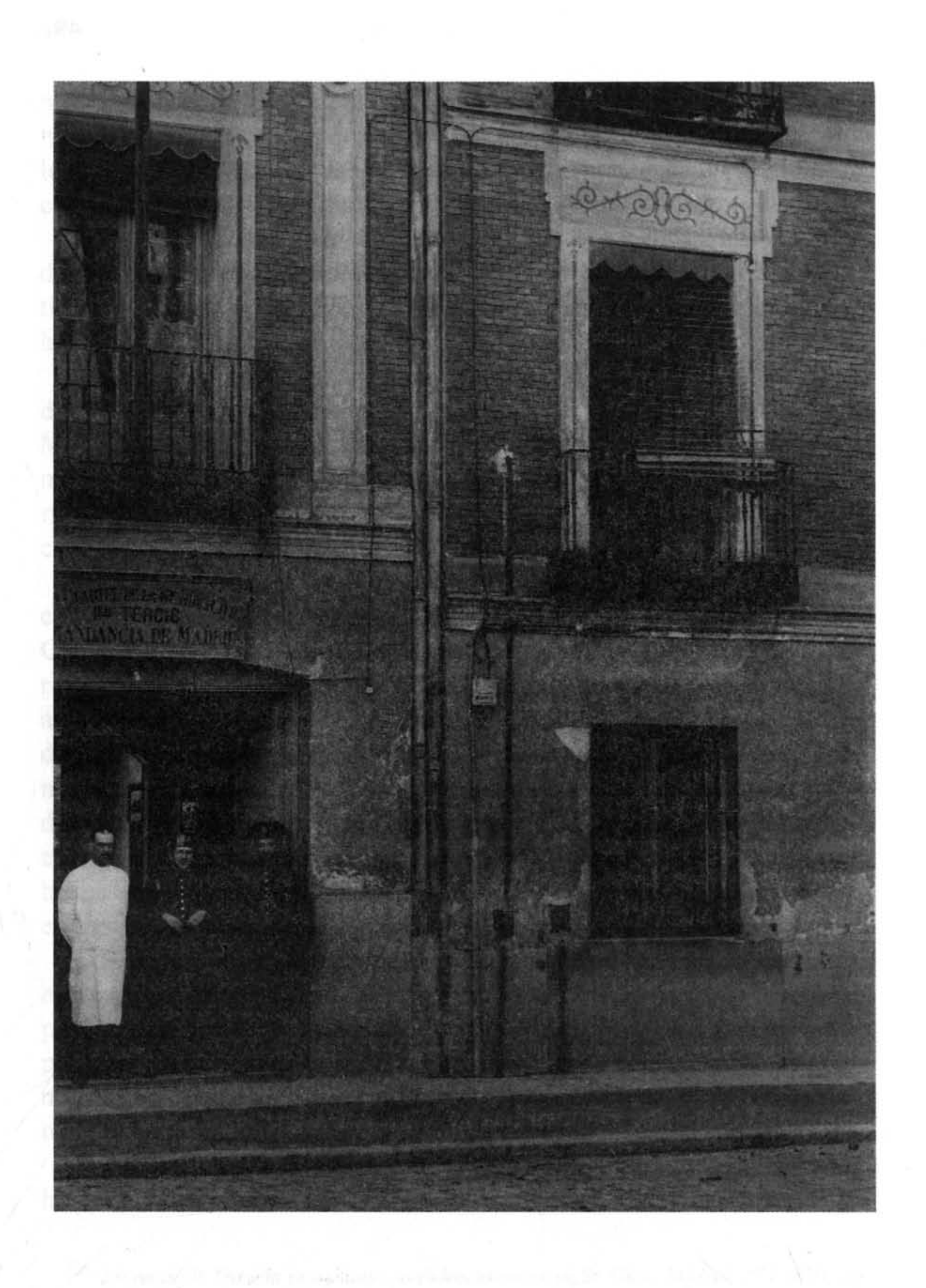
[29] *El desarrollo de las negociaciones puede seguirse en Actas de las conferencias entre D. Evaristo Pérez de Castro y D. Pedro Gual, Madrid, enero de 1840, en AMAE, Negociaciones, leg. TR-36/16.*

1840, ambas partes firmaban el tratado que reestablecía las relaciones entre las dos naciones[30].

El gobierno español se apresuró a hacer ratificar por las Cortes un tratado que, en definitiva, recogía sus principales demandas y que –como Pérez de Castro no dejaba de señalar a la reina– había de servir de modelo a las negociaciones «con todos los territorios hispanoamericanos del Sur, quienes dudo resistan el ejemplo dado ya por uno de los Estados de su comunión política»[31]. Por su parte, el reconocimiento de la ex metrópoli permitía a Ecuador cerrar el proceso de normalización de relaciones con el exterior iniciado por Rocafuerte y continuado por Flores. Las reticencias de éste último a reunir a las Cámaras Legislativas difirieron el proceso de ratificación hasta octubre de 1841. El canje de ratificaciones convirtió a Ecuador en el segundo país hispanoamericano en restablecer los vínculos con la antigua metrópoli, interrumpidos a raíz de la desintegración del imperio español.

[30] Colección..., op. cit., *pp. 143-149.*

[31] *Pérez de Castro a la Regente, Madrid, 3.II.1840, en AMAE, Negociaciones, leg. TR-36/16.*



Marín, 1928. Calle de García de Paredes (Madrid)

Anterior Inicio Siguiente

PUNTOS DE VISTA



Alfonso, 1927. Deportistas (Madrid)

Voz y desvelo en la poesía de Blanca Varela

Olga Muñoz Carrasco

La trayectoria de la voz poética de Blanca Varela se impone como uno de los itinerarios más representativos y sugerentes para recorrer su obra, ya que desde el primer libro, *Ese puerto existe* (1959) hasta el último *(El falso teclado,* 2001) encontramos un sujeto textual que imanta los versos, que se apodera de todos los habitantes y objetos del poema. Como lectores somos testigos del nacimiento de una poderosa voz lírica y nos vemos obligados a rastrear sus apariciones, para después intentar dar coherencia a una silueta verbal que va descubriéndose lúcida y cruel. La voz poética es entonces una clave necesaria en la aventura principal que propone toda su obra: la exploración de la realidad primero y después la aceptación de ésta con sus numerosas aristas.

La voz fragmentada

Blanca Varela eliminó de ediciones posteriores los diez primeros poemas de *Ese puerto existe* (1959), agrupados en la sección titulada «El fuego y sus jardines» (además de otros tres que cerraban el libro). Pero estos textos apenas muestran un sujeto lírico ya que se trata de una etapa caracterizada esencialmente por la imaginería surrealista y su fervor onírico. El texto «Puerto Supe» queda así como poema inicial y por tanto supone el primer rasgo de la voz lírica. Comienza con los siguientes versos:

> Está mi infancia en esta costa
> bajo el cielo tan alto. (2001: 25)

Se apela en este poema a la memoria, quizá uno de los elementos que más certeramente pueden construir un yo poético coherente. Al

recordar, el sujeto examina todos los pedazos de la experiencia y les da unidad con la escritura. La voz recopila datos y los rescata para reconocerse en el presente. El recuerdo colabora en el intento y la memoria pretende asegurar la identidad continua, pues sólo observando el pasado con la distancia necesaria aparece una figura nítida, como un enorme mosaico cuyo dibujo sólo logramos ver de lejos.

El sujeto lírico, por tanto, intenta ser uno en el recuerdo pero van surgiendo diferentes criaturas y voces, que incluso llegan a formar personas poéticas autónomas en ocasiones. Comienza así, muy pronto y tímidamente, un cuestionamiento de la realidad que atañe a toda la creación de Varela. Porque pese a una apariencia compacta, se produce poco a poco el descubrimiento de un sujeto múltiple y complejo. Esto se manifiesta de manera evidente en una voz masculina que habla en el poema ya citado, «Puerto Supe»:

> En esta costa soy el que despierta
> Entre el follaje de alas pardas,
> El que ocupa esa rama vacía,
> El que no quiere ver la noche. (2001: 26)

También, como fruto de esta fragmentación inicial, hallamos otras veces una voz casi ficcional en algunos textos, articulada como personaje mediante pequeñas anécdotas narrativas:

> Los capitanes somos castos y rugimos como el mar, rojos y solitarios despreciamos la sumisión de la tierra.
> [...]
> Los capitanes somos insomnes por naturaleza. (2001: 38)

Los poemarios siguientes insistirán menos en esta variedad de voces, de hecho la enunciación en masculino se abandona pronto, a lo largo incluso del primer libro.

«Puerto Supe» anuncia además otro rasgo fundamental en la caracterización de la voz poética: el protagonismo de la carencia. El siguiente fragmento resulta ilustrativo:

> Aquí en la costa escalo un negro pozo,
> Voy de la noche hacia la noche honda,
> Voy hacia el viento que recorre ciego

Pupilas luminosas y vacías,
O habito el interior de un fruto muerto,
Esa asfixiante seda, ese pesado espacio
Poblado de agua y pálidas corolas. (2001: 26)

La adjetivación resulta especialmente significativa: «viento ciego», «pupilas vacías», «asfixiante seda», «pálidas corolas»... Encontramos carencia de luz (negro pozo), carencia de aire (asfixiante seda), carencia de color (pálidas corolas), también carencia de vida cuando leemos: «habito el interior de un fruto muerto». En este sentido, Adolfo Castañón ha comentado con respecto al autorretrato lírico de Blanca Varela que «se da como una operación a la par mágica y terapéutica, un rito que una vez iniciado no sabría concluir, pues la del despojamiento es acaso la única ceremonia que, aun después de la muerte, seguiremos realizando.» (1996: 30). El despojamiento es entonces uno de los procesos fundamentales a lo largo de toda la obra, puesto que la voz poética, como decía antes, se define por la pérdida mucho más que por la ganancia.

La voz vigilante

Para intentar entender el proceso del sujeto podemos acudir a la «voluntad de vigilia» que Alberto Escobar (1964: 138) encuentra en «Del orden de las cosas» (texto perteneciente a *Luz de día*, 1963). Sin necesidad de forzarla, esta fórmula puede actuar como llave maestra también para el resto de la obra, debido a la gran coherencia interna que sostiene los poemas.

Una mirada insomne acosa al lector hasta traspasarlo. Algunos fragmentos reproducen la incansable vigilancia del yo lírico, que se describe a sí mismo en un poema como «imagen sin párpados, sin reposo» (2001: 59). En «Canto en Ithaca», por ejemplo, se insiste en la mirada infatigable sobre la realidad:

> Todo cabe en dos ojos deslumbrados, todo el color en un violento despertar, en una plaza, a solas. (2001: 59)

Roberto Paoli, valorando el papel principal que desempeña la vigilia, comenta que «todo lo que puede decirse de esta realidad verbal es

que está supeditada a una voluntad de adherirse directamente a la conciencia, fuera –en lo posible– de todo tema y de toda forma, aunque tal empresa resulte impracticable» (1996: 17).

A medida que avanzamos en los libros la voz poética rescata más y más elementos de la realidad puesto que la mirada vigilante no deja de registrarla tenazmente. Como delicados filamentos conductores, los versos transmiten sus datos enloquecidos. Y esta realidad que impregna el poema arrastra todos sus nombres. Así ocurre especialmente en poemas dedicados, por ejemplo, a ciertas ciudades (Nueva York, Florencia, Lima). En estos casos los elementos que caracterizan el paisaje urbano son también aquellos que definen la voz poética:

¿Dónde nací
en qué calle aprendí a dudar
de qué balcón hinchado de miseria
se arrojó la dicha una mañana
dónde aprendí a mentir
[...]? (2001: 95)

La vigilancia adoptada por el sujeto poético no podía dejar de lado aspectos acuciantes del mundo, de manera que los espacios creados por la vigilia van saturándose de datos, como cuando se incorporan al texto los nombres de las calles. Llega entonces lo cotidiano con toda su liturgia, y en la obra de Varela va tensándose el hilo entre la vida diaria y el hambre de trascendencia que late siempre en ella.

Precisamente por la aproximación a la dimensión más cotidiana, la voz cede espacio a la realidad menos tolerable. Una estilizadísima preocupación social aparece, por ejemplo, en «Conversación con Simone Weil». Las pequeñas miserias diarias y la gran miseria del mundo son manifestaciones claras de la injusticia que rige la realidad, como leemos en el siguiente fragmento:

— los niños, el océano, la vida silvestre, Bach.
— el hombre es un extraño animal.

En la mayor parte del mundo
la mitad de los niños se van a la cama hambrientos.

¿Renuncia el ángel a sus plumas, al iris,
a la gravedad y la gracia? (2001: 120)

El nombre de las cosas

El tercer momento en la formación del sujeto lírico acontece cuando se recoge la tensión entre el silencio y el nombre, tan característica de toda la creación de Varela. La realidad llega al texto para imponerse y la palabra ha de contener su germen confuso. Es necesaria la imposición de un orden, la repetición de un ademán que coloque cada objeto en el único lugar que lo hace soportable:

> [...] junto palabras contra palabras
> no creo en nada de esta historia
> y sin embargo cada mañana
> invento el absurdo fulgor que me despierta
> [...]
> la conciencia
> el sol arriba
> la tierra abajo
> al centro el viejo gesto. (2001: 116)

Quizá la afirmación que encontramos en un verso, y que dice que «las palabras, los nombres, no tienen importancia» (2001: 123), se relacione con esta dificultad de dar al objeto su nombre verdadero. Tal vez sólo pueda utilizarse la palabra como «posibilidad aproximativa» más que como posibilidad total de nombrar, según ha señalado Julio Ortega con respecto al poeta Enrique Molina (1971: 239).

Por una parte, entonces, la insistencia en la palabra; por otra, el retorno al momento previo en que los objetos surgen ajenos a cualquier traducción verbal. La voz, en tanto que rastreadora de cierta verdad, pretende registrarla sin argucias pero el nombre instaura una clasificación postiza de lo ingobernable. La voz deambula entonces entre lo auténtico y lo falso. El poema se ofrece como una confesión quizá también falsa, como se anuncia en el título de uno de sus libros (*Valses y otras falsas confesiones*, 1972).

La asunción de la realidad

Según Roberto Paoli, «la de Blanca Varela es una búsqueda, pero ya de antemano actúa una aceptación dolorosa de la realidad y de su límí-

te metafísico, una invitación estoica, dirigida tanto al tú de todos como a sí misma, a no alimentarse de pueriles quimeras» (1996: 22). Con esta cita nos instalamos en el último rasgo definitorio de la voz poética, que es la asunción definitiva de lo real tras la exploración. Se trata de una actitud pasiva y activa a un tiempo, en la que finalmente se desemboca aunque aliente siempre cierta rebeldía. Como era de esperar, la asunción de la realidad sin engaños conduce a la voz poética a la aceptación plena de sí misma.

> no hay otro aquí
> en este plato vacío
> sino yo
> devorando mis ojos.
> y los tuyos (2001: 141)

Esta asunción de la realidad, anunciada ya mucho antes, se fija definitivamente en el libro *Canto villano* (1978). Ésa es la postura que, con mayor o menor complejidad y tensiones internas, prevalece en la obra de Varela a través de *Ejercicios materiales* y *El libro de barro* (ambos publicados en 1993) hasta sus libros más recientes. *Concierto animal* (1999) y *El falso teclado* (2001), sin embargo, aportan ciertos matices a la actitud heredada de libros anteriores pues sus poemas lidian con el paso del tiempo y con la amenaza de la muerte. En todo caso, el sujeto poético se enfrenta con valentía al mundo para nombrarlo y asume su inapresable condición. Ése es el lugar en que la voz descansa por fin:

> respiro
> acepto la luz
> bajo el aire ralo de noviembre
> bajo la hierba sin color
> bajo el cielo cascado y gris
> acepto el duelo
> y la fiesta (2001: 155)

Bibliografía

CASTAÑÓN, Adolfo 1996: «Blanca Varela: la piedad incandescente». *Canto villano. Poesía reunida* (1949-1994). 1986. México: Fondo de Cultura Económica.

ESCOBAR, Alberto, 1964: «Blanca Varela. *Luz de día*». *Revista Peruana de Cultura* 2: 137-142.

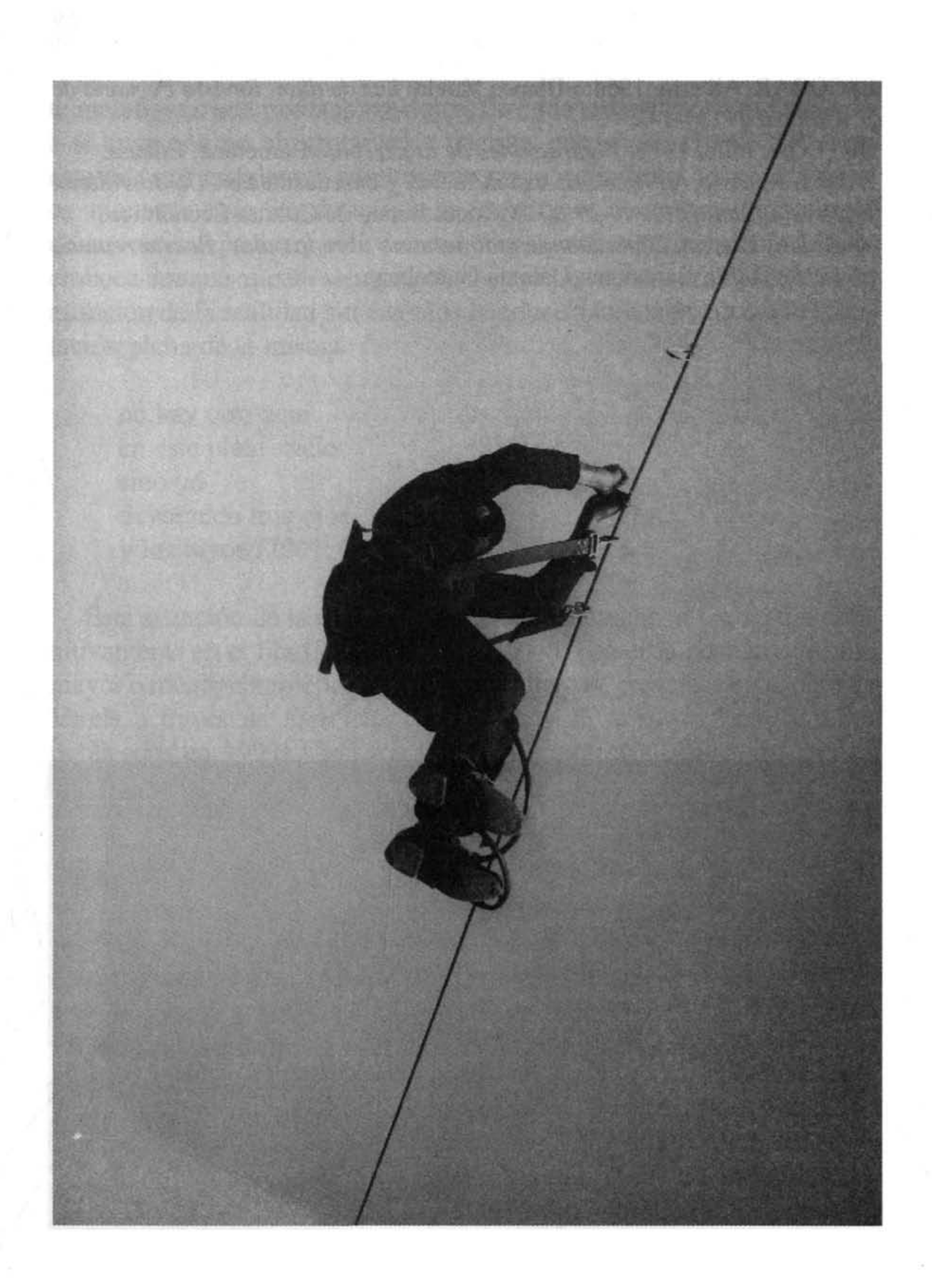
ORTEGA, Julio, 1971: *Figuraciones de la persona*. Barcelona: Edhasa.

PAOLI, Roberto, 1996: «Una visión lúcida y desencantada». *Canto villano. Poesía reunida (1949-1994)*. México: Fondo de Cultura Económica.

VARELA, Blanca, 2001: *Donde todo termina abre las alas. Poesía reunida (1949-2000)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.



Alfonso, 1925. Asistentes a un festejo taurino de Telefónica, Madrid



Alfonso, 1925. Cable aéreo

Costafreda: de la afirmación del existir a la seducción de la nada

Antonio Moreno

Hasta la publicación en 1990 de toda su obra[1], la poesía de Alfonso Costafreda había vivido en el incierto limbo de aquellos poetas cuyos nombres no son completamente desconocidos, pero cuyos libros no pueden encontrarse. El fragmentario conocimiento de sus versos se lo debíamos a un par de antologías, una de las cuales iba acompañada de un extenso estudio de Jaime Ferrán, quien también dedicó a su memoria los poemas de *Libro de Alfonso* (1983). En su entrega póstuma, *Suicidios y otras muertes*, Costafreda sintió un extremo de soledad tan desesperanzado que llegó a creerse ya sin amigos: «amigos no te quedan ni palabras»; fueron, sin embargo, esos amigos los principales valedores del autor. Concretamente, han sido Carlos Barral y el mencionado Jaime Ferrán quienes han aportado más pormenores acerca de una compleja personalidad y una existencia atormentada. En *Años de penitencia*, primer volumen de sus memorias, evoca Barral el círculo estudiantil de aquellas amistades literarias, vinculadas todas ellas a la Universidad de Barcelona; y el papel central que en un principio Costafreda desempeñó en él: «Tenía, a los ojos de todos, un prestigio de poeta reconocido aunque inédito todavía». Recién llegado de Madrid, adonde había ido en 1945 desde su Tárrega natal para iniciar los estudios de Derecho, el joven ilerdense (nacido el 8 de mayo de 1926) cautiva a sus condiscípulos y compañeros de placeres y tertulias: durante su estancia en la capital había tratado a Vicente Aleixandre, a quien visitaba junto a Carlos Bousoño, por entonces compañero de residencia; conocía también a Eugenio de Nora, Blas de Otero y otros escritores, y ya había conseguido publicar sus primeros textos en importantes revistas, como la leonesa *Espadaña*. Los aprendices de poeta Jaime Ferrán, Carlos Barral y Alberto Oliart primero, cuando Costafreda se instala en Barcelona durante el curso 48-49, y poco más tarde Jaime

[1] Poesía completa, *Barcelona, Tusquets Editores, 1990; segunda edición de 2004.*

Gil de Biedma, los hermanos Joan y Gabriel Ferrater y el futuro crítico José María Castellet, lo acogen con el respeto y la admiración que la inexperiencia profesa al iniciado. Por entonces redactaba los cantos del que sería su primer libro, *Nuestra elegía*, galardonado en 1949 con el Premio «Boscán» en su primera convocatoria. «Era la Poesía, premiada y publicada, en todo su imaginario esplendor, descubierta de pronto en el patio, en un banco próximo al mío, o en una vecina mesa del bar», recordaba Gil de Biedma en un artículo escrito a raíz de su muerte en 1974.

Conviene advertir el lugar nuclear que ocupó Alfonso Costafreda en los albores de la que, al correr de los años, vendría a constituir una parte ineludible de la conocida como generación de los 50: el llamado grupo catalán o Escuela de Barcelona, cuyos representantes más afamados son los citados Barral y Gil de Biedma, junto a José Agustín Goytisolo, pero tras los que también cuentan Lorenzo Gomis, Jaime Ferrán o Enrique Badosa. El autor de *Nuestra elegía* fue el más adelantado de todos: el primero en publicar, quien comienza a viajar antes, quien figuró (como Goytisolo, Ferrán y Gomis) en la exigente nómina de poetas seleccionados por José Ángel Valente para la revista *Índice*. Sin embargo, su destino literario terminó por parecerse bastante a esa antigua condición de «poeta reconocido aunque inédito» a que se refería Barral. Claro que no inédito, pero sí escasamente conocido. A esta desatención contribuyeron dos hechos: por un lado, el alejamiento vital y geográfico del propio escritor, que tras su licenciatura en 1950 vive ausente de Barcelona prolongados periodos (en París o Dublín, estudiando idiomas; en Madrid, donde entabla amistad con Valente), hasta que en 1955 fija residencia definitiva en Ginebra como funcionario de la OMS; por otro, su alejamiento literario, marcado por una evolución singular y por unos dilatadísimos silencios, que no podían más que relegarlo de esa primera fila generacional en que se hallaba al principio.

Con la excepción de *8 Poemas*, cuaderno editado por la revista *Laye* en 1951, tras *Nuestra elegía* (1949) Costafreda no volvería a publicar libro alguno hasta 1966, cuando ve la luz *Compañera de hoy* en la colección «Colliure». Y su último poemario, *Suicidios y otras muertes*, ya se ha dicho que fue un volumen póstumo, estampado dentro de la colección «Ocnos» en 1974, año de su fallecimiento en la capital suiza. Una obra demasiado espaciada, distante y breve y, no está de más apuntarlo, demasiado singular en su primer momento como para estar

llamada a permanecer fácilmente. Con esta observación no pretendo insinuar que su poesía haya sido objeto de una injusticia crítica. Es verdad que Costafreda fue lastimado por la escabrosa venganza de un «compañero de viaje» que lo excluyó de la influyente antología de José María Castellet *Veinte años de poesía española (1939-1959)*, fundamental carta de presentación de los poetas de los 50 y, más señaladamente, del grupo de Barcelona. Años más tarde, ya con un renombre, el artífice de la expulsión, Jaime Gil de Biedma, cantó la palinodia y se permitió declarar que ni él ni Costafreda habían llegado a ser los grandes poetas que habían soñado. Pero aquel agravio sólo fue un episodio más de los que circulan en cualquier sociedad literaria. No hay que abultarlo, pues.

Lo determinante para Costafreda fue su creciente sensación de aislamiento, cada vez más apartado y vacío de todo; en sus últimos años de vida, perseguido por una impresión de fracaso y una crisis creativa acaso derivada de ese ostracismo: había decidido no volver a establecerse en España mientras durase la dictadura franquista. Fue un exilio al que, según cuenta Carlos Barral en *Los años sin excusa*, «nunca se resignó». El extrañamiento lingüístico (situación a la que se sumaron sus tres matrimonios con mujeres extranjeras) sin duda concurrió en el progresivo repliegue que fue experimentando su expresión poética, y en el adelgazamiento retórico de los descarnados poemas finales. La distancia física de la hija habida en su segundo matrimonio, las frecuentes depresiones y una salud maltrecha asolaron con anticipadas muertes su muerte definitiva. Para entonces ya había dejado dispuesto en la imprenta uno de los libros más estremecedores y desolados de la poesía española de la segunda mitad del siglo XX.

El suicidio de Costafreda ilumina con fronteriza luz esos versos terminales, y hace que su lectura resulte aún más turbadora; aunque asimismo ha contribuido a extremar la imagen de un escritor torturado por el silencio creativo, en incesante conflicto con la escritura y falto de fe en la palabra poética. Estas tribulaciones son, sobre todo, las de *Suicidios y otras muertes*, pero han condicionado la lectura del libro que lo precede, algo enturbiada por la idea de la insuficiencia de la palabra. Todo esto al margen de factores extraliterarios, como pueden ser la absurda valoración de su modernidad a la luz de este hecho, o el extraño gusto por las trágicas leyendas en torno a los poetas suicidas, que ha dado pie a la publicación de alguna antología de este tipo de autores.

Quienes lo trataron de cerca y describieron los rasgos de su humor, coincidieron en la percepción de una personalidad de acusados contrastes: «El más contradictorio, y el más entrañable de cuantos conocí en aquel tiempo. Alfonso era en todo bipolar y prácticamente indefinible», se nos dice en *Años de penitencia*; y hasta tres veces subrayaba Vicente Aleixandre en «La última vez», el prólogo que encabezó *Suicidios y otras muertes*, su discordante espíritu: «Todo en él, hasta lo más normal, parecía señal de contradicción». En el fondo, pues, de esta íntima escisión se abre la sima de un insalvable vacío que traspasa toda su poesía. Tanto es así, que su trayectoria vital o literaria: en Costafreda viene a ser lo mismo puede esquematizarse en la figura de un arco que va de la lucha inicial contra ese vacío a la seducción que finalmente siente por la nada.

El joven autor de *Nuestra elegía*, largo poema modulado en seis cantos, contempla la vida como una realidad horadada por la muerte, que es la manifiesta concreción del vacío. Ya en este libro la muerte es una verdad sufrida, diríase que carnal, con nombres precisos: «Has muerto tú, Jorge, y tú, Elena»; pero sobre todo personificada en su padre difunto. (Esta pérdida marcó la infancia de Costafreda, y determinaría su sensibilidad). El pensamiento elegíaco del poeta respira por la herida; es eso lo que lo hace más real y auténtico. Así que no hay solamente una abstracta especulación metafísica, sino un vasto y doble diálogo: con el padre, oyente desde el trasmundo, y con la naturaleza y la generalidad de los hombres, entre los vivos. En medio, ocupando los silencios de este coloquio, convergen las descripciones de una creación aniquilada y de un paisaje feraz y edénico, que es el que termina venciendo. En este enfrentamiento entre la vida y la muerte, prima una clara voluntad por afirmar la primera y excluir la segunda de nuestro alentar diario: «Alejemos la muerte de nuestros brazos jóvenes». Pese a lo cual, más que confirmar la plenitud de la existencia, a veces da la sensación de que el poeta hace todo lo posible por apuntalarla, como si intentase convencerse a sí mismo de las luminosas verdades que anuncia a modo de buena nueva. Resulta mucho más creíble y cercana la visión elegíaca del libro que su otra vertiente hímnica, más artificiosa. *Nuestra elegía* es valga la expresión un libro *voluntarista*. Y valiente, cabría añadir, puesto que en él se asume y exalta nuestra condición efímera como una preciada dádiva y no como un castigo, porque la fugacidad intensifica el esplendor del paso de las criaturas por la Tierra. La única penuria procede de la conciencia y su cortejo de preguntas y

temores. Y es aquí donde inevitablemente aparece tratado el tema de la religión, en cuya base actúa un miedo negador que crea esclavos. El miedo a la muerte y la esperanza en la vida eterna malogran el valor absoluto de la que ahora tenemos. Son ideas que aparecen proclamadas en «La catedral y el tiempo», pero que no ahogan una religiosidad consistente en un panteísmo sin Dios (la palabra Dios se emplea una sola vez en los tres libros de Costafreda). Su panteísmo es un deseo de integración en el universo, una forma de descender a una existencia elemental que colme ese vacío interior donde «Todo es noche».

La esperanza de *Nuestra elegía* radica, por tanto, en un agnóstico anhelo de fusión con el mundo. Este afán delimita la vocación telúrica del libro («lo mejor, lo esperamos de la tierra»), en ocasiones muy próxima a *Les nourritures terrestres* de André Gide, y también su vocación celeste, forma superior de idealismo que aspira a prescindir de la materia «que cubre ocultando» para lograr «Ser aire», como se titula un fragmento del Canto II. La cercanía de *Sombra del paraíso* es evidente: la voz del catalán a menudo consuena con la «inmensa lengua profética» que atribuye Aleixandre al poeta en el texto que encabeza su libro. Pero no puede hablarse de una imitación servil. Hay una deuda contraída, no una epigonal dependencia.

Sin que sea una obra encuadrada en la poesía social, *Nuestra elegía* obedece a un designio fraterno o humanitario relacionado con la salvación del hombre en una etapa sombría de nuestra historia como fue la posguerra de esos años. Esta concepción redentora de la palabra explica el tono adoctrinador de bastantes pasajes del libro, y cierta eventual confusión entre poesía y enunciación de ideas. Su ardor profético sugiere a veces la imagen de la tarima o del púlpito. No tardaría Costafreda en percatarse de que el efecto algo artificioso de su vitalista retórica quizá no se debiese tanto a su juventud e influencias literarias cuanto a ese empeño por afirmar la vida. Su sentir más genuino era hondamente desconsolado: para él la exaltación del vivir venía a ser una meta; la sensación de extravío, el desaliento y la conciencia de la muerte, realidades experimentadas.

La publicación en 1951 de *8 Poemas* (siete de los cuales pasarían a formar parte de *Compañera de hoy*) corrobora este juicio. Aquel cuadernito, aparecido sólo dos años después de *Nuestra elegía*, supuso el cambio más notorio y decisivo en el itinerario poético del escritor, hasta el extremo de que selló la voz madura de *Compañera de hoy*, y la modulación esencial del resto de su obra. Todos los nuevos poemas

se caracterizan por un compendioso laconismo de estirpe becqueriana: concisos, sustanciales, de versos habitualmente enjutos, podados de las amplificaciones y el gusto por las amplias tiradas versiculares de muchos tramos del primer libro, así como de la profusión metafórica y la ampulosidad oratoria. En lo sucesivo, Costafreda ya no elevará el tono para difundir ninguna doctrina salvadora; hablará consigo, o bien con un interlocutor manifiesto o imaginario. Se ha señalado la enseñanza obtenida de Carles Riba, cuyas *Elegies de Bierville* tradujo, para explicar la sobriedad de esta elocución. Es probable el ascendiente. Pero lo cierto es que no tenía que buscar mucho afuera: la nueva hechura de *Compañera de hoy* no era realmente inédita; estaba presente en algunos de los mejores momentos de *Nuestra elegía*, que incluyó en su siguiente libro: «Aquellos poemas que prefiguraban en cierto modo mi obra posterior», indicará en una nota. Así pues, más que de ruptura, debería hablarse de ahondamiento en un tipo de dicción escueta que ya había sido incipientemente cultivada.

A pesar de no ser extenso –veintinueve breves poemas–, *Compañera de hoy* es un conjunto de matizada complejidad temática. Persiste en su enfoque el mismo combate entre fuerzas antagónicas, pero sin triunfos ni conquistas entusiastas. El punto de partida el de *8 Poemas* es el desengaño, la derrota de los sueños juveniles y una desesperanza irreductible. El agnosticismo y la falta de justificaciones morales, filosóficas o religiosas desembocan en la amargura metafísica, reiterada una y otra vez con palabras en las que se agita una angustia existencial: «terror», «miedo», «pavor», «vacío», «extravío»... El concepto que mejor condensa esta zozobra es la noción del vértigo («Viento sin fin, ay, nuestra vida. / Vértigo que empezó / y nunca acaba»), en un mundo que rueda mecánicamente: «Sin sentido la tierra gira, gira. / Sigue la sombra tan profunda». Otra vez, la fuente del mal vuelve a ser la conciencia y su disputa con la muerte y con una nada de raigambre sartreana. La «vida indagadora» y las interrogaciones únicamente conducen a la incertidumbre: «Vuelta sobre sí misma, la mirada humana / es, ay, tan sólo un triste desconcierto». En «El mar», un revelador poema que recrea el tópico horaciano de la vida como piélago sobre el que pilotar la nave de la existencia, Costafreda profundiza en su representación de un deambular ciego en el que tan sólo cabe dejarse llevar, manteniendo un paradójico «rumbo contra el pensamiento». La única luz que brilla en esta noche del alma es el oscuro resplandor de la muerte.

Los refugios –aunque refugios con fisuras– para tan negra intemperie son dos: el consuelo de la mujer que es «compañera de hoy», «dama de claridad» cuya mano aún puede devolver una frágil confianza; y las palabras fundadoras de la poesía, agobiadas sin embargo por un conflicto inevitable, pues no dejan de ser una limitada herramienta del pensamiento que acaba por ir contra la vida. Así lo dice un verso de *Suicidios y otras muertes*: «¿Son vida las palabras o van contra la vida?». Por otra parte, las limitaciones del lenguaje y la afasia creativa son dos motivos más de sufrimiento. Pero quienes se han ocupado de comentar los versos de Costafreda han recargado las tintas al medir la envergadura de este conflicto en *Compañera de hoy*, hasta el punto de sostener que, junto al desvalimiento existencial, es su principal tema: «La insuficiencia de la palabra para vencer la insuficiencia de la vida», escribe Pere Rovira. Incluso ha habido quien, amoldándose con exceso a esta interpretación, ha tergiversado el verdadero sentido de un texto como «Fugacidad de la palabra», poema sobre el tema de España donde Costafreda manifiesta su desengaño del influjo reformador que la poesía social podía tener, y un cansancio histórico. La «desmedida pasión», las «furiosas ansias de ti» de «Fugacidad de la palabra», dedicado a Eugenio de Nora (también ganador del Boscán en 1953 con *España, pasión de vida*) no se refieren en absoluto a la palabra, sino a un país con una historia no muy feliz. Repito que *Compañera de hoy* es temáticamente complejo, con unas cuantas composiciones difíciles de penetrar por su deixis difusa. Sólo dos o tres poemas del libro reflejan un conflicto real con la palabra; pero otros, como «Para escribir», exponen todo lo contrario. Costafreda habla en él de la «Humana fe entre la palabra inerte»: sabe distinguir las «palabras vivas» (las del poema) de las inertes que ocupan nuestra estéril cotidianidad. Esta nítida distinción ayuda a explicar un poco más sus largos silencios, y sobre todo a comprender por qué casi todos los versos de este libro nos parecen tan necesarios.

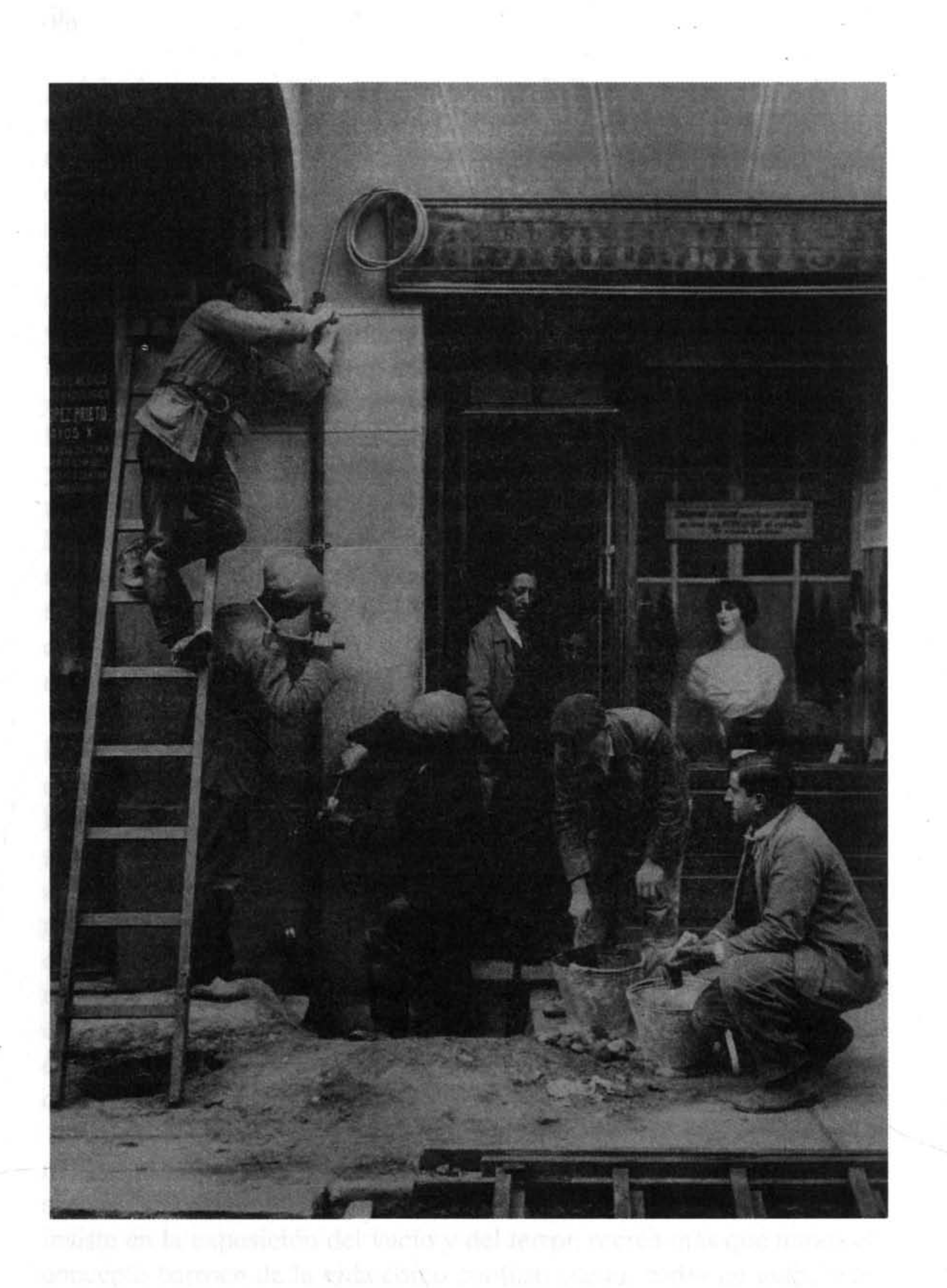
La estrategia y la rapidez son signos de nuestra época. La literatura y hasta la poesía no ha permanecido a salvo de ellos. Decía Carlos Barral que la suya era una generación lenta y perezosa, pero la diligencia de varios de sus miembros para promocionarse está fuera de toda duda. En 1966, cuando *Compañera de hoy* llegaba a las librerías, la «generación de los 50», o «del medio siglo», comenzaba a existir como concepto historiográfico; el nombre de Alfonso Costafreda, en cambio, existía cada vez menos. Era un rezagado, muy lejos del que

podría denominarse «frente» generacional. Su camino poético discurría por regiones muy separadas del realismo crítico que pocos años atrás se postulaba en *Veinte años de poesía española*. Apenas en unos cuantos poemas suyos puede reconocerse un compromiso con la historia. La suma de rupturas, alejamientos y degradaciones del periodo final de su vida hizo de él un cronista de esa reunión de muertes, un extranjero no sólo en una nación ajena, sino en medio de su propia vida. No es difícil entender que, truncados todos los vínculos, incluida la razón de ser de la escritura, el compromiso fundamental en *Suicidios y otras muertes* sea con la inexistencia. Todo en el libro apunta hacia la nada como la última de las metas posibles, hundidos los demás bienes y aspiraciones: la salud, la ilusión sustentadora del amor, inútil para una soledad sin remedio, o la tensa y oscilante fe en la palabra (aquellos «diamantes de realidad»), todavía confortadora en los tiempos de *Compañera de hoy*. Estos poemas postreros son calas abiertas en el fracaso. La nada, pues, es la última posibilidad en un mundo expoliado de afanes; y el suicidio, supremo ejercicio de libertad en ese riguroso desprendimiento de todo.

Conmueve considerar la progresiva reducción que en cada una de las obras de Costafreda sufren las dimensiones de la lucha. El cósmico combate entre la vida y la muerte de *Nuestra elegía*, donde el ser humano era un cazador empeñado en la procreación y en conseguir su sostén, se transforma en el último poemario en una limitada lucha personal por seguir respirando («De nuevo mi garganta / lucha por respirar») o por no sucumbir a la locura. De la confrontación filosófica inicial pasa a un agonismo que funde las especulaciones con lo puramente biológico. A la postre, la auténtica contrincante para él termina siendo la vida, portadora de un ambiguo legado: «de oscuridad una cargada herencia». Más allá de las razones históricas o sociales, el mal parece transmitirse con la semilla.

Lo excepcional de *Suicidios y otras muertes* me parece que es el modo tan abrupto como irradia su punzante verdad, por encima del acto retórico que casi siempre suele ser la poesía. Costafreda de nuevo insiste en la exposición del vacío y del terror, recrea más que nunca el concepto barroco de la vida como confuso sueño, como un «laberinto sórdido» que recuerda a aquel «laberinto de errores» del que hablaba Pleberio en *La Celestina*; y continúa su descenso existencial. Pero alcanza tal grado de concentración expresiva que rebasa todo lo que las palabras tienen de convención literaria. En *Suicidios y otras muertes*

no importa tanto el *asunto* metafísico o existencial cuanto la *expresión* concreta de un proceso psicológico. Hay un expresionismo, confesado por el autor en una lectura que hizo de algunos poemas de este libro en la Universidad de Syracuse un año antes de morir, según relata Jaime Ferrán. A primera vista se reconocen algunos de sus procedimientos: la asociación de la culpa o de la droga a aves rapaces, el léxico y la adjetivación tremendistas («grito», «alarido», «pesadilla» «atroz», «feroz», «demente»), las tonalidades lóbregas y monocromas, la dislocación sintáctica... Pero este recuento un poco profesoral de los recursos choca de plano contra la verdad de la expresión del libro, y eso es inaprensible. El solipsismo de Costafreda, ese ensimismamiento que es «objeto y fin de su propia pasión», consigue saltar a otro lado: a las estremecidas palabras.



Alfonso, 1926. Colocación de cables (Madrid)

Los papeles mallorquines de Camilo José Cela

Adolfo Sotelo Vázquez

«Mallorca es un buen país para vivir y laborar
en paz. En Mallorca, sabiéndola observar, la paz se hace tangible
y asoma, como el alegre pájaro del monte,
tras cualquier esquina o sobre la más impensada y recoleta rama»
(CJC, «Pequeña fiesta», mayo de 1960)

«Cela era un home que mai no s'acaba, un home que no té fi»
(Blai Bonet, *La mirada. Diari segon,* 1975)

I

Si no ando errado creo que la primera relación del joven Camilo José Cela, autor de *La familia de Pascual Duarte* (1942), con Mallorca tiene como puente a Miguel Villalonga, el autor de una espléndida y olvidada novela, *Miss Giacomini,* que vio la luz en la revista *Brisas* –que dirigía su hermano Lorenzo Villalonga– entre 1934 y 1936, para ser editada en libro en 1941 por el inolvidable editor barcelonés, José Janés. Miguel Villalonga, que murió en Bunyola en 1946, tras una enfermedad que lo tuvo paralítico y postrado en la cama, era –como señaló Elisabeth Mulder en el prólogo a la primera edición de la *Autobiografía* de Villalonga en diciembre de 1947– «un gran señor por la cuna, por el espíritu y por el intelecto»[1]. Gran señor y militar antirrepublicano, pero nunca enrolado en la Falange, escribió en las últimas líneas de su *Autobiografía* (1947) acerca de los años terminales de su vida en la casa familiar de Bunyola: «Aquí también prosigo mi destajo periodístico de colaboraciones al por mayor»[2]. Dichas colaboracio-

[1] *Elisabeth Mulder, «Prólogo» a Miguel Villalonga,* Autobiografía, *Barcelona, José Janés, 1947, p. 10.*
[2] *Miguel Villalonga,* Autobiografía, *p. 221.*

nes veían la luz en *Baleares y en Solidaridad Nacional,* y en ellas se ocupó en varias ocasiones de CJC, a la par que comentó indirectamente *La familia de Pascual Duarte* y reseñó para el periódico barcelonés *Pabellón de reposo* (1943). Ese puntual conocimiento de los quehaceres del joven Cela como refrenda la correspondencia entre los dos escritores y los artículos que he mencionado, desemboca en esta tajante, radical e iluminadora confesión. Se trata de una carta de Miguel Villalonga fechada el 24 de agosto de 1945:

> «Vd. desgraciadamente para la antipatía intuitiva que le profeso, sigue siendo el mejor novelista de ahora (y de ayer: mi admirado Pío Baroja no es más que un imitador retrospectivo de usted)».

Con *La familia de Pascual Duarte, Pabellón de reposo, y Nuevas andanzas y desventuras del Lazarillo de Tormes* –me ciño al territorio de la novela– como alforjas, creo que la recelosa opinión de Miguel Villalonga es la más sincera afirmación que la época ofrece del valor y la significación literarias del joven CJC.

Pero todavía tiene más miga esta relación entre el escritor mallorquín y el joven maestro gallego. Se trata de un texto que Miguel Villalonga publica bajo el marbete de «Carta abierta dirigida a Don Camilo José Cela. En algún café. Madrid» en *Baleares* (21-IV-1944) y que fue exhumado por Margalida Socias Colomar. Es esta carta abierta Villalonga le reprocha su fama de trashumante de cenáculos madrileños, añadiendo:

> «Comprenderá Vd. que yo no puedo autorizar esta relajación de CJC, al Mármol Secular de los Veladores del café. Y no me arguya preguntándome quién soy yo para entrometerme en tales entrometimientos, porque yo mismo lo ignoro. Es para bien y defensa de CJC que le escribo esta carta»[3].

Como la carta deja entrever el receloso amigo mallorquín le aconsejaba implícitamente que abandonase el trasiego de la chismografía literaria madrileña para ejecutar el trabajo gustoso de las obras bien hechas. Por ello me permito ver en el texto de Villalonga el pórtico de la decisión que Cela toma en febrero de 1954 y ratifica en 1955 de instalarse en la isla de Mallorca. Decisión que justificaba ante Marino Gómez Santos en 1958 con estas palabras: «Yo vine a Mallorca a trabajar y no a dar cócteles»[4].

[3] *Margalida M. Socias Colomar,* Miguel de Villalonga. Antología de artículos literarios 1931-1946, *Palma de Mallorca, El Tall, 1993, pp. 165-166.*

[4] *Marino Gómez Santos,* Camilo José Cela, *Barcelona, Cliper (Colección «Pequeña historia de grandes personajes»), 1958, p. 37.*

Creo que se puede sostener sin miedo a errar, con cauteloso tiento (por usar una expresión querida del maestro), que la decisión de escribir *La Catira* en la isla hay que verla a la luz del hastío que le producía a la altura de 1954 lo que Miguel Villalonga le había advertido décadas antes: la vida intelectual y literaria madrileña. A ello habría que añadir un sumando político: el descontento con el *modus operando* del Ministerio de Información y turismo, regido por Gabriel Arias Salgado, a quien CJC escribió una carta –no cursada– a comienzos de febrero del 54 en la que se pueden leer estas inequívocas palabras:

> «Y el paso que voy a dar no puede ser más sencillo: me voy. Pero no pienses que me voy al extranjero; la ingenuidad es una grave tara política. Me voy, sí, pero no me voy más que del medio, de este enrarecido y viciado medio en el que no puedo ni quiero respirar. Cuando el tiempo se encargue de ventilar el cotarro abriendo una ventana –léase esta censura que nos agobia y, lo que es más grave, a cambio de nada– yo regresaré como ahora me voy: tímidamente y sin echar los pies por alto»

En una entrevista de junio de 1954, con motivo de una de las muy frecuentes estancias barcelonesas de Cela –acababa de llegar desde Palma– a la pregunta de Néstor Luján –quien recordará en la *Memòria personal, El punt estret dels anys 50* (1995) que «El vaig conéixer moltíssim, sobretot als anys cinquanta a Barcelona»– «De la vida intelectual madrileña, ¿qué opinas?», Cela contesta:

> «La vida literaria es una revuelta noche en la cual todos los gatos son pardos. La vida literaria no tiene más interés que la vida odontológica o filatélica. Será importante la vida literaria si los escritores hacen algo...»[5]

Hastiado de la vida literaria madrileña y con los deberes por hacer de *La Catira,* Cela llegó acompañado de Charo, su primera mujer, a Mallorca. Su hijo ha recordado en *Cela, mi padre,* que «El puerto de Pollença era el lugar ideal para lo que buscaban mis padres»[6]. José Pardo, director literario de Ediciones Noguer, editorial con la que Cela contrató *La Catira,* le escribe en carta del 13 de agosto del 54: «Celebro que Villa Clorinda reúna las condiciones precisas para su trabajo», confirmando contemporáneamente lo que Cela Conde relató en el libro ya citado.

[5] *Néstor Luján, «Camilo José Cela nos habla de la novela actual»,* El Noticiero Universal *(1 -VI- 1954).*

[6] *CJC Conde,* Cela, mi padre, *Madrid, Temas de hoy, 2002, p. 76.*

Ciertamente CJC llevó a cabo con rigurosa y estricta puntualidad sus deberes novelísticos y las cartas que escribe a Pepiño Pardo con membrete del palmesano Virginia Hotel en los comienzos del otoño del 54 –saliente del quirófano– hablan de la finalización de *La Catira.* Habían sido siete meses largos y continuados en la isla, salvo la escapada a Barcelona a la que aludí hace unos instantes. Siete meses muy fructíferos para su conocimiento de Mallorca. En una entrevista que bajo el título de «Adiós a Camilo José Cela» ofrece a sus lectores el diario *Baleares* del 3 de octubre de 1954, el escritor se explica:

> «–En Mallorca he vivido y he trabajo a gusto; en Palma empecé y en Puerto Pollensa puse punto final a mi novela *La catira,* en la que recojo las innúmeras sugerencias de mi viaje del año pasado por tierras venezolanas; en Mallorca hice buenos y numerosos amigos...
>
> – ¿Cuántos?
>
> – ¡Cualquiera se atreve a enumerar! ¡Muchos! ¡Muchísimos! Quizás salvo La Coruña donde nací, y Madrid, donde vivo desde niño, sea Mallorca el rincón de España donde tengo más amigos. Creo que el dato no deja de tener una pequeña importancia.
>
> – ¿Te vas contento de la isla?
>
> – Sí, sin duda alguna, muy contento. Mallorca ha sido para mí un descubrimiento: a pesar de la propaganda inhábil que suele hacer el Turismo»[7].

De regreso en Madrid y con el paréntesis del viaje a Inglaterra de un mes de duración alcanzamos el final del año 1954. Diversos testimonios periodísticos de la época hablan de la fascinación que la estancia mallorquina ha producido en CJC, quien, a juicio de Waldo de Mier, corresponsal del diario *Arriba* en Palma, «se hizo amigo de todo el mundo»[8]. Precisamente el sosiego que habilitaba el trabajo gustoso y la cordialidad sean las razones por las que –apelo al relato de Cela Conde– «en el mes de junio del año 1955 la familia se trasladó de nuevo a Villa Clorinda, de veraneo, pero con la firme intención de no volver nunca a Madrid»[9]. Los primeros meses del 55 suponen para CJC una nueva operación quirúrgica, con viaje a Barcelona para firmar ejemplares en la Casa del Libro a mediados de marzo y el viaje a Venezuela que se inicia el 25 del mismo mes.

[7] *«Adiós a Camilo José Cela»,* Baleares *(3-X-54).*
[8] *Waldo de Mier, «Los visitantes famosos durante el año 1954»,* Arriba, *(24-55).*
[9] *CJC Conde,* Cela, mi padre, *p. 84.*

Sus editores barceloneses, Vergés y Pardo, van a ser los primeros en conocer la decisión de regresar a Mallorca. En carta a Vergés del 23 de mayo le escribe: «A fines de junio me voy a Puerto Pollença, Mallorca, a trabajar». En otra misiva, ésta a Pardo, del 13 de junio, le informa: «El 17 salgo para Palma de Mallorca. Hotel Virginia. Calle Bellver. El Terreno. Desde el 27 –y todo julio, agosto y septiembre– estaré en Villa Clorinda». Se iniciaba así la vida mallorquina –vida larga, densa y fundamental para la cultura española del tercer cuarto del siglo XX– de CJC en Mallorca.

El cansancio de la vida intelectual madrileña ha dejado paso al sosiego y al trabajo del Puerto de Pollença, que es el prólogo de su definitiva instalación en la isla. CJC lo reconoció poco después del verano del 55:

> «Mi descubrimiento del Puerto de Pollensa -del que nunca me alegraré bastante- fue, como todos los grandes descubrimientos, desde América hasta la penicilina, puramente casual. Y debido al celo de un paisano mío -gallego como yo y como yo amante de Mallorca y sus encantos- Antonio Trillo, secretario judicial de Inca. Él fue quien me puso en la pista del Puerto de Pollensa y a él, y me honro en declararlo, debo el haber hallado el requerido sosiego para mi trabajo. Hechos cantan: en Puerto de Pollensa, entre el verano pasado y éste he puesto punto final a tres libros: *La catira,* ya publicado, y *El Molino de viento* y *Viaje a las tierras de Segovia y Ávila,* que salen ahora camino de la imprenta. Aquí nacieron y aquí, si los hados me son propicios, pienso que otros han de nacer. Porque entiendo que uno vuelve siempre a los sitios donde estuvo –como el criminal al lugar del crimen– y porque en el Puerto de Pollensa me encontré a mí mismo, después de saberme perdido por esos cinco mundos de Dios o del diablo»[10].

Quiero subrayar que Antonio Trillo, que falleció el 4 de septiembre de 1975, siendo a la sazón secretario del juzgado de Primera Instancia Número 1 de Orense, fue quien en los años sesenta le remitió el aguardiente gallego a Palma, y quien primero sabrá de una obsesión que se adueñó de CJC en los años finales de esa década: «Me anda por la cabeza comprarme un pazo bonito, no grande ni caro, para vincularme un poco más al país», le escribió el 4 de agosto de 1967. También quiero enmendar a Cela, pues *Viaje a las tierras de Logroño y Ávila* se con-

[10] *Cf. Gabriel Ferret / Fernando González,* Cela en Mallorca, *Mallorca, Consell Insular de Mallorca, 1989, p. 21.*

vertirá en el modificado subtítulo de *Judíos, moros y cristianos,* libro de viajes que Destino publicó en febrero de 1956. Dicho libro es un buen ejemplo de hasta dónde se había familiarizado Cela con la isla de Mallorca, pues el lema que lo abre es el fragmento de una carta de Juan Luis Estelrich y Perelló a Marcelino Menéndez Pelayo, que reza:

> «Te aseguro que no saldré sin pena de esta Castilla la Vieja, lo mejor de España».

Cela abría una obra de vagabundaje con la autoridad mallorquina de Estelrich y Perelló, cuya epistolario con el polígrafo santanderino había leído seguramente en la publicación del año 1950 en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo.* Diré para los eruditos que la carta de Estelrich y Perelló que cita Cela es del 12 de marzo de 1903. Añadamos como corolario que en el prólogo de 1963 a *Judíos, moros y cristianos* se afirma rotundamente que «de no haberme venido a Mallorca -el rincón donde tanto orden voy metiendo en mi cabeza y en mis papeles y en el que, con tan agradecido sosiego y desdén hacia los respetos humanos, sigo trabajando, éste hubiera sido un libro que jamás se escribiese»[11]. Cinco años antes, 1958, en una larga entrevista que concedió a Marino Gómez Santos para redactar un tomito de la serie «Pequeña Historia de grandes personajes» le dijo: «Vine a pasar una semana, me encontré a gusto, y aquí llevo ya tres años y pico [...] En Mallorca tengo una paz para trabajar que en Madrid no encontraba»[12].

II

La primera residencia mallorquina –salvada la brevísima estancia del año anterior en la calle José Villalonga, «un primer piso, que dominaba parte de la bahía, próximo a la casa que había habitado Gertrude Stein»[13]– fue el chalé de la calle Bosque número 1, en el barrio de Son Armadans y con la mítica plaza Gomila a muy escasa distancia. Era el comienzo de otoño del 55. Una carta a don Vicente Risco, traductor al gallego del *Pascual* lo confirma (15-IX): «Hasta el 27 estaré aquí, en

[11] *CJC, «Recuerdo en paz la tierra por la que anduve...» (1963),* Judíos, moros y cristianos, *OC, t. VI, p. 112.*

[12] *Marino Gómez Santos,* Camilo José Cela, *p. 47.*

[13] *Juan Bonet, «De las Conversaciones de Formentor»,* El Día de Baleares *(18-IV-1986).*

Puerto Pollensa. Desde esa fecha, le ofrezco su casa en Bosque, 1, Departamento D, Son Armandans, Palma de Mallorca, donde me refugiaré a seguir con mi trabajo, huyendo del inútil y gastador Madrid». Juan Bonet Gelabert, quien según Blai Bonet (así lo escribió en un artículo para la revista barcelonesa *La Jirafa* en junio del 58) había cogido un tremendo berrinche porque Cela no le conoció cuando llegó a Mallorca, comentaba desde las columnas de *Baleares* (7-X-55): «En su casa de Son Armadans, en su tertulia de El Terreno, dividido y divertido entre sus amigos palmesanos, ya tenemos de nuevo a esta gran Cela, con un entusiasmo y una calidad humana ejemplares»[14]. Entusiasmo que no significaba romper la paz y el sosiego que había encontrado en Mallorca y entusiasmo que a la vez comportaría la génesis de la empresa más importante de las que el genial escritor alumbró en la isla: *Papeles de Son Armadans.*

No obstante, de entre las actividades celianas de los últimos meses del 55 debo recordar –y apelo para ello a una crónica de «Ocnos», pseudónimo que escondía a Guillermo Sureda– la primera edición en catalán de *La familia de Pascual Duarte,* aparecida en abril del 56, con traducción de Miquel Serra y prólogo de Llorenç Villalonga, en la imprenta Atlante de la ciudad de Mallorca. Guillermo Sureda escribía el 9 de octubre del 55 en el *Diario de Mallorca:* «Este libro servirá para estrechar más si cabe las relaciones entre nuestro prosista excepcional y la isla de Mallorca»[15]. Relaciones que hay que consignarlo, pasaron en estos primeros años por un lugar recurrente: la atracción literaria debía girar alrededor de Cela, quien, como reconocía Juan Bonet en 1986, «consiguió de una manera perfectamente grata, que gente desafin y distanciada se reuniera y entablara una relación de amistad, trabajando en haceres comunes»[16].

Cuando se cumplían 30 años del primer número de *Papeles de Son Armadans,* Cela contestando a una entrevista del suplemento de cultura de *El Día de Baleares* decía: «Era una revista liberal, intelectual y abierta. Y mallorquina, no hay ninguna duda: nació aquí»[17]. En efecto, esa revista liberal, tolerante, con vocación de puente entre las voces que vivían en España y las que peregrinaban por las Américas, y con voluntad polifónica atendiendo a las culturas peninsulares, sale a la

[14] *Juan Bonet, «Camilo José Cela»,* Baleares, *(7-X-55).*
[15] *«Ocnos, Ta Diana y su flecha»,* Diario de Mallorca *(9-X-1955).*
[16] *Juan Bonet, «De las conversaciones de Formentor»,* El Día de Baleares *(18-IV-1986).*
[17] *«Camilo José Cela»,* El Día de Baleares *(18-IV-1986).*

calle en abril de 1956. El 28 de enero el periódico *Baleares,* al pie de una fotografía del escritor en la terraza del chalé de Bosque 1, anunciaba: «CJC ha decidido no abandonamos en mucho tiempo... Se ha instalado en Son Armadans y allí trabaja intensamente. Prepara una conferencia sobre Palma y una Revista que se titulará «Papeles de Son Armadans». La conferencia «Palma, cuerpo vivo. (Ensayo del planteamiento de un problema)» fue pronunciada en el Ayuntamiento de la ciudad el 15 de febrero. En ella, el escritor gallego, señalando el carácter mediterráneo y la actitud individualista –«El mallorquín, quizás por individualista, tiene un claro sentido de la universalidad»[18]– de la Mallorca en que vivía, postulaba el «logro de una Mallorca mejor, de una Mallorca que, sobre su clima y su paisaje, vivifique los viejos, los tradicionales veneros de su propio ser, y dignifique los nuevos, los aún no nacidos chorros de su prosperidad mediata»[19].

Con entusiasmo, con energía, y con un borrador afinado seguramente en las últimas semanas del 55 y primeras del 56 cuando viaja a Madrid, Barcelona y Valencia para dictar lo que el propio escritor llamó en alguna ocasión los «sermonetes» sobre las figuras del 98, lo que me hace sospechar que la empresa de PSA forma parte de la regeneración espiritual de la que andaba necesitada la cultura española de la posguerra. CJC, cual Unamuno o Valle-Inclán, cual Azorín o Baroja en la crisis de fin de siglo XIX, irrumpe, una vez más, en el panorama cultural español con un ademán que emparenta con otros contemporáneos de Julián Marías o de José L. Aranguren, por citar sólo dos ejemplos. Valgan como emblema de lo que estoy insinuando las palabras finales de la primera parte de la conferencia que CJC dictó en «Conferencia Club» –salones del Hotel Ritz– en Barcelona el 30 de noviembre del 55 y que repitió en «Conferencia Club de Valencia» el 19 de enero de 1956 (debo recordar que fue también la conferencia que pronunció en más de una oportunidad en la estancia inglesa de finales del año 54). Cela sostiene:

> «Don Ramón y don Miguel, cada uno desde su esquina, delimitan el campo de lo español, la geografía del pensamiento actual español. Quienes venimos detrás y sentimos el problema de España, desde todos sus ángulos, como algo cuya interpretación –aunque nos sea negado el ejercicio de nues-

[18] *CJC, «Palma, cuerpo vivo»,* Cuatro figuras del 98 y otros retratos y figuras españoles, *OC, Barcelona, Destino y Planeta-De Agostini, 1990, t. XV, p. 325.*

[19] *CJC, «Palma, cuerpo vivo»,* OC, *t. XV, p. 329.*

tro derecho- nos corresponde, sabemos bien que, sin su ejemplo, no nos habría de resultar hacedero nuestro empeño»[20].

Tesis que la sección «Tribuna del conferenciante» del semanario Destino del 10 de diciembre del 55, reseñando la disertación barcelonesa del maestro gallego, leía con estas diáfanas palabras: «la lección de los hombres del 98 sigue en pie y válida, tanto en lo literario como en lo trascendente».

A esta luz debe interpretarse la empresa de *PSA,* en concordancia con las empresas de los escritores noventayochistas, como un aldabonazo de los despertares de la cultura española y de sus valores trascendentes y universales. Es, desde el primero al último número, una revista que se empeñó en la regeneración espiritual como utillaje que amparaba la curiosidad intelectual, la polifonía de voces y la educación de la sensibilidad, rasgo este último justificadísimo por la amalgama que ofreció siempre en sus páginas entre letras y arte, literatura y pintura.

El primero de enero de 1956 Camilo José Cela escribe a su íntimo amigo, el profesor y crítico, Antonio Vilanova: «Desde Mallorca, donde el sosiego y la perspectiva son mayores, voy a lanzar mis mensuales y tímidos y honestos *PSA*». Nótese: el sosiego y la perspectiva como característicos del enclave mallorquín desde el que abordar la regeneración antes bosquejada. Los papeles mallorquinos se están fraguando. El epistológrafo impenitente que fue toda su vida CJC no cesa. El 16 de enero a Dámaso Alonso: «¿Cuándo coño –voz peculiar de madres de familia de baja extracción social– me vas a enviar tus prometidos y anhelados versos? Mis *PSA* suspiran por recibirlos»; el 9 de febrero a Rafael Alberti: «Pienso hilar delgado y prefiero para ellos una muerte gloriosa a un vivir vergonzante»; el 17 de febrero a Vicente Aleixandre:

«Mis *Papeles de Son Armadans* son, exactamente, míos; mejor dicho, de mis amigos y míos. Para su financiación, aparté unas pesetas –tampoco muchas– y tengo esperanza en poder mantenerlos con mis entusiasmos, con las suscripciones y tal vez con algo de seleccionada publicidad.

«Los *Papeles de Son Armadans* no tienen –ni quieren– subvención oficial ni particular alguna. La colaboración –por lo menos, en estos primeros números– no la he de pagar por la sólida razón de que no puedo. Pienso, eso sí, corresponder a la confianza que mis amigos podáis depositar en mí, cuidando

[20] *CJC, «Cuatro figuras del 98»,* OC, *t. XV, p. 24.*

hasta el límite la dignidad –interna y externa– de la revista y creo que no me han de faltar las ayudas que mejor estimo: la tuya, por ejemplo».

Al otro lado, los corresponsales ofrecían su colaboración (me ciño a las semanas anteriores al primer número): Dámaso, Alberti, Aleixandre, o Ignacio Aldecoa. La calidad de la empresa se adivina en los nombres que se comprometían con ella. Cerraré el pasaje recordando una carta de Ignacio Aldecoa, fechada el 12 de marzo: «Es una estupenda idea esa de tus *PSA*. Cuenta conmigo, con mis modestas colaboraciones y con la alegría que me produce escribir en tu revista».

La revista se puso en marcha. Los interiores de la empresa correspondían a sus amigos mallorquines, con excepción de José Manuel Caballero Bonald, que como reza el primer número ocupaba, en el equipo de redacción, el cargo de secretario. Lorenzo Villalonga, Dhey, el 8 de febrero, desde su habitual colaboración en *Baleares* informaba de los escritores indígenas que rodeaban a CJC y que formaban su cenáculo: Vidal Alcover, Sureda Molina, Miquel Pons, Moyá Gilabert... Faltan en el artículo de Dhey dos nombres clave en los comienzos de la revista: José María Llompart, primero gerente y luego secretario de la revista, y a juicio de Blai Bonet –en un artículo del 58[21]– «el brazo derecho de CJC». Y Luis Ripoll que dio las noticias primeras de la revista en el semanario *Destino* del 25 de febrero y que años después –treinta años después– en 1986 recordaba: «Yo estuve muy vinculado a la revista que fundó, dirigió y cuidó amorosa y tercamente, CJC. Y lo estuve por razones obvias; por haber sido su impresor. O mejor dicho, la imprenta Mossén Alcover, que yo dirigía [...] *Papeles* ha dejado tipográficamente hablando una bellísima colección de volúmenes, que no porque estén tan cerca de mi labor, dejo de decir que me enorgullece»[22]. Artículo al que CJC contestó con una carta fechada el 5 de mayo de 1986: «Paso fugazmente por Palma y leo tus generosas palabras en *El Día* sobre nuestros viejos y añorados *PSA*. Te aseguro que merece la pena llegar a sesentón y haber hecho cosas para descubrir –o reafirmarse en la idea– de que uno tiene amigos». En efecto, Ripoll como otras personalidades mallorquinas fueron los amigos seguros de CJC en la gran empresa de *PSA*.

Los inicios de *PSA* se vieron acompañados por las conferencias que Cela organizó en la calle Bosque, conferencias inauguradas por Blas de

[21] *Blai Bonet, «Índice de escritores mallorquines»,* La Jirafa, *junio, 1958.*
[22] *Luis Ripoll, «Notas acerca de PSA»,* El Día de Baleares *(18-IV-1986).*

Otero. El auditorio lo componían amigos, pero en realidad con ellas Cela daba un nuevo paso para convertirse en el referente cultural de la isla. Paso que tendría su continuidad en las «Jornadas europeas», en las «Conversaciones de Formentor» y en el «Coloquio sobre novela» actividades todas celebradas en 1959 y de las que preparo un estudio detallado. Únicamente quiero señalar el papel central de la personalidad de CJC en todas y cada una de las actividades que desataron un «movimiento informativo» muy importante, pues refiriéndose tan sólo a las «Conversaciones de Formentor», la *Hoja del lunes* de Palma presentó desde el 9 de marzo al 13 de abril una breve antología de algunos poetas que tomaron parte en las «Conversaciones». Los elegidos fueron: Aleixandre, Otero, Diego, Dámaso, Rosales, Leopoldo Panero y Gabriel Celaya. Mientras tanto *ABC* había mandado como cronista a Carmen Castro, *La Vanguardia* a José Ramón Masoliver y *El Noticiero Universal* a Rafael Santos Torroella, si bien algunos poetas asistentes actuaron como cronistas, así José Hierro para *La Estafeta Literaria* y Celso Emilio Ferreiro para *El Faro de Vigo.*

CJC era el eje vertebrador de estos acontecimientos de enorme relieve para decir definitivamente adiós a la negrura de la primera posguerra. Tres botones de muestra. Vidal Isern, corresponsal de *La Vanguardia* en Mallorca, informaba el 24 de febrero de 1959 a propósito de la rueda de prensa celebrada en Palma el día anterior para anunciar las «Jornadas europeas»:

> «El señor Cela explicó seguidamente a los reunidos las gestiones personales llevadas a cabo para incorporar a su querida Mallorca, a donde vino por unas semanas y lleva ya aquí, gustosísimo, varios años, las tareas culturales de una Semana de alturas espirituales en consonancia con el tema genérico «Europa», habiendo conseguido la firme colaboración al efecto de figuras tan prestigiosas como el señor Menéndez Pidal, por el cual siente verdadero afecto y devoción ilimitada. Los demás conferenciantes serán el doctor López Ibor, de tanto prestigio clínico como intelectual; el joven polígrafo Julián Marías, el hondo escritor Laín Entralgo y el ilustre poeta y orador don José Mª. Pemán»[23].

Celso Emilio Ferreiro, al finalizar las «Conversaciones» ofrecía un balance a los lectores de *El Faro de Vigo.* Su última consideración era la siguiente: «Camilo ha sido el artífice de estas conversaciones y por

[23] *A. Vidal Isern, «Jornadas europeas»,* La Vanguardia, *(24-II-1959).*

mucho que se esconda, él será la primera figura de esta semana inolvidable»[24]. El tercer botón hace referencia al «Coloquio Internacional de Novela»: Castellet escribía en el número de septiembre de la parisina *Cuadernos:* «Desconozco las interioridades que dieron lugar a las organización del Coloquio de Novela en Formentor. Supongo que en el origen hubo conversaciones entre la empresa del hotel y el director de «Biblioteca Breve», presididas por Camilo José Cela»[25]. La presidencia fue muy activa.

Volvamos –para cerrar este capítulo– a la calle Bosque, que la familia Cela abandona a comienzos del otoño del 56 para ocupar la casa –que ya conocía– de José Villalonga, 87. En ella se afianzará la idea de continuar en Mallorca y también se confirmará la aventura de *PSA,* cuyos latidos radicaban en el sótano de la casa. En este domicilio de Palma, en el que la familia Cela reside hasta la primavera del 64, el escritor habría de conocer su ingreso en la Academia y su consagración como figura eminente de las letras españolas de la segunda mitad del siglo XX. Por lo que toca a *PSA* desde este enclave ven la luz las tres colecciones que abren la revista a los vientos del espíritu peninsulares: Juan Ruiz, Joan Roiç de Corella y Juan Rodríguez del Padrón. Y, a la vez, algunos números excepcionales de la revista: valga como emblema el que hace el número cincuenta, dedicado a Mallorca. CJC escribió en el editorial: *«PSA* dedica sus páginas a Mallorca, como expresión de su más gozosa gratitud»[26].

Gratitud, alegría, comprensión, intuición, universalidad y sosiego activo son marbetes que convienen a los trabajos y los días mallorquines de este escritor que caminaba hacia la universalidad. La flecha de sus quehaceres estaba guiada por la independencia. CJC le dice a Marino Gómez Santos en 1958: «Uno de mis orgullos en mi revista es, precisamente, mi independencia»[27]. El talante de sus haceres cotidianos nace de una dialéctica en la que tanto monta, monta tanto, Cela como Palma. César González Ruano que le visitó a finales de la primavera del 56 escribió en una de sus magistrales crónicas para el diario *Arriba* (17-VI) rotuladas «Nuevo descubrimiento del Mediterráneo» que

[24] *Celso Emilio Ferreiro, «Memorias de unas vacaciones poéticas»,* El Faro de Vigo *(5-VI-1959). Recogido en* Semblanzas, crónicas e artigos *(ed. Ramón Nicolás Rodríguez), Vigo, Xerais, 2005, p. 145.*

[25] *José María Castellet, «Coloquio Internacional sobre Novela en Formentor»,* Cuadernos, 38 *(septiembre-octubre, 1959), p. 82.*

[26] *CJC, «Pequeña fiesta»,* PSA, *L (1960), OC, t. XV, p. 392.*

[27] *Marino Gómez Santos,* Camilo José Cela, *p. 49.*



CJC le puso en contacto nada más llegar a Palma con El Terreno y El Rodeo, con el restaurante «El Patio», con el café «El Castillo» y -sobre todo- «con un mundo mezclado, cosmopolita, que guardaba entre sí, al mismo tiempo, esa distancia y esa camaradería que tal vez sea el mejor fruto de la civilización»[28].

III

Las actividades primeras alrededor de *PSA* tienen un punto culminante en el inicio de las colaboraciones de don Américo Castro en la revista en septiembre de 1957. No pongo en duda la importancia de la participación de Jorge Guillén, o Max Aub, de Francisco Ayala (más tardía) o Luis Cernuda –por citar cuatro clásicos de la generación del 27–, sino que estimo de una importancia decisiva para la voluntad regeneracionista de los papeles mallorquines y para la evolución de la obra narrativa e intelectual de Cela la presencia de la autoridad de don Américo, refrendada con la publicación en 1954 de *La realidad histórica de España,* reescritura, como es sabido, de *España en su historia: cristianos, moros y judíos* (1948).

Bosquejaré unos mínimos aspectos de las relaciones de CJC con don Américo Castro. En una carta de Camilo a don Américo del 24 de mayo del 56 le dice: «En *PSA* vivimos un poco con la ilusión de publicar un texto inédito suyo [...] ¿Querría usted enviarnos algo?» Mediará más de un año hasta que llegue esa primera colaboración, aunque para el verano del 57 –en concreto en la primera quincena de agosto– don Américo viajó desde Sant Julià de Vilatorta, junto a Vic, donde veraneaba, hasta la casa de José Villalonga, 87. De resultas de esa estancia la amistad entre el viejo profesor y el joven académico se agrandó y don Américo frecuentó en diversas ocasiones las residencias de la familia Cela –la de El Terreno y la de La Bonanova– a la par que descansó temporadas en Formentor o en la Cala San Vicente. El impacto de la personalidad de don Américo en CJC está por estudiar al detalle, pero anticipo dos cuestiones, una de carácter conceptual y otra de valor emblemático, que revelan la importancia de esta relación mallorquina de Cela[29].

[28] *César González Ruano,* Nuevo descubrimiento del Mediterráneo, *Madrid, Afrodisio Aguado, 1959, p. 110.*

[29] *Ana María Lago Arenas (Universidad de Vigo) ha presentado una tesis de Licenciatura, «La influencia de Américo Castro en Camilo José Cela a través de su epistolario» (dirigida por Dolores Troncoso), de cuya comisión evaluadora he sido presidente.*

Tras la primera visita de Castro, CJC escribe a su gran amigo Celso Emilio Ferreiro una carta fechada el 15 de agosto del 57 en la que le insta a que facilite un viaje del gran historiador y filólogo a Galicia, pues no la conocía, y como palabras de presentación sentencia: «el gran don Américo Castro: liberal como un espejo en el que mirarse, tan inteligente como siempre, más joven que nunca». Cuando don Américo cumplió 80 años, la pluma de Cela desde *PSA* (mayo, 1965) explica cómo comulga con su entendimiento de España, vincula los quehaceres de la revista a uno de sus colaboradores más señeros y redacta el siguiente diáfano envío:

> «La amistad, la lealtad y el respeto, querido viejo profesor, no se suplican: se brindan. Y esto es lo que queremos regalarle, a cambio de tantas enseñanzas recibidas, quienes hacemos esta lejana revistilla –que recuérdelo– nació, vive y ha de morir al margen de todo lo que pudiera condicionarla, hipotecarla, castrarla o, simplemente, lastrarla»[30].

La cuestión emblemática consiste en el proyecto fraguado en el verano del 61 de publicar –lo iba a llevar adelante Pepiño Pardo desde ediciones Noguer– un *Quijote,* prologado por don Américo y epilogado por CJC. Martín de Riquer cuidaría de establecer la edición. Esa joya cervantina por un sinfín de problemas menores desafortunadamente no llegó a nacer[31].

Tengo la convicción de que el encuentro con la personalidad de don Américo fue un catalizador determinante para lograr los propósitos que Cela formuló en lo que me voy a permitir llamar el ideario de un escritor universal, que está contenido en media docena de textos aparecidos en *PSA* entre junio y diciembre de 1956. Dichos textos vieron la luz en volumen como integrantes de *Al servicio de algo* y con dos lemas que explicitan su significación última. El lema general del libro de 1969 pertenece a la *Lettre à Mme. Charrière* de Benjamin Constant. El texto del autor de *Adolphe* reza: «Les lettres et la solitude, voilà mon élément»[32]. Mallorca fue para CJC el escenario de ese elemento. El lema particular del apartado donde se publica el estricto credo ético y estético que había dado a la luz en los números de *PSA* del año 56 es también luminoso:

[30] *CJC, «En los ochenta años de Américo Castro»,* PSA, *CX, (1965),* Al servicio de algo, OC, *t. XVI, p. 257.*

[31] Cf. *Adolfo Sotelo Vázquez, «Las aventuras del malhadado* Don Quijote *de Américo Castro y Camilo José Cela»,* El Extramundi y Los papeles de Iria Flavia *(en prensa).*

[32] *CJC,* Al servicio de algo, OC, *t. XVI, p. 7.*

«Para Kant, dos cosas llenaban su espíritu de admiración y de espanto: el cielo estrellado sobre su cabeza y la ley moral dentro de sí mismo. Al servicio de la ley moral han sido escritas las páginas que siguen»[33].

La mitad de las páginas que siguen reproducen los textos que espigo con laconismo. En ellos se defiende la soledad y la insobornable independencia del escritor y de sus papeles, meridiano de la cultura española que no pasaba por Madrid.

«El escritor –escribe CJC en junio del 56– no es un ente tertuliano, sino rara hierba de cenobio»[34]. Desde el cenobio, desde la soledad, el escritor con vocación –«ese don de los dioses»– y con entera y verdadera dedicación avanza en su oficio, estrujando su propia conciencia, que es mirada y es memoria. Cela se mira en el espejo de Cervantes –solitario y tumultuoso– y en el de Gustavo Adolfo Bécquer. «La soledad es el imperio de la conciencia» postula Cela para Bécquer. La soledad es el imperio de la ley moral propongo para el genial escritor gallego; y esa ley moral –como la conciencia– no se debe contaminar: «Un escritor sin conciencia es como un fiero animal sin ojos, algo de lo que es preferible no guardar memoria»[35].

La defensa de la soledad va acompañada de la independencia. De nuevo Cela se mira en el espejo de Cervantes, pero también en el de Albert Camus: ambos supieron que el Poder era triste. Luchando por la verdad íntima, el alma noble del escritor debe descartar los naipes de la vanidad, la conveniencia, el orgullo, la sucia baraja que es fuego fatuo y lastra la independencia. El «Credo» del escritor Camilo José Cela es el dogma irrenunciable del viajero Camilo José Cela, que había dejado escrito en esa joya de las letras españolas de todos los tiempos que es el *Viaje a la Alcarria* (1948): «El viajero es un hombre con una vida tejida de renunciaciones»[36].

La independencia es el lugar desde el que el escritor –y ahora, 1956, también los papeles mallorquines– se sienten honestos y leales. Ambas palabras, como adjetivos, aparecerán siempre en la calificación de la empresa de *PSA*. Con honestidad y lealtad consigo mismo el escritor se pone al servicio de algo, que es su secreto deber, «su firme propósito de no mentir», «su deliberada intención de pintar las cosas como

[33] *CJC, «Al servicio de algo»,* OC, *t. XV, p. 396.*
[34] *CJC, «Sobre la soledad del escritor»,* PSA, *III (1956)*
[35] Íbidem, *p. 399.*
[36] *CJC,* Viaje a la Alcarria, *Palma de Mallorca, Ediciones de los Papeles de Son Armadans, 1958, p. 54.*

son»[37]. CJC en los primeros momentos de *PSA* ahondó en sus señas de identidad como escritor para dárselas a su revista, que las mantuvo contra viento y marea hasta 1979. Quizás el último eslabón de este credo o ideario de los primeros números de *PSA* esté oculto en el artículo «Se premia la honradez» con el que CJC celebraba –en noviembre de 1957– la concesión del Premio Nobel a Albert Camus. Cela se miraba en el espejo del autor de *L'Étranger* no sólo desde su convicción de que el hombre está por encima de las ideas (enfrente, Jean-Paul Sartre) sino desde el ejercicio paralelo de la soledad y de la independencia:

> «Camus es un solitario, un hombre que huye del grupo y del clan para poder repartir el bien sin mirar a quién. A la honradez, decía Juvenal en sus *Sátiras,* se le alaba y se le deja morir de frío. Camus, abrigándola contra su pecho, ha querido ser la excepción. Y los suecos que dan el premio Nobel supieron verlo así»[38].

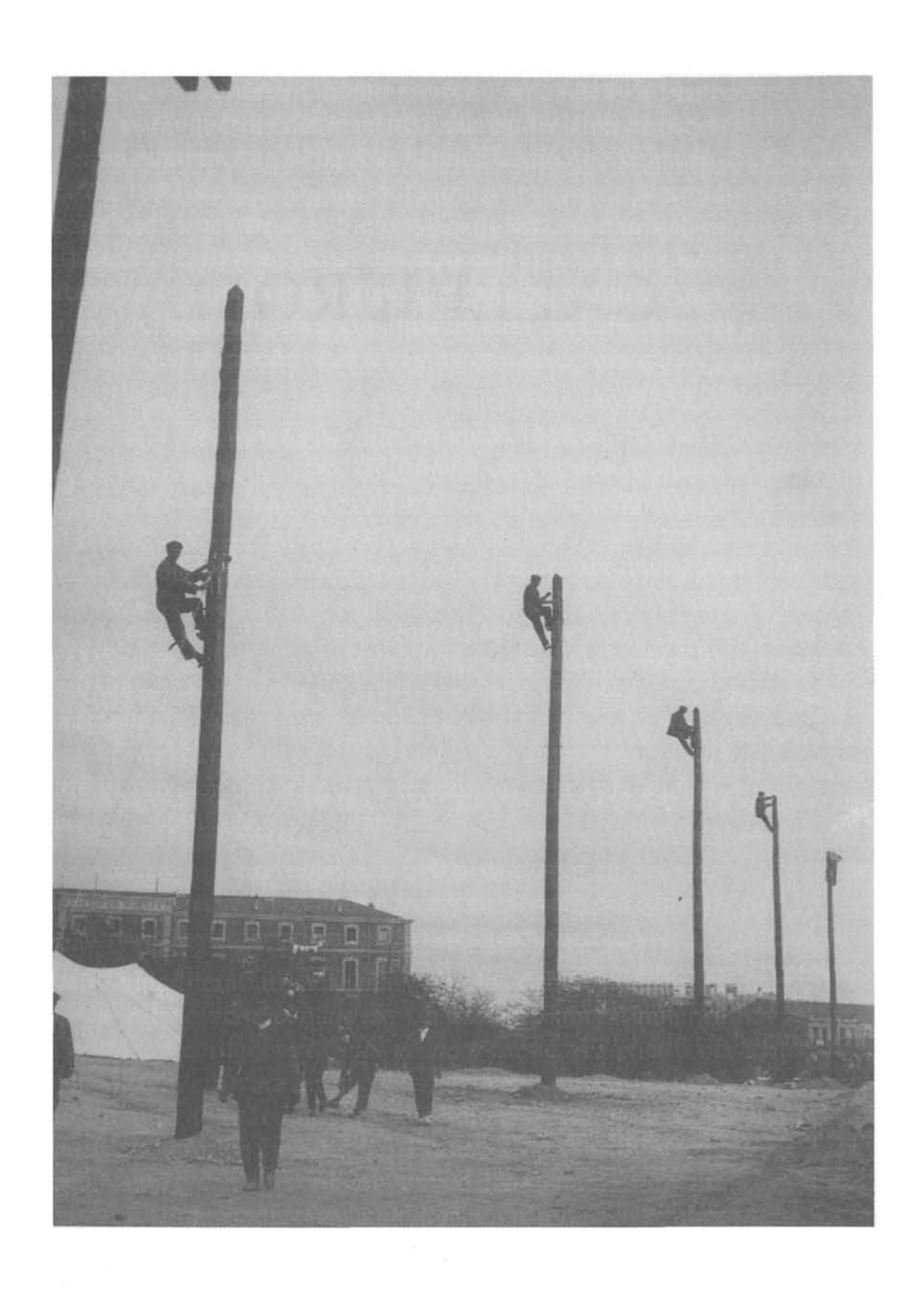
Si por los riñones del genial novelista circulaba sangre de tres naciones, su andadura de hombre y de escritor se sintió vinculada a varias geografías. Una de ellas –creo que la que define su dimensión de escritor universal– es la mallorquina. Cela –lo reconocía él mismo en el Auditorium de Palma el 20 de enero de 1977– escogió nacer de nuevo en Pollença y en Palma. Por ello –y como también reconocía abiertamente el escritor padronés– «una considerable parte del mérito o de la culpa que se acumule en el parecer de las siguientes generaciones sobre el conjunto de mi obra, es tema del que deberán responder Mallorca y los mallorquines»[39]. Cela y Mallorca es un binomio esencial en la cultura española, polifónica y universal, que tuvo en *PSA* –sol con rostro humano– el mejor, más honesto y leal escenario posible durante un cuarto del siglo XX.

[37] *CJC, «Los gozos y las alegrías del escritor»,* PSA, *VI (1956), «Al servicio de algo»,* OC, *t. XV, p. 410.*

[38] *CJC, «Se premia la honradez»,* PSA, *XX (1957), «Al servicio de algo»,* OC, *t. XV, p.444.*

[39] *CJC, «Hablando donde se vive»,* PSA, *CCLIII (1977), p. 8.*

CALLEJERO



Alfonso, 1925. Escuela de Capataces y Celadores, Madrid

Julián Marías el americano

Antonio Lago Carballo

Si Ortega confesó al humanista mexicano Alfonso Reyes que le agradaría ser apodado Ortega el Americano, al igual que la historia antigua denomina a Escipión el Africano, con más títulos merecería Julián Marías recabar para sí el título de Americano.

El filósofo, el escritor –como él prefería definir– fallecido el 9 de diciembre del pasado año, tan pronto como en 1951 hizo su primer viaje a tierras australes. Lo inició en Lima y lo continuó en otro lugar clave: el Cuzco, allí donde se fundieron las dos culturas madres del Perú. Desde entonces fueron muchas las veces que cruzó el Atlántico. Desde México a la Argentina conoció la mayor parte de los países de aquella región.

Su curiosidad de viajero culto y apasionado le permitió llevar a cabo esclarecedores análisis tanto del pasado de aquellos pueblos como de su realidad presente. Otro extraordinario viajero, el poeta y profesor Pedro Salinas, en su libro *Defensa de la carta misma y de la correspondencia epistolar*, esbozó una teoría del turista que bien podría aplicarse al viajero, en general. Tres grados, de menos a más, encontraba Salinas en el turismo: «El primero, y elemental, es ver. La mayoría de los turistas ven, nada más. Ven lo que les enseñan, sin voluntad porque se lo ponen delante, sin escoger ni diferenciar. El segundo grado es mirar: ya en mirar hay elección, y más actividad; se mira lo que uno prefiere e implica cierta personalidad e iniciativa. El turista decente ve todo, pero escoge y sólo mira a ciertas cosas. Y se llega al tercer grado: contemplar. Eso es lo supremo: una vez escogido lo que nos llama más la atención al corazón, se lo contempla, es decir, se fija la vista en ello, se pone en la vista la voluntad de penetrarlo con el alma, y así va uno apoderándose de ello».

En esta tercera clase se situó Marías. Contempló paisajes, ciudades, se interesó por las gentes que las habitan y, además, conoció y leyó a los escritores y a los historiadores que interpretan la peripecia de sus pueblos. Y a todo ello añadió su propia reflexión sobre la realidad de los países visitados.

En ocasiones una intuición suya daba la clave para la interpretación de grandes hechos históricos. Por ejemplo, cuando explicó las dos concepciones que a su juicio diferenciaron la formación de la América del Norte y la de la América hispánica, tema que trató en diversos escritos pero que formuló con claridad en uno de sus libros menos divulgados: *La Corona y la Comunidad Hispánica de Naciones* (Madrid, 1992). La primera de las formas de acción europea sobre América «se puede expresar perfectamente con dos palabras tomadas de la botánica y que metafóricamente se pueden aplicar a la realidad social e histórica.» En los territorios americanos del Norte donde se establecieron holandeses, ingleses, franceses, «se trató simplemente de un *trasplante*: sociedades europeas se trasladaron a otro continente, se establecieron en suelo americano, fundaron sociedades también europeas, que sólo tenían que ver con América el hecho de vivir en ella».

«Antes de que esto sucediera, los españoles, luego los portugueses, llegaron a suelo americano, encontraron pueblos indígenas de los que no se aislaron, se mezclaron con ellos, convivieron, unas veces con lucha, otras en paz, establecieron sociedades no exclusivamente europeas, en constante relación con las poblaciones americanas, a las cuales modificaron y transformaron. Esto es un *injerto,* la introducción en una planta de un elemento vivo y fecundo de otra, de manera que la que lo recibe incorpore nuevos elementos y dé frutos distintos, se espera que mejores. Las sociedades del Nuevo Mundo descubierto por españoles no eran españolas sino *hispanizadas*; sus habitantes eran indios, mestizos y españoles; después, africanos llevados allí como esclavos, y pronto también mulatos y todas las innumerables formas de mestizaje».

Y concluía Marías, con la vista puesta en nuestro tiempo: «Esta diferencia entre lo que hoy son los Estados Unidos y el Canadá frente a la América Hispánica, desde México hasta el Cabo de Hornos, es la clave principal de lo que son en el presente los dos grupos de países».

En 1983 publicó en Buenos Aires un libro en el que recogía una amplia selección de sus artículos acerca de las reflexiones, impresiones y juicios suscitados por sus visitas a distintos países ultramarinos. Años más tarde, en 1988 apareció en Alianza Editorial, con el título *Hispanoamérica,* una nueva edición ampliada a la que incorporó artículos publicados desde la edición anterior. Se trata de cuatrocientas cuarenta páginas de muy rico y variado contenido que dan testimonio del interés, mejor aun de la preocupación, que el tema de nuestra Amé-

rica levantó en el intelectual ejemplar que fue el maestro recién desaparecido. Su sensible atención se fijó tanto en la peripecia política de la Argentina –país que visitó por primera vez en 1952 y al que volvió con asiduidad y complacencia–, como en la peculiaridad de Puerto Rico, «esa isla pequeña por fuera y grande por dentro» en su ingeniosa definición.

La atenta y crítica mirada de Julián Marías lo mismo analizó y comentó los libros del brasileño Gilberto Freyre que los de los argentinos Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges, Jaime Perriaux y Carmen Gándara, o del mexicano Agustín Yañez. Afortunadamente Marías ha reseñado con minuciosa precisión en los tres volúmenes de *Una vida presente. Memorias,* sus relaciones de amistad y conocimiento con escritores y colegas conocidos, y de modo especial con los discípulos y seguidores de Ortega y Gasset, con ocasión de sus viajes por tierras americanas.

La visión americana de Marías es ancha y comprensiva. En las páginas de su libro *Hispanoamérica* hay expresivos testimonios de su percepción de problemas y hechos que ponen gravedad creciente en la vida de aquellos pueblos. Vaya como significativo ejemplo esta reflexión: «¿Es desdeñable la posibilidad de tener en reserva una forma humana más, lo *amerindio,* como respuesta nueva al problema que es siempre el hombre? Para mí no cabe duda de que una de las grandes empresas de Hispanoamérica, si no la mayor, es la plena incorporación de sus porciones indias al nivel de lo que en la segunda mitad del siglo XX se entiende por *humano,* y por tanto a la existencia histórica. Mientras eso no se haga, no sólo pesará una tremenda culpa –aquí se trata de culpa– sobre esas sociedades, sino que será imposible que empiecen a navegar por el mar abierto».

Cuando son leídas esas palabras un cuarto de siglo después de haber sido escritas, y se contempla la creciente presencia económica y política de las minorías indígenas y mestizas, que en algunos países –Bolivia, Guatemala, Ecuador...– son mayoría, lo que supone la urgente necesidad de promover la integración social y cultural de esas poblaciones, no se puede por menos que reconocer y admirar la agudeza y espíritu de anticipación que caracterizaron a Julián Marías.

De cuantas ideas ofreció en torno a la relación de España con Hispanoamérica, una, expresada en 1953, sobresale: «España tiene que desempeñar una función delicada y esencial respecto de la América española: tiene que ser su *plaza mayor».* ¿Qué quería decir con esto?

Pues que una plaza es un centro de convivencia donde se compra y se vende, se admira, envidia y dialoga. En esa plaza mayor «se celebraría el permanente certamen de los pueblos jóvenes, que encontrarían una mayor densidad, crítica y normas»; por su parte, los españoles, tendríamos que librarnos de toda superioridad y evitar la frivolidad y el paternalismo. La plaza mayor «es el escenario de la presencia mutua. Los españoles fueron llenando a América, desde muy pronto de "plazas mayores", a semejanza de las castellanas, extremeñas, andaluzas, que habían dejado atrás».

Y pocas líneas después concluía Marías: «Esa función delicada obligaría a los españoles a trascender de todo lo casero y articularse con otros horizontes. Es decir, si España fuese la plaza mayor de la América española, las dos serían más».

Con motivo de su fallecimiento, se ha encomiado en la obra extensa e intensa de Julián Marías cuanto ha supuesto de valor auténtico su aportación a la filosofía, a la interpretación de la historia de España, a la reflexiva indagación acerca de las realidades de nuestro tiempo. No quedaría completo el retrato del intelectual Julián Marías si no se tuviese presente su dedicación a las cuestiones iberoamericanas. Su actitud, seria y constante, al respecto es reflejo de una vida personal «a la cual *le ha pasado* la América hispánica; que, en una de sus dimensiones, ha consistido en el descubrimiento y asimilación de una parte esencial de su realidad», como Marías ha escrito de sí mismo. En una conferencia pronunciada en Buenos Aires en junio de 1971, bajo el título de *Treinta años de vida intelectual en un mundo problemático,* proclamaba: «Yo intenté deliberadamente (...) hacer mía América. Desde muy pronto tuve conciencia de la pertenencia a esa realidad supranacional que es el mundo de la lengua española. Y en ese sentido me vi obligado a sentirme yo en alguna medida americano; en la dimensión y en la medida en que tiene que serlo un español, que por eso pertenece a ese vasto mundo que me gusta llamar con una vieja expresión muy usada en el siglo XVIII: *las Españas,* de las cuales la mía particular es sólo una, una de tantas.»

En esta hora de duelo y esperanza por la muerte de este español esencial que fue Julián Marías, bien merece recordar y meditar las muchas páginas por él escritas y que tuvieron por tema el mundo hispánico.

Entrevista con Germán Espinosa

Samuel Serrano

Con siete poemarios publicados, cinco libros de relatos breves, cuatro de ensayos y nueve novelas –entre las que cabe destacar *Los cortejos del diablo, El magnicidio, El signo del pez, Sinfonía desde el Nuevo Mundo* y su obra cumbre, *La tejedora de coronas*–, Germán Espinosa aparece como una de las voces mas destacadas de la narrativa hispanoamericana del post *boom*. En esta entrevista, que realiza un recorrido itinerante por su obra, el autor colombiano reflexiona sobre la poesía, la historia, el lenguaje y la crítica, y sobre los sueños y obsesiones que conforman su universo literario.

—*Usted empezó escribiendo y publicando poesía,* Letanías del crepúsculo *(1954), para luego pasar al cuento,* La noche de la Trapa *(1965), y entrar finalmente a la novela, que es el género en el que ha recibido más elogios. ¿Por qué cree que su escritura siguió esta evolución, quizá porque la novela es el género más exigente y los restantes son tan sólo estadios preparatorios de la misma?*

Ciertamente la novela es el género que más exige. Desde los trece o catorce años yo deseé escribirlas, pero mi padre me advirtió que aquellos intentos eran abortivos y que debería acumular mayor experiencia de la vida. Sin embargo, no escribía poesía como algo preparatorio, simplemente sentía la necesidad de hacerlo y los resultados eran aceptables. La publicación de mi primer libro de poemas en 1954 se dio más bien por complacer el capricho de un niño: son versos infantiles. Más tarde, cuando una editorial recogió mi *Obra poética,* mi idea inicial era suprimirlo, pero el editor me pidió incluirlo al comienzo como una forma de orientar a la crítica. Tal vez los cuentos de *La noche de la Trapa* puedan, sí, considerarse como preparatorios de mis novelas. En 1966 concluí mi primera novela publicable, *La lluvia en el rastrojo,* pero en Colombia no había editores y la dejé metida en una gaveta. Sólo se publicó veintiocho años más tarde, en 1994.

—*¿Por qué cree que los escritores, pese a afirmar con frecuencia que la poesía es el género más refinado y alto de la literatura, suelen avanzar de la poesía a la novela y no al contrario, cuando lo cierto es que solemos evolucionar de lo simple a lo complejo?*

Habría que aclarar primero qué entendemos por poesía. En griego, *poíesis* era toda obra de arte que utiliza como material la palabra. La novela es, pues, con el drama y la épica, lo más alto y refinado. Lo que hoy suele llamarse poesía es en realidad la lírica, que es lo más elemental.

—*Usted ha afirmado que los dos movimientos que más lo han influido son el simbolismo francés y el modernismo hispanoamericano. ¿Podría señalarnos brevemente los aspectos más salientes de su deuda con estos movimientos?*

El modernismo fue una emanación del simbolismo y como escuela fue la que mayor esplendor transmitió a la lengua castellana. Mi prosa es, me parece, heredera de la que escribieron Darío o Lugones. Por algo Borges ha dicho que la lengua no ha avanzado más desde el modernismo.

—*Su poesía ha sido criticada por mantenerse, de algún modo, fiel a la rima y a las fórmulas métricas tradicionales de nuestra lengua. ¿Qué piensa del recurso que ofrecen esas formas de versificación en nuestros días?*

Sólo en algunos poemas míos existe esa fidelidad de que usted habla. No obstante, prefiero escribir una poesía musical que otra átona. En alguna ocasión, un semanario crítico de Nueva York reprochó a Robert Graves el uso de métrica y rimas tradicionales, así como de «palabras anticuadas». Él respondió con un breve poema irónico, manifestando cómo prefería lo viejo al culto desordenado por lo nuevo. Por lo demás, la métrica y la rima fueron conquistas de la poesía: no existían en la antigüedad remota. Eliminarlas es un recorte empobrecedor.

—*Usted cuenta en sus memorias,* La verdad sea dicha, *que aprendió a leer completamente solo y señala en ese mismo libro otras expe-*

riencias de déjà vu *vividas en Roma, Copenhague y otras ciudades, que confirman su creencia en la posibilidad de que parte de nuestra memoria pueda ser transmitida genéticamente. ¿Cree que de allí proviene su gusto por las posibilidades de la biología y la metempsicosis que ha desarrollado en algunos de sus relatos?*

Digamos más bien que, a mi modo de ver, la literatura no debe ignorar ningún fenómeno concerniente a la vida y desarrollo del ser humano. Algunos de esos fenómenos poseen una enorme fuerza poética e ignorarlos en nuestros textos sería desperdiciar un arsenal precioso. Aunque me inclino por creer en la metempsicosis, trato de mantenerme en lo posible, en mi vida extraliteraria, dentro de los límites de lo verificable. En mi literatura, empero, trato de integrar todo aquello que linde con el misterio o con lo simplemente maravilloso. Son recursos poéticos.

—Sus relatos «Fenestella confessionis» y «Noticias de un convento frente al mar» pueden tomarse como las dos caras de una misma moneda reveladoras de los extremos a que pueden llevarnos la represión de los instintos dentro de un régimen tiránico. ¿Fue consciente de esta analogía al escribir el segundo de ellos en 1976?

En la más reciente edición de mis *Cuentos completos,* hecha por el Fondo Editorial de la Universidad Eafit, de Medellín, cuento de qué modo y por qué escribí cada uno de mis relatos. «Fenestella confessionis» nació en 1963 de una conversación sobre el uranismo en los seminarios que sostuve en un café literario de Bogotá. «Noticias de un convento frente al mar», trece años después, cuando la imagen de las dos monjas tríbadas se me impuso durante un desayuno solitario en Ibagué. Un año más tarde, en 1967, satisfice con este relato la solicitud de un cuento erótico que me hizo una revista muy lujosa llamada *Bárbara Bárbara.* El uno es complementario del otro.

—En sus cuentos «The Boomerang» y «Susurro de hojas de otoño» recrea el complejo de Edipo y cuestiona al mismo tiempo al padre del psicoanálisis, lo que reafirma su deseo de indagar en los meandros de los instintos que se manifiestan por medio de los sueños, indagación que lo ha llevado a escribir recientemente un libro sobre este tema, La vida misteriosa de los sueños. *¿Podría comentarnos lo que le suscita*

el fenómeno del sueño y la forma como piensa que debe ser tratado por el escritor?

En «Susurro de hojas de otoño» hago constar la forma como Freud plagió las ideas de su amigo Wilhelm Fliess. En mi libro sobre los sueños, traté de paliar un poco esa visión, dedicando dos capítulos a la teoría freudiana sobre el soñar. Los sueños me han preocupado desde muy joven, porque representan una de nuestras actividades más consuetudinarias, sobre la cual, sin embargo, casi nada sabemos. Creo, por lo demás, que la ciencia ha tomado rumbos muy equivocados al estudiarlos, y por ello traté de realizar algún aporte planteando preguntas necesarias. Me opongo, por ejemplo, a la creencia según la cual los sueños se alimentan de asociaciones libres, ya que muchos de ellos vienen preformados por el inconsciente.

—*La fabulación de la historia como posibilidad de conocimiento real del pasado a través de la imaginación, es decir, como historia posible, es uno de los temas principales de su narrativa, que aflora por primera vez en su novela* Los cortejos del diablo *(1970) y se hace más patente en su obra cumbre,* La tejedora de coronas *(1982). ¿Por qué cree usted que la fábula del artista o del escritor puede ser más verídica o por lo menos más convincente que la verdad parcial del historiador?*

Esta última suele fundarse en documentos oficiales, por lo común mentirosos. Por lo demás, el que escribe la historia suele inventarla. Germán Arciniegas me confesaba alguna vez de qué modo inventaba lo que no lograba saber. Así, pues, los historiadores son tan novelistas como los novelistas. Sólo que nosotros, como nada nos impone límites, enriquecemos mucho más el cuadro histórico, penetrando incluso en el alma de los personajes hasta extraerles lo más recóndito. Ello me ha permitido suponer, un poco arbitrariamente, que la verdad caprichosa del novelista puede resultar más verdadera que la no menos caprichosa del historiador. De cualquier modo, una novela sobre un hecho histórico acostumbra resultar muchísimo más divertida que un simple relato historiográfico.

—*La opresión ejercida por la Inquisición en Cartagena de Indias es un tema reiterativo en sus novelas* Los cortejos del diablo *y* La tejedo-

ra de coronas, *aunque en la primera la recusación del poder eclesiástico se efectúe por medio del esoterismo y de la magia y en la segunda a través de la Ilustración y de la ciencia. ¿Qué papel juegan el lenguaje y la ironía en esa tarea de reinterpretación de la historia que cumplen sus novelas?*

Cuando publiqué la primera de ellas, la totalidad de los críticos, incluso en Italia y luego en Francia al aparecer las correspondientes traducciones, me motejaron de «barroco». Esta palabra me ha perseguido el resto de la vida, aun en momentos en que publiqué, por ejemplo, *El signo del pez,* que es una novela presa dentro de los linderos de lo clásico. Sucede que, en *Los cortejos del diablo,* me regodeé empleando un lenguaje barroco porque tiene lugar en el siglo XVII, que es en las letras hispánicas un siglo barroco. Tal procedimiento hubiera sido irrelevante en el resto de mis novelas. En ésta, resulta por lo demás un expediente para dar salida al humor que era imprescindible en el tratamiento del tema. *La tejedora de coronas* es obra más cerebral, más analítica.

—Uno de los principales hallazgos poéticos de La tejedora de coronas *es, desde nuestro punto de vista, haber dado con el nombre de la protagonista que da título a la novela. ¿Se trata de una especie de Penélope libertaria que teje y desteje la historia de su tiempo con su aventura vital y que representa al mismo tiempo las ansias de emancipación y de conocimiento que caracterizaron al Siglo de las Luces? ¿Cómo nace Genoveva Alcocer para la literatura?, ¿tenía pensado el nombre desde el inicio de la novela o se le ocurrió en el decurso de la misma?*

Surgió al ser escrita la postrera de las cuatro versiones que hice. Al comienzo Genoveva se llamaba Claudia. El cambio se realizó al dar en un diccionario con el significado de *Genoveva,* que me temo que pueda ser erróneo, porque en otro encontré que significa «espuma de mar». En efecto, he pensado en Penélope. Ahora bien, en un comienzo, como tantas veces lo he contado, el protagonista principal era Federico Goltar y la obra se remitiría en forma exclusiva al asedio de Cartagena de Indias por la flota de Luis XIV. Con los años, Genoveva se tomó el papel principal y decidí dar otro giro a la narración, extendiéndola al siglo XVIII. Piense que tardé doce años en concluir ese libro.

—Beatriz Espinosa, en su libro Genoveva Alcocer, liberación imposible en el Siglo de las Luces, *afirma que sólo con un personaje femenino podía Germán Espinosa transmitir la intensidad de su mensaje, ya que «la construcción que hace Genoveva desde el placer y el saber, cumpliendo con una transgresión tras otra del orden establecido, es mucho más radical como labor de una mujer que de un hombre». ¿Qué opina de esta aseveración?*

Como dije, Genoveva Alcocer se tomó por asalto el rol principal. Esto sucedió porque los personajes literarios, en determinado momento de su desarrollo sobre el papel, adquieren vida propia y casi se emancipan del novelista. Al parecer, el que fuese una mujer el sujeto transgresor en esta novela ha impresionado mucho a las comentaristas femeninas, de modo que tendré que convenir en que tal circunstancia sexual da fuerza a la obra.

—César Valencia Solanilla en uno de los ensayos críticos que ha dedicado a su obra ha visto en la figura de Genoveva Alcocer una suerte de emblema de lo que debería ser la identidad latinoamericana, ya que es producto de la mixtura de todas las razas y se encuentra ávida de devorar y asimilar con su cuerpo y con su espíritu todas las experiencias y todas las formas de saber posibles. ¿Suscribe usted esta opinión? ¿Fue consciente al escribir la novela de la dimensión mítica que podía alcanzar su personaje?

Claro, traté de conferirle esa dimensión mítica y celebro haberlo logrado. Otro crítico, Jaime Mejía Duque, afirmó que Genoveva es «una metáfora enfática de la América Latina». Pero debo aclarar que ello se produjo en el momento en que Genoveva se tomó el papel protagonista. Insisto en que los personajes, de improviso, *solicitan* una dimensión específica.

—En un artículo publicado en esta misma revista el profesor Patrick Collard señala que su novela establece una densa red de relaciones secretas con El siglo de las luces *de Alejo Carpentier, que crea una continuidad temática y literaria con la obra del autor cubano pero* a posteriori *y acaba planteando que la poética etimología del nombre de Genoveva propuesta por usted para la protagonista de su novela podría ser una mixtura del origen de los nombres de Esteban y Sofía,*

los dos protagonistas de la novela de Carpentier. ¿Qué opina de esta interpretación?

Que es absolutamente necia y rebuscada. Allá en 1965 traté de leer *El siglo de las luces* y me pareció tan alambicado el estilo de Carpentier que la dejé hacia la página quince. Lo mismo me ocurrió unos diez años después con otra novela de ese autor, cuyo nombre no recuerdo. Resulta que, todavía a estas alturas, existen comentaristas incapaces de opinar sobre un libro si no le encuentran similitudes con algún otro. También críticos que se dejan envenenar contra un autor por los rivales de éste. Creo que es el caso del señor que usted menciona, cuya inquina hacia mí es evidente. Afirmaciones similares a las suyas hizo un crítico estadounidense, de cuyo nombre no quiero acordarme, simplemente porque alguien le dijo, embusteramente, que yo me había expresado mal sobre él.

—Óscar Torres Duque afirma que usted es uno de esos escritores, como Joyce o Proust, que escriben una sola obra, es decir, que a lo largo de varias novelas perseveran en un conjunto de obsesiones, de técnicas y propósitos que dotan de unidad a su escritura. Pensamos que esta aseveración es cierta tan sólo parcialmente, pues con La tragedia de Belinda Elsner *su novelística incursiona en el género policial que le había sido ajeno hasta entonces. ¿Qué lo llevó a adentrarse por esta senda de terror y misterio que presenta claras reminiscencias de Edgar Allan Poe?*

Me parece que la aseveración de Torres Duque es posible hacerla sobre casi todos los escritores. Nuestros libros son capítulos de un único libro vital. Sin embargo, valdría la pena preguntarnos si mis procedimientos y temáticas no son harto variados a lo largo de mi vida. Si bien lo mira, me había acercado al relato policial desde cuando escribí mi cuento «En casa ha muerto un negro» (1961) y mi novela *El magnicidio,* publicada en 1979. El misterio ha resultado una constante en mi obra, próxima no sólo a Poe sino también a la novela gótica del siglo XVIII y al género policial como lo cultivaron Simenon o Christie. De ello he hablado en mis memorias, al recordar los tiempos en que me absorbía ese subgénero.

—En El signo del pez *la Cartagena de la Inquisición es trocada por el Imperio Romano y las sectas iluministas en las que participó Geno-*

veva Alcocer por Saulo de Tarso y los comienzos del cristianismo. ¿Se trata nuevamente de la reconstrucción laboriosa de un pasado histórico para dar la voz a los silenciados y ejercer una suerte de crítica social?

El signo del pez intenta, ante todo, recobrar la esencia no sólo religiosa sino filosófica del cristianismo, derivado en algunos aspectos de las filosofías estoica y neoplatónica (sin excluir la de Filón de Alejandría) y en otros de las sectas gnósticas, todo ello agregado a la tradición hebraica. De alguna manera, al considerar la grandeza indudable de Saulo de Tarso, trataba yo de compensar los ataques al dogma cristiano que lancé en *Los cortejos del diablo* y en *La tejedora de coronas.* Creo que, en el fondo, todas las religiones son parcialmente verdaderas y, por eso, no ha sido mi propósito afrentarlas. Por regla general, los males de los que podemos responsabilizar a las religiones no proceden de su origen, sino de aquellos individuos que, con el paso de los siglos, detentan su orientación e interpretación.

—*En* La baláda del pajarillo *la trama se elabora a partir del arte, desplegando las complejidades de la novela psicológica. Me parece que se trata de la idea de fundir vida y arte en un mismo plano, un poco a la manera de* Madame Bovary. *Quizá por eso usted otorga al protagonista Braulio Cendales una personalidad triádica que le permite ser pintor, escritor y crítico de arte al mismo tiempo. ¿Se trata de la forma de hacer más verosímil su tremendo drama existencial?*

Braulio Cendales es un personaje que palpitaba en mi cerebro desde los años sesenta, es el mismo que aflora en mi relato *Romanza para murciélagos.* En un comienzo, quise plasmarlo en una novela que se hubiera titulado *El aprendiz de brujo,* pero que abortó por allá por 1965. En *Romanza para murciélagos* se encuentra ya de cuerpo entero, pero precisaba un tratamiento más cuidadoso y extenso, y así nació *La balada del pajarillo,* cuyo argumento está inspirado en hechos reales que conocí hacia 1968. La novela necesitaba que Cendales fuese todo eso que usted enumera, pero ante todo debe contemplarse la posibilidad de que ese personaje haya vivido en mí en forma latente y sólo haya sido expulsado al escribir el libro.

—*En sus novelas* Los ojos del basilisco *y* El magnicidio *aborda el fenómeno de la violencia política en Colombia, pero lo hace mediante*

la recreación de épocas distintas, pues la primera se centra en el siglo XIX y la segunda en el reciente siglo XX. ¿De qué manera ha influido la violencia secular colombiana en su actividad de escritor?

Esa violencia es un puñal que nos lacera psicológicamente a todos los nacidos en mi país. Ha llevado, por ejemplo, a Fernando Vallejo a motejarnos a los colombianos con los peores calificativos, sin ver que es un fenómeno ejercido sólo por una minoría. *Los ojos del basilisco* toma impulso en un hecho histórico sobrevenido a mediados del siglo XIX. Los nombres de los protagonistas están cambiados para poder integrar a varios en uno solo. Se trató de un hecho vergonzoso, en el cual un hombre eximio e inocente fue ajusticiado sólo para satisfacer una venganza oficial. En cuanto a *El magnicidio,* su acción tiene lugar en un país imaginario y trata de denunciar el dogmatismo y el fanatismo en que cayó la izquierda latinoamericana a partir de los años sesenta. Por esta novela fui tildado de «reaccionario» por la izquierda colombiana, mas lo cierto es que no quise en ella atacar al socialismo sino a la práctica errónea de sus principios. He sido, por lo demás, un hombre opuesto fisiológicamente a la violencia y no creo que a través de ésta se pueda en ningún momento mejorar al mundo.

—En su libro de ensayos La liebre en la luna, *considerado como un hito dentro de la reflexión literaria en Colombia, cuenta una bella leyenda hindú que da título al libro, en la que la liebre se ofrece a sí misma como alimento del dios que reclama hospitalidad y a cambio de ello recibe el premio de ser observada por todos como una mancha en la luna, leyenda que nos recuerda las palabras del Evangelio: «el que deje todo por mí se salvará». ¿Siente usted que el compromiso con el arte es sagrado?*

Una vez, en alguna entrevista, me refería yo a aquellos que nacen dotados con talento para la literatura, pero que por razones variadas no realizan una obra literaria y afirmaba que traicionan al universo. Sí, quien recibe ese don está obligado a consagrar su vida a él. Si no lo hace, no obtendrá una obra de alcance. El literato no puede repartir su vocación con otros oficios, so pena de fracasar.

—En sus entrañables memorias La verdad sea dicha, *de reciente aparición, usted elabora una autosemblanza en la que termina dicien-*

do que «para morir ningún lugar es bueno o bien todos lo son y me gustaría hacerlo habiendo coronado ya el propósito que alguna vez me movió a emprender una carrera literaria». ¿Podría decirnos cuál es ese propósito, lo ha coronado?

El propósito era la literatura en sí misma, por supuesto. No creo en quienes comienzan a escribir para transmitir credos o para hacer crítica social, por poner un ejemplo. Se empieza a escribir por amor a un arte, el literario, y los contenidos van ampliándose con el paso de los años. En la adolescencia escribimos a fin de expresar nuestro ser recóndito, sólo que después tal actitud nos inspira un poco de vergüenza y decidimos decir que lo hemos hecho para cultivar verdades o defender posturas. Otra cosa es, claro, el escritor político o el que hace filosofía: éstos comienzan a escribir movidos ya por preocupaciones distintas de la estética. En mí, escribir era una íntima necesidad desde los once o doce años. No trataba de copiar la realidad, sino de transparentarme a través de la palabra. El comercio con la realidad y con las problemáticas de nuestros semejantes es posterior.

Carta de Buenos Aires.
La herencia maldita

Daniel Link

La familia Mann (2001, 312 min, 3 partes), el largometraje con el que Heinrich Breloer (1942) ha querido homenajear a una de las grandes familias trágicas del siglo XX, tiene una sola hipótesis y es tan trivial que conviene detenerse en ella al comienzo para poder olvidarla rápidamente con la vergüenza que nos dan las conversaciones desencaminadas en una sobremesa.

Prolija en el acopio de documentación a esta altura del partido suficientemente conocida, la película ensaya un modelo interpretativo no sólo modesto sino además mezquino, con la esperanza de que sus aciertos (¡*casting*!, ¡ambientación!4alcancen a disimular la endeblez argumentativa que propone.

En 1860, dice el narrador en *off* de la película, llega a Lübeck una joven brasileña, Julia da Silva Bruhns, quien se convertirá en la esposa del senador Johann Thomas Heinrich Mann. Es el encuentro, insiste el texto de Breloer, del Norte con el Sur, del orden (alemán) con la pasión (brasileña), una contradicción que será la herencia de una familia famosa por su relación intensa con la literatura y por su tendencia a la autoaniquilación. Hasta aquí la película, que ganó en 2002 un Emmy en la categoría miniserie y espera todavía una version aún más hollywoodense (¡exijo a Jude Law en el papel de Klaus Mann!).

Es frecuente que una familia imagine su historia en relación con la historia del mundo y proponga, en consecuencia, un mito fundacional donde la biografía familiar coincide con el nacimiento de la patria (en Argentina, son paradigmáticos en ese sentido los casos de los Borges y los Ocampo). Menos habitual es que la historia familiar se inscriba en un instante de peligro (lo que se llama «el fin de una época»). Es el caso de los Mann y el mito crepuscular que sus destinos conjuntos dibujaron. Fueron los últimos y agónicos portaestandartes de la imaginación humanista y, por eso mismo, sus víctimas más paradójicas.

Es conocida la antipatía que Bertolt Brecht sostuvo hasta el final de sus días por Thomas Mann. Nada personal en ese sentimiento, sino más bien el índice de una lógica que el comienzo del siglo XX había formulado con todas las letras posibles en todos los alfabetos del mundo: la oposición entre la imaginación humanista y la imaginación dialéctica. Si el clan Mann parece rendir tributo al final de una era es por su incapacidad (por su sordera) para escuchar la pregunta que no se sabe todavía bien si fue la causa o la consecuencia de la ruina de la imaginación humanista pero que es, en todo caso, su correlato más evidente: ¿cómo y para qué reproducirse?

Si la crisis del humanismo ha sido metafóricamente caracterizada por la muerte de Dios, la muerte del Hombre y el retiro de los sabios, la pregunta por la reproducción (que vista desde otro ángulo es la pregunta por la propia concepción) se escucha a gritos tanto en aquellos escritores que inscribieron sus experiencias estéticas en la imaginación dialéctica (Brecht), como en aquellos que quisieron dejarse fascinar por el espejo oscuro de la imaginación del desastre (en el arco que va de von Hofmannsthal a Celan, pasando por el más pop de sus cultores, Franz Kafka). Separados apenas por una hipótesis historiográfica (es decir, por una sensibilidad acerca del futuro), los dialécticos y los catastróficos supieron lo que los Mann no vieron, vieron a medias o vieron sin poder sacar las conclusiones del caso: la ruina necesaria e irreversible del humanismo burgués (la última fase de una imaginación de la cual el humanismo clásico y el humanismo cristiano constituyen sus momentos de afirmación primera).

En 1926, Thomas Mann escribió: «El estilo del escritor es, en última instancia, la sublimación del dialecto de los padres». Para Kafka, por su parte, el alemán fue la única lengua posible de todas las que tuvo a su alcance porque era la única que le permitía bloquear sus afectos. Dos de los hijos de Thomas, Monika y Klaus, recuerdan en sus memorias la sensación de aislamiento y reconcentración de la casa familiar (todos los puntos de fuga bloqueados) y la fascinación por los personajes que pasaban de largo (el judío, el gitano, el vagabundo, los actores). «¿Franz Kafka o Thomas Mann?», habría de preguntarse Georgy Lukacs. A su manera, los chicos Mann se plantearon la misma pregunta, pero con un tono menos dogmático, más existencial: ¿cómo y para qué reproducirse?, ¿por qué fuimos concebidos?

Fatalmente se señala que en el clan de los Mann el humanismo (las humanidades) vienen de la madre brasileña. Lo que conviene recordar

es que a la muerte del senador, Julia da Silva quedó como único soporte (material e imaginario) de sus cinco hijos, Heinrich (el mayor, nacido en 1871), Thomas (el segundo, nacido en 1875), destinados ambos a convertirse en los dos más célebres escritores alemanes de su tiempo, Carla, Julia y Victor, condenados a protestar de diferente manera por su lugar subalterno en la familia. Carla y Julia se suicidaron (veneno, horca), Victor publicó en 1949 sus memorias con el título henchido de patetismo: *Éramos cinco*.

No fue, por cierto, el único Mann del clan que pondría por escrito su versión de la genealogía familiar. Su madre Julia le había dedicado en 1903 *De la infancia de Dodo* (el libro fue publicado sólo en 1958, a instancias de la voracidad de los derechohabientes) y prácticamente todos sus sobrinos, los hijos de Thomas, harían lo propio: la primogénita Erika (1905) publicó en 1956 sus recuerdos en *El último año*. Además de las novelas por las que fue medianamente célebre, Klaus (1906) publicó en 1932 un torturado *Hijo de este tiempo*. Golo (1909) unos *Recuerdos de mi padre* (1965); Monika (1910), *Pasado y presente* (1956) y Elizabeth (1918), un retrato titulado *La mujer-mar* (1993). El menor de los Mann, Michael (1919) no se suicidó sin antes poner por escrito sus pareceres en *Fragmentos de una vida* (publicados en 1983). La esposa de Thomas Mann, Katia Pringsheim (hija de un matemático judío), en cambio, sobrevivió al suicidio de dos de sus hijos y publicó en 1974 *Mis no escritas memorias*. Frido Mann, nieto de Thomas (hijo del suicida Michael), recuerda a su abuelo en *El infante* (1992), por citar sólo algunos de los más de treinta títulos (incluidos voluminosos epistolarios) en los que la familia expuso su caso para la posteridad.

En su diario, Thomas Mann anotó el 14 de febrero de 1949 que ya sumaban 9 los parientes que escribían. «Muy cómico y fascinante», le parecía. Antes, el 3 de julio de 1936, su hijo Klaus había consignado en su propio *Tagebuch*: «¡Qué peculiar familia somos! Alguna vez se escribirá sobre todos nosotros, y no solamente sobre cada uno». No se equivocaba.

Volvamos a la protesta de Victor: al insistir en que él era el quinto, el menor de los Mann señalaba las asfixiantes simetrías, inclusiones y exclusiones que constituyeron a su familia: los dos hermanos mayores, escritores (Heinrich, el más popular de la república de Weimar; Thomas, premio Nobel en 1929), las dos hermanas, suicidas. Pero además, como la reproducción familiar genera una imaginación del encierro

(endogamia), parejas cruzadas de hermanos: Heinrich y Carla, Thomas y Julia (Lula). El pequeño Victor consideraba tíos (hermanos de la madre) a sus hermanos mayores.

El mismo esquema geminiano pasará a los hijos de Thomas: Erika y Klaus, los primogénitos, se presentaban como mellizos y eran percibidos como tíos por sus hermanos menores. Golo y Monika (soltero y viuda) terminarán sus días conviviendo en la casa paterna en Zürich. Elisabeth y Michael, los menores, también ellos un géminis partido. Cuando decidió casarse, Erika lo hizo con Gustav Gründgens, que había sido amante de Klaus. Por su parte, Klaus acarició la fantasía de casarse con Pamela Wedekind, amante de Erika.

En 1930, los hermanitos Mann deciden desempeñar los roles protagónicos de *Geschwister*, una adaptación de *Les enfants terribles* de Jean Cocteau (la historia gira alrededor de dos hermanos incestuosos). Pareciera que, por todas partes, a esta familia obsesionada por la pregunta humanista sobre la reproducción, la acechara el fantasma de la endogamia (¿cómo y para qué fuimos engendrados?) y si la única respuesta que encuentran a una pregunta semejante es el celibato o la muerte, hay que entender en la cadena de suicidios no una protesta sino un sesgado elogio de la modernidad (una forma radical de ser moderno en un más allá de la dialéctica: en el desastre).

Dos hermanas (Carla y Julia) y dos hijos (Klaus y Michael) de Thomas Mann se suicidaron. No son los únicos: Nelly, la mujer de su hermano, también murió, como se dice, «por mano propia». Y el hijo de Hugo von Hofmannsthal (el más alemán de todos los que eligieron la imaginación del desastre), que formaba parte del entorno de los Mann. Y René Crevel (que fue amante de Klaus). Y Ricky Hallgarten (compañero de aventuras de Klaus)...

¿No es, acaso, el grito de la época lo que se deja leer en esa cadena de acontecimientos funerarios? Klaus, en nota póstuma, definió el suicidio del intelectual como protesta contra la situación espiritual dominante. Se trataba, en su perspectiva, de rechazar el chantaje de la reproducción y la supervivencia (de la propia cultura, de la propia herencia genética), de negar (por la vía de la imaginación catastrófica) la imaginación humanista y su obsesión por la continuidad del sujeto, de inscribir su cuerpo en la historia con las marcas terminantes del que no acepta las desclasificaciones módicas (el célibe o el suicida).

La verdadera libertad, pensaba Klaus, es la indiferencia ante la muerte, la «muerte contenta» que Blanchot leyó en las últimas páginas

de Kafka, el suicida como héroe de la modernidad (porque realiza una experiencia de negación radical), tal como lo concebía Baudelaire.

Pero no es un tema sólo existencial lo que se deja leer en esas muertes, porque una política de reproducción y cría constituye (como bien dejó en claro el III Reich) una biopolítica, es decir: una imaginación política sobre lo viviente y una determinada fantasía de exterminio. Hay también un tema de sexualidad que se entrecruza con el anterior. A la sexualidad inhibida (es decir, «de armario») de su padre, Klaus opone una sexualidad desinhibida (es decir, desbocada). Cuando su hijo consigue, después de varios intentos, suicidarse, su padre considera ese acto «enfermizo, feo, odioso, regresivo e insoportable» y concluye en que «Un exceso de carácter es incorrecto. No debí ser tan tolerante». Lo que Thomas escribe, aunque no entienda el significado de sus propias palabras, es que ya en su época el humanismo falla como inhibidor de las potencias del hombre y que la familia falla, por lo tanto, como instituto de producción de humanidad. El clan Mann, contra su voluntad, produce monstruos. No hay forma de seguir articulando las avenidas del deseo con las ramas de la genealogía familiar.

En esa falla (en esa ruina de la imaginación que es la misma en la que se inscribe la filosofía nacionalsocialista) la familia Mann imagina su vida, su destino y su sexualidad. Klaus, pese a su ocasional lucidez, no consigue escapar sino con su propia muerte. Klaus, que llevaba el nombre de su tío homosexual (el hermano gemelo de Katia), cuando se enamoró de un muchacho eligió llamarlo Phaidros, como había hecho antes que él, famosamente, el profesor Aschenbach con Tadzio en la novela de su padre, *La muerte en Venecia*. Klaus, podría decirse, fue víctima del deseo de su padre (homosexual de armario), del cual permaneció preso hasta su muerte. Pero el Edipo es una estructura suficientemente compleja como para que los flujos del deseo atraviesen avenidas de doble dirección. También su padre estaba preso del deseo de su hijo. Thomas Mann ha escrito sobre sus pasiones homosexuales: en el colegio, el compañero Armin Martens; luego, el pintor Paul Ehrenberg; en su madurez, el adolescente Klaus (¡Klaus!) Heuser, modelado por Tadzio/ Phaidros, y el único al que alguna vez besó.

Hijo de un perseguidor homosexual (el senador), Thomas pasó (se trata del contagio y no de la herencia) el modelo de la sexualidad de armario que había adoptado de Friedrich Nietzsche a su hijo Golo, el célibe (quien, enamorado de Johannes Ludwig, decide sin embargo que jamás besará los labios de ningún otro, nunca).

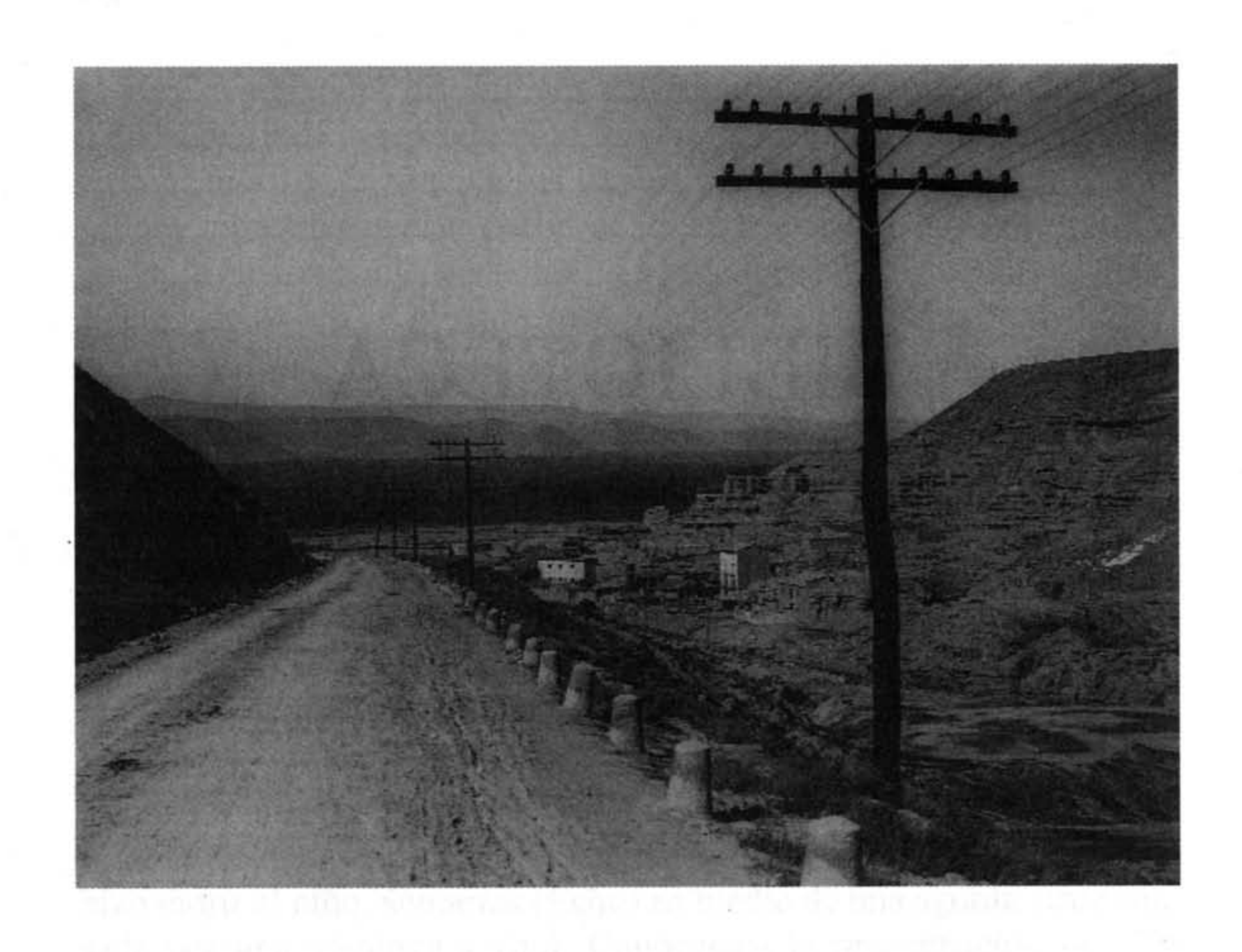
Hay dos grandes dispositivos de individuación: uno genera humanidad a partir de la reproducción familiar y sexuada (complicando misteriosa, inútil y fatalmente los deseos con las genealogías) y el otro genera monstruosidad a partir de la reproducción por contagio (el pacto, la enfermedad, la amistad). La pregunta sobre la continuidad del sujeto que se lee en el enunciado «¿cómo y para qué reproducirse?» debería entenderse, entonces, con toda su fuerza (íntima y política): ¿qué es lo que nace con un hijo? ¿fuerza de trabajo? ¿procesos de identificación narcisista? ¿el mejoramiento de la especie?

Si el clan de los Mann es una familia maldita (como las grandes familias de la tragedia griega) es precisamente por la zona de indeterminación en la que se mueve: en la falla colosal que hunde un imaginario completo en el océano de plomo de la historia. La pregunta de la época ya había sido formulada (Kafka, el célibe, decidió no reproducirse o, más bien, opuso la epidemia, la reproducción por contagio, a la filiación: no de otra cosa habla su literatura) y cuando Thomas Mann alcanzó a oírla ya era tarde. En *Doktor Faustus*, su novela sobre una vida intelectual ejemplar narrada por un humanista ejemplar, Mann hizo morir al niño Nepomuk (Echo) en medio de una agonía atroz causada por una meningitis viral. Conocemos la preocupación familiar alrededor del capítulo. Después de todo, el modelo de Echo era el último vástago de los Mann, Frido.

Al matar literariamente a su nieto (¡en Los Ángeles!), el último bastión de la imaginación humanista declaraba su derrota: así como los sueños de la razón, también las fábricas y los institutos de humanidad engendran monstruos.

Veinte años después, en el corazón de la imaginación pop, el último de los Buendía habría de venir al mundo con cola de cerdo para ser devorado por hormigas y casi sesenta años después, el drama de los Mann sería presentado, en una película que reconstruye el punto de vista del humanismo burgués, como el epifenómeno de uno de los más rancios conflictos imaginados por el siglo XIX: civilización o barbarie.

BIBLIOTECA



Gaspar, 1926. Fraga (Huesca)

España intransitiva

Isaac Rosa (Sevilla, 1974) ha escrito la novela menos complaciente y más conmovedora de estos tiempos de nueva edad conflictiva española. *El vano ayer* (Seix Barral, 2004) demanda atención, reveladoramente, desde Caracas gracias al Premio Rómulo Gallegos (2005) que con rara audacia entre los premios, devaluados hoy por la redundancia, apuesta por la extraordinaria calidad de esta novela. Se trata, hay que decir, de una demanda casi excesiva.

En primer lugar, esta novela proviene del modelo introspectivo del gran relato de la España intransitiva (más conjurada que conjugada), que adelantaron Unamuno, Machado, María Zambrano, Juan Larrea y Américo Castro, y han actualizado Juan Goytisolo, Carlos Castilla del Pino y Ángel González, entre otros. Desde las versiones de Martín Santos, Luis Goytisolo, Miguel Espinosa, Caballero Bonald, Manuel Vázquez Montalbán y Juan Marsé en torno al franquismo, no habíamos tenido una novela con la autoridad narrativa, urgencia moral y drama formal de *El vano ayer.* Los años de la dictadura y los de la transición han pasado del recuento del drama al drama de las interpretaciones, y hay excelentes novelas que replantean su memoria en la lectura. Algunas, como *Soldados de Salamina,* de Javier Cercas, son notablemente exitosas. Otras, como *Francomoribundia* de Juan Luis Cebrián, rehacen el camino de la formación política como gesta de la identidad generacional.

En *El vano ayer* Isaac Rosa se propone no el relato de la dictadura sino el debate de sus interpretaciones. Busca representar la inverosimilitud de la violencia física, moral y política que contamina de incertidumbre a los protagonistas y torna improbable cualquier justicia. El franquismo se nos impone, así, incólume como una pesadilla y tal vez irreparable como una tragedia. Isaac Rosa discute las alternativas de lo ocurrido como valoraciones al uso, y en un gesto de extrema agudeza revela las respuestas justificatorias, la verdad excusada, y la dominante política del olvido.

En segundo lugar, *El vano ayer* nos convoca a compartir una puesta al día del conflicto: el franquismo no ha terminado sino que se ha prolongado en la transición, convertido en un relato trivializado por la novela liviana, el cine ameno y la televisión complaciente. Pero si todo ese menoscabo de la esfera pública forma parte de las evidencias, esta novela requiere empezar por su propia puesta

en duda: ¿cómo escribir una novela sobre la dictadura que no sólo esté libre de las reglas de juego sino que incluya al lector?

Isaac Rosa asume lo más difícil: convertir esa pregunta en la novela misma. *El vano ayer,* en efecto, es una novela sobre cómo hacer una novela sobre el relato español. Si ello fue ya postulado por Unamuno y debatido por Juan Goytisolo, Rosa actualiza la pregunta desde la postguerra descarnada y el franquismo encarnizado Y aun si ello ha sido debatido por los memorialistas, novelistas y poetas de la conciencia de la derrota republicana, Rosa se interroga por las interpretaciones más actuales, por las políticas de la memoria que descuentan el saldo trágico, excusan el juicio pendiente y hacen, como escribió Machado, del «vano ayer» un «mañana vacío.» La hipótesis es que el brutal ayer ha engendrado un hoy brutal. La novela es el cuerpo vivo de ese tiempo herido. Esto es, el lugar donde lo reprimido (tanto la violencia sobre el cuerpo como la agonía de la subjetividad) reaparece con la fuerza de su demanda.

La novela se busca a sí misma en el paisaje de los libros para encontrar a sus personajes entre «los completamente desconocidos, los olvidados.» Recorre el balance histórico y social del franquismo y entre dirigentes presos y profesores expulsados, se detiene en la referencia que tres libros dedicados a la universidad durante el franquismo hacen (supuestamente) de la detención y posterior expatriación del (supuesto) profesor Julio Denis. Pero «el autor» nos dice la novela se rehúsa a cualquiera argumento «guerracivilesco» al uso pero también al reportaje o el relato «Basado en Hechos Reales.» Más radicalmente, sus personajes casuales dejarán de serlo cuando sus historias tentativas, discutidas por «el autor» pero también por sus activos lectores, se desplieguen entre las opciones del relato, se tomen en paradigmas de lo desconocido por reprimido, de lo ignorado por acallado; y sean, por fin, protagonistas cabales de su tragedia indocumentada. Las historias del profesor Julio Denis (¿delator o víctima?) y del dirigente estudiantil André Sánchez (¿traidor o héroe?) se alternan entre versiones posibles, en busca de su propia certidumbre. Pero la novela no se detiene en el relativismo de las equivalencias ni en el heroísmo de las resistencias sino que suscita un relato más lacónico y lúcido: el de una verdad alarmada, que sólo puede encarnar en la ficción. Al final, la novela es un ejercicio de hermenéutica: un instrumento en la lucha por la interpretación.

Comunica la duda radical de las verdades inculcadas y el horror moral revelado. Y lo hace en la suerte de sus personajes, que luego de pasar por el archivo de las versiones, adquieren una objetividad agónica. En ese proceso, se construye no sólo la novela sino el lector, esto es, el sujeto crítico de una historia incumplida.

«–¿Se me permite opinar? Debo discrepar», interviene un lector, y el diálogo abre el camino de la indagación: dos columnas relatan historias alternas de Denis, una como víctima, la otra como delator. Sánchez, supuestamente delatado, aparece a su vez como posible agente policial encubierto y como víctima de la tortura. Esta estrategia, sin embargo, no corresponde a la «novela abierta» sino a la mejor alternativa analítica: recorrer el registro de lo verosímil especulativamente para deducir, en la trama de los hilos desplegados, la figura inexorable e impecable de una verdad recuperada de manos del franquismo, de los fetiches y el anecdotario que reemplazan su juicio. Tampoco, por ello, se trata de un juego entre la «verdad» y la «ficción» sino de la operatividad de ésta como fuerza de aquella. Se trata, en último término, de la instrumentación del relato como un discurso más libre, y por eso más crítico. Esta dimensión ética de la escritura, sin embargo, no es una mera afirmación de autoría y autoridad sino una responsabilidad repartida. Las palabras ganan sentido en el proyecto de devolverles función.

«Cómo podemos referirnos a la tortura en una novela», se pregunta el autor, y se responde: «hay que recoger testimonios, hay que especificar los métodos, para que no sea en vano.» Las voces, así, son de otros, y en el centro de la novela, el alegato por la verdad del sufrimiento es la forma del relato español. Pero aún allí, en esa intensidad, la novela sabe que no se puede reemplazar al otro sin borrarlo: «Es inútil, una vez más, que el autor intente en su relato elegir palabras para mi sufrimiento» (155-166). El lector, en ese momento, es parte ya del relato.

Entre los libros y las citas, actualizando unos y rescribiendo otras, *El vano ayer* metódicamente encuentra a sus personajes como sílabas de una fábula política de la lectura. Despiertan ellos en el paisaje de la escritura para rehacer el proceso histórico y desbrozar la escena del juicio. Los personajes se buscan en ese archivo, como actores de su propia racionalidad, más allá de lo casual, en pos de las articulaciones donde el contexto referido es

un texto esclarecido. En su propia lógica, son al final «desaparecidos», no sólo porque no hay registro de su muerte, en el exilio uno, en la tortura el otro, sino porque no hay dentro ni fuera en esta saturación de la violencia hecha intrahistoria española. La violencia menoscaba la vida pública y la vida privada pero la muerte es secreta. Sólo la novela les concede la refutación del olvido, y los improbables personajes del comienzo se convierten en los veraces sujetos del final. Pero el hecho de que nazcan de la historia perdida y terminen como fantasmas de la memoria actual, es la pregunta que nos deja la novela, para seguir en ella, para no «desaparecer» en la desmemoria.

Julio Denis fue el pseudónimo que Julio Cortázar empleó en 1938, en su primer libro. En *El libro de Manuel* intentó un manual de la novela política, y nos dejó la magnifica lección del fracaso como la moral de la representación del dolor de los otros. Este Julio Denis español convoca esa lección al rehacer el camino: la verdad se debe a la ficción, pero la certidumbre más política es la más novelesca porque ya no se debe a la mentira.

Julio Ortega

Sensata osadía

Imán y desafío, que ha merecido el IV Premio de Ensayo «Casa de América», del poeta, traductor y crítico Jordi Doce (Gijón, 1967), constituye un riguroso análisis de la influencia que la poesía romántica inglesa, con Wordsworth y Coleridge a la cabeza, ha tenido en la poesía española del siglo XX, y, singularmente, en sus tres refundadores –Unamuno, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez– y en, acaso, el poeta peninsular más influyente de la centuria, Luis Cernuda. Tal examen se realiza a la luz de una diferencia, no ya de grado, sino de carácter entre ambas, a juicio de Doce: la naturaleza exuberante y retórica de la mayor parte de la tradición española –muy influida por la no menos aparatosa poesía francesa–, frente a los perfiles enjutos y conversacionales de la inglesa. La elección de este asunto no es fruto de la casualidad, ni imposición de algún desnortado director de tesis, sino que tiene mucho que ver con los intereses y la biografía de su autor. La estancia de ocho años de Doce en Gran Bretaña –donde se doctoró en Filosofía y Letras por la Universidad de Sheffield y profesó en la de Oxford– le ha permitido adquirir

un sólido conocimiento de las letras de aquel país; y su sensibilidad como poeta se ha cultivado también en esa tradición mesurada, que gusta del relato detallado y sin estridencias, hasta desarrollar una auténtica sintonía espiritual –que es, irremediablemente, sintonía estilística– con la poesía objeto de su estudio. Como dice Wallace Stevens, «uno es incapaz de citar algo que no sean sus propias palabras, quienquiera que las haya escrito». Y para quien haya seguido la trayectoria de Jordi Doce como poeta, no será difícil advertir en *Otras lunas* (2002) o *Gran angular* (2005) muchos de los rasgos que él mismo elogia en la lírica inglesa: observación entrañada y reflexión compartible, economía narrativa, precisión y pulcritud verbales, ausencia de énfasis sin mengua de vigor expresivo. Un programa poético, por cierto, cercano al preconizado por la *poesía de la experiencia*, al menos en sus aspectos puramente elocutivos, pero del que se diferencia por su cabal atención a la palabra –no hay en el Jordi Doce poeta nada próximo a la banalización que cultivan, con tenacidad digna de mejor causa, los epígonos de García Montero, epígono de Gil de Biedma, epígono de Cernuda–, por su creencia en los mecanismos analógicos y, en general, sustitutivos del lenguaje, y por su entrega a una meditación de connotaciones existenciales.

Sin perjuicio de las tesis que sostiene, *Imán y desafío* es un ensayo ecléctico y omnicomprensivo, lo que resulta coherente con la concepción tentativa, vagabundeante, que tenía del género su inventor, Montaigne, pero que es a menudo desatendida por tantos ensayistas que acaban pergeñando ataúdes intelectuales o manuales de instrucciones, casi tan mal escritos como los de los electrodomésticos. El libro incluye consideraciones profesionales sobre la traducción; no en vano Jordi Doce es responsable de muy competentes versiones de Blake, Eliot, Simic y Tomlinson, entre otros. Hay también análisis textuales muy agudos, a veces redactados con una pasmosa concisión, como el referido a *Espacio*, el magistral poema de Juan Ramón. En todos ellos, Doce se muestra minucioso con la palabra reseñada, lo que subraya otra obviedad desdeñada por muchos: que el ensayo literario sirve a la literatura y que debe atender, con espíritu ancilar y cabalidad filológica, al texto escrutado. *Imán y desafío* incorpora datos de la historia de la literatura, ejerce la literatura comparada, tiene en cuenta la biografía de los autores comentados y no

rehúye el análisis filosófico, porque la filosofía tuvo una influencia decisiva en la conformación del movimiento romántico, aunque estas sean, quizá, las partes más arduas del conjunto. Pero trate de lo que trate, todo lo relaciona Jordi Doce, todo lo teje. Por eso cabe llamar inteligente a este ensayo: porque la inteligencia consiste en establecer relaciones. Véase, por ejemplo, en la pág. 284 y siguientes, cómo vincula sin flaquear a Donne, Coleridge, San Juan de la Cruz, Aldana, Eliot y Cernuda.

Las afirmaciones de Doce son siempre matizadas y multiformes, y hasta podríamos decir que *falsables*, en el sentido empírico del término, porque se ofrecen, plenas y desnudas, a la refutación. Doce parece reclamar el diálogo, es más, la contradicción, como una medida imprescindible para preservar la salud de nuestra cultura. Cuando analiza el concepto de diálogo en Machado –de ascendientes socráticos y cristianos–, expone en realidad el suyo: «El diálogo no sólo presupone la existencia del "otro"; es también un ejercicio de la razón desplegado en el tiempo: lo genérico conceptual se alía con lo intuitivo individual. El diálogo propone una alianza de la alteridad, el tiempo y la razón. A estos tres elementos Machado añade la cordialidad» (pág. 173). A este despliegue de razones en permanente –y cordial– combate con la razón del lector, Doce suma una amplia red de juicios laterales, como excursos a la literatura actual en lengua inglesa –Seamus Heany, Ted Hughes– o a la vigencia del poema en prosa, que nunca resultan impertinentes ni insustanciales; antes bien, enriquecen la trama central y adveran el sentido poliédrico del género. Y todo ello lo hace con una prosa que, como ya había acreditado en otros títulos –*Hormigas blancas* o *Curvas de nivel*, publicados ambos en 2005–, luce una claridad extrema, lo que condice con la sensatez y el rigor de las formas inglesas. No hay en ningún apartado de *Imán y desafío* puré lingüístico, ni soniquetes académicos, ni neologismos idiotas –aunque disuenen, muy ocasionalmente, términos como «prelapsario» o «esemplástico», de significado ignoto–. El ingenio de la dicción y la efervescencia inteligente acompañan el discurso, lo que se refleja en una sugerente adjetivación («la brillantez omnívora del renacimiento tardío, la frescura multiforme de Shakespeare o Donne...», pág. 287) y en unos símiles no menos persuasivos: así, por ejemplo, cuando habla de que «cierta poesía española apegada al valor sensorial de la palabra subraya el grado de

interrelación entre las partes en detrimento de su grado de adecuación con la realidad sensible», concluye: «Dicho con simpleza: se trata de relojes que no pretenden tanto dar la hora correcta como darla con sonoridad» (págs. 219-220). A ello se añade una indudable elegancia en los giros estilísticos, aun en los más formularios, de aromas borgianos. Obsérvese, por ejemplo, esta discreta fórmula hiperbólica: «...una tradición aún por explorar, tarea en la cual el poeta sevillano [Cernuda] se desempeñó con afán» (pág. 37). Y todo ello realizado, en fin, con una visión diacrónica y *cálamo currente*, sin hiatos en la articulación del discurso, y sin que se destense nunca el arco argumental.

Doce se apoya mucho en Octavio Paz –las referencias a *Los hijos del limo* y *El arco y la lira* son constantes–, así como en aquellos intelectuales que mejor han blandido la palabra crítica y con más lucidez han analizado el devenir de nuestra literatura, como José Mª Blanco White, Juan Goytisolo, José Ángel Valente, Andrés Sánchez Robayna, Jaime Gil de Biedma, Juan Malpartida y, entre los jóvenes, Julián Jiménez Heffernan. Sin embargo, Doce no teme discrepar, ni señalar las carencias de unos y de otros. La veta dialógica a la que antes he hecho alusión se torna polémica, y Doce deja constancia de sus disensiones. Del análisis, por ejemplo, que hace Luis García Montero de «Retrato», el poema inaugural de *Campos de Castilla*, critica la visión partidista: «le interesa subrayar [a García Montero] el exceso solipsista del vanguardismo, con sus rasgos adicionales de ininteligibilidad y distancia aristocrática, y darnos un Machado cercano al pueblo, lleno de preocupaciones cívicas: un regreso matizado a la versión de Machado que dio la poesía social en la posguerra» (pág. 189). Por cierto, que esta cita contiene un reproche que el propio Doce hace suyo, cuando afirma más tarde que el teatro de T. S. Eliot demuestra su «voluntad por escapar del solipsismo autista de una vanguardia demasiado apegada a sus orígenes simbolistas» (pág. 248). Merece réplica esta insistencia en el «solipsismo vanguardista», que no es tal, sino otro modo de comunicación: la que nos permite reconocer que el grito o el gemido de otros es también nuestro grito o nuestro gemido.

Apenas nada puede objetársele a *Imán y desafío*. Si algún error contiene, cabe achacarlo a su condición de tesis doctoral reconvertida en ensayo. Ciertas aclaraciones un tanto elementales, algunas espesuras teóricas –como ya se ha

indicado al hablar de la presencia de la filosofía en el texto– y concretas repeticiones de pasajes o ideas –aparecen transcritas dos veces la definición del «correlato objetivo» de Eliot (págs. 240 y 268) y una precisión de Cernuda, obrante en su *Historial de un libro*, sobre el mayor efecto poético de la voz contenida (págs. 267 y 271)–, son imputables a esta transmutación, por lo demás diligentemente resuelta. Ojalá todo el ensayo sobre literatura en nuestro país siguiera el ejemplo de este libro compacto y fluido, trabado e iluminador, que concita lo mejor de la tradición del pensamiento español y aporta una visión fresca y renovadora sobre un asunto muy necesitado de frescura y renovación.

Eduardo Moga*

Memoria de Horacio Salas

Se dice que en la antigüedad, el término «híbrido» tenía una connotación diferente a la que le adjudicamos hoy, y que con ese término se designaba al desmesurado, específicamente a aquel que asumía roles diversos. En este sentido, es de celebrar la desmesura del escritor argentino Horacio Salas, poeta de extensa obra que se desdobla en biógrafo, ensayista, historiador, catedrático, periodista, antologador y, con este libro, también en polemista.

El estilo de Salas, en cada una de esas instancias, conjuga una expresión reconocible que se apoya en el cuidado de la escritura y su minucia en un ya reconocido trabajo de investigación verificable en libros como *El Tango* o la biografía de composiciones tan celebradas como *Malena*, Homero Manzi. Llama la atención el abanico de asuntos que trabaja Salas, que va desde la poesía conceptual de Alberto Girri al grotesco crispado de Santos Discépolo, de la España Barroca a la relación entre su ciudad, Buenos Aires, y los poetas que le cantan. En todos sus trabajos, Salas escribe con la mano tendida al lector, acercándole algunas claves del autor o del tema que lo ocupa, invitándolo a participar, a adentrarse en la aventura del otro. De alguna manera, cumple con aquello que un gran escritor guatemalteco, Luis Cardoza y Aragón, exigía de la crítica seria: que interrogue, siembre desconfianzas y certezas, explore

* *Jordi Doce*, Imán y desafío. Presencia del romanticismo inglés en la poesía española contemporánea, *Barcelona, Península, 2005, 317 pág.*

y mine el terreno que explora. En todo esto resalta una característica suya: la forma en que humaniza al personaje, lo dibuja; cómo acerca su cotidianidad, el modo de colocar en un primer plano la aventura del libro, vale decir: la lectura como forma de diálogo.

Lecturas de la memoria, el libro de ensayos que acaba de sacar el sello editor Fondo de Cultura Económica, es por lo dicho una muestra de esos cruces entre la crítica y la historia de vida, la crónica y la poesía, el reportaje y el debate. Y de modo especial, esto último, la polémica. Ya desde el prefacio se anuncia que los autores del libro están atravesados por distintos tipos de cuestionamientos. Por eso mismo *Lecturas de la memoria,* al dar cuenta de esas muchas polémicas, abre otras. Se trata de un libro cuyos temas y autores se desdoblan en una variedad de asuntos. Uno de sus ejes –quizá el principal– es el de las vanguardias literarias, representado en nuestro país por el grupo de poetas nucleados alrededor de la revista *Martín Fierro* y el marco de agitación social de los años 20. Otro –y que se enlaza con el anterior– es el de poetas considerados fundadores, esa constelación inicial que integraron voces como las de Raúl González Tuñón, Jorge Luis Borges y, entre otros, Pablo Neruda. Un momento importante del libro es cuando Salas reflexiona con lucidez sobre el creador y su búsqueda, sin sofocar al lector con una nomenclatura técnica -uno de los defectos de mucha de la crítica actual. En este sentido, indaga sobre Octavio Paz, Nicolás Olivari y Alberto Girri; y en este último trabajo da cuenta de una poética conjugando ensayo y entrevista. Sobresale, además, siempre en la línea ensayística otro texto esclarecedor, esta vez dedicado a la revista *Martín Fierro* (ocupa casi cincuenta páginas de *Lecturas de la memoria),* y el cruce entre anecdotario, crítica y entrevista del texto sobre Neruda, con viaje a Isla Negra incluido. El subtítulo del libro, «Un encuentro con escritores» propone, además de un acercamiento crítico a la obra de los autores tratados, un espacio más íntimo, allí se plasma la amistad de Salas con alguno de los personajes del libro: González Tuñón, Leopoldo Marechal, Alfredo Veiravé– apuntalado a ratos por el anecdotario personal y una herramienta del género biográfico que maneja con destreza el autor: el retrato. Así, nos cuenta a Marechal: «con sus facciones de gnomo travieso, al que no puedo recordar sin una pipa tipo Bent, a la que llamaba Eleonore, en la boca, más que fumando, chupeteándola». Mientras que al narrador Pedro Orgambide –uno de los grandes de la narrativa argentina– lo describe de este modo: «Sólo nece-

sitaba un interlocutor, pero si se encontraba con un grupo de amigos, además de narrar infinitas anécdotas, las actuaba, gesticulaba, marcaba los silencios, si era necesario rengueaba o tiraba ganchos de izquierda a un oponente invisible... y como una forma de autoconvencimiento agregaba el latiguillo "¡muy bueno, muy bueno!"». Híbrido, desmesurado, Orgambide, que fue bailarín de tango y boxeador aficionado, se desdoblaba como Horacio en la ficción, la biografía, la historia, el periodismo, el ensayo, etc. Un dato interesante: ambos escribieron un libro sobre Tuñón. El capítulo sobre «Borges y el tango» es por demás interesante, porque detrás de esa relación subyace una cuestión que ha pasado prácticamente desapercibida por la crítica: la de la influencia del tango –su literatura, su ambiente, su galería de personajes, su iconografía y todo lo que entraña como fenómeno– en los movimientos innovadores de los años 20. Sólo el prejuicio impide colocar al Discepolo de «Quévachaché», con un lenguaje de ruptura resistido en la época, junto a los vanguardistas Tuñón y Carlos de la Púa. Además no es difícil inferir, por su manejo a fondo del tema que, aunque Borges haya tenido numerosos biógrafos, nadie como Salas (con varios volúmenes dedicados a la historia de la canción ciudadana y sus cultores) para entender la relación entre el escritor erudito y la expresión del arrabal, vivida como dilema. Borges rechaza la expresión tanguera, aunque escribe tempranamente poemas sobre el tema como «El Tango», rechaza a Gardel pero le gusta su fraseo, incluso llega a asumir una intensa defensa de la porteñidad del tango, ante quienes datan su origen en la capital uruguaya, Montevideo. Este capítulo –a mi ver, uno de los mejores de *Lecturas de la memoria*– suscita interrogantes y asociaciones varias; por momentos se superponen Borges y Leopoldo Lugones, ambos buscando hermandades sustentadas en el heroísmo y el sacrificio que iban de la estirpe militar a comunidades como la del clavel rojo, de logias secretas a «la secta del cuchillo y del coraje». Sobre el mismo tema del tango, hay que destacar el esfuerzo de Salas que desde muchos años atrás ha pugnado por incluir a los poetas del tango –Manzi, Discépolo, Cátulo Castillo, Celedonio Flores, Pascual Contursi, entre otros– en el cuerpo de la tradición literaria argentina. En esta misma dirección del rescate y la pelea con la desmemoria, Salas nos descubre en otro capítulo del libro a «Jorge Guillermo» –así titula su texto– ese poeta, traductor, antor de la novela *El Caudillo,* que sólo suele mencionarse por haber sido el padre de J.L Borges. Un hombre

sencillo –decía que le hubiera gustado ser invisible–, con una ética firme, que se cuestiona su propia profesión, la de abogado y afirma un deseo que, dice, es más «noble»: el de «soñar en los caminos». Salas, también hace un saludable rescate del poeta Alfredo Veiravé y del narrador Santiago Dabove. Este hacer frecuente en Salas –como la valoración en su tiempo de un Marechal relegado– está diciendo que la nuestra es una tradición cultural con muchas lagunas. Así, camina por las páginas de *Lecturas de la memoria* el Dabove metafísico, violinista, orillero de armas llevar y escritor con un solo libro en su haber, los relatos fantásticos de *La Muerte y su traje.* Ese libro que deslumbró a Macedonio Fernández y Scalabrini Ortiz, publicado en forma póstuma en el 1961 con prólogo de Borges, se reeditó recientemente con prefacio de Salas, quien describe a Dabove como un escritor secreto, un hombre de especulaciones filosóficas obsedido por el tema de la muerte.

Otro de los núcleos de *Lecturas de la memoria,* uno de los principales, es la relación del escritor y la contingencia política. Desde el prefacio se advierte que sus personajes –Borges, Ernesto Sábato, Victoria Ocampo, Julio Cortázar, Marechal, etc.– están atravesados por distintas polémicas, subrayando con la palabra intolerancia, una y otra vez, el clima en que se dirimieron. Los cuestionamientos –dice Salas en el caso de Sábato– fueron provocados por actitudes que «sus detractores consideran insoportables pruebas de egocentrismo o de una ideología contradictoria».

El valor de *Lecturas de la memoria* es que propone diálogos y abre interrogantes. Por ejemplo, en el modo de presentar algunos autores como víctimas de esa intolerancia, ya que una cosa es la incomprensión con asidero en un medio cultural que ningunea, valora lo literario con el hígado y adolece de espesor ideológico en sus argumentos, y otra es el debate de ideas, la mirada crítica. Entonces, ¿el disenso convierte a aquel que lo manifiesta en «detractor»? Y tomando por caso a Sábato, ¿quién le ha dado al escritor esa dimensión ideológica por sobre la literaria, la crítica o su excesiva exhibición mediática? *Lecturas de la memoria* ayuda a tener memoria y suscita otras preguntas: ¿de qué lado de la intolerancia está el Borges condecorado por Pinochet? ¿U Octavio Paz cuando en los 80 invoca al presidente norteamericano Reagan y exige una solución militar al conflicto centroamericano? ¿O Victoria Ocampo cuando desplaza al jefe de redacción de su revista,

José Bianco, por haber participado como jurado –al igual que Onetti, que Rulfo, que muchos– en el Premio Casa de las Américas de Cuba?

Si con el tiempo sólo queda la huella literaria de un escritor, diluyéndose sus posiciones de circunstancia –como dice Salas– es porque en esa escritura ya está la vida. Basta pensar en el Rimbaud de la Comuna, en José Martí, en el mismo Tuñón, tratado en este libro, y más cerca en el tiempo en Juan Gelman, con treinta años fuera del país y una extensa producción de libros, todos sus libros fechados en el exterior, en los que se refunden sus temas en uno solo: el exilio. Como quedó dicho al principio de la nota, el libro de Salas, al dar cuenta de algunas polémicas, abre un debate oxigenador y lleva reflexionar. *Lecturas de la memoria* acercan «la aventura del libro», encarnada, por ejemplo, en ese Borges que es al mismo tiempo autor y lector: un hombre-libro que escribe y es escrito por la literatura universal. Afirma Salas que Borges «ya no leyó los libros, fue los libros», a la manera de otro poeta de su generación que dijo alguna vez que no escribía, sino que se estaba tatuando.

Jorge Boccanera

Sarajevo cada vez más lejos*

El escritor belga Stefan Hertmans defiende en su espléndido libro *Ciudades* un concepto de ciudad ligado a un profundo significado humanitario: la ciudad como el territorio de la comunicación humana en su forma más avanzada: «A mediados del siglo XIX, la ciudad era ya para Baudelaire el terreno sin territorio donde las relaciones humanas no evolucionaban basándose en derechos de propiedad y tradiciones inveteradas tales como el derecho familiar, el patriarcado y el casamiento, sino basándose en una desvinculación general. La ciudad es de todos porque no es de nadie en particular».

En este sentido, pocas ciudades europeas han sido desde su fundación, mejor metáfora del mundo que Sarajevo. A lo largo de cinco siglos, «la ciudad aglutinó en su interior a gente de todas las religiones monoteístas y las culturas derivadas de éstas, un sinfín de idiomas y formas de vida diferentes. Se convirtió en un microcos-

* *Dzevdad Karahasan,* Sarajevo, Diario de un éxodo, *Traducción de Luisa Fernanda Garrido Ramos y Tihomir Pistelek, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2005. 123 pp.*

mos, el centro del mundo que, como cualquier epicentro, según las enseñanzas esotéricas, aglutina al mundo entero». El apunte es fruto de la mirada retrospectiva de Dzevdad Karahasan en *Sarajevo. Diario de un éxodo,* libro al que se le otorga en 1994 el Premio Europeo de Ensayo Charles Veillon y en 1995 el Bruno Kreisky al mejor libro político del año.

Hasta finales de mayo de 1992, Karahasan se mueve por su ciudad con las mismas preocupaciones que pudiéramos tener cualquiera de nosotros a lo largo de una jornada de tránsito por la nuestra. Acude diariamente a impartir sus clases de dramaturgia y de historia del teatro en la Academia de Artes Escénicas de la Universidad de Sarajevo y trabaja en una nueva novela que piensa titular *Los anillos de Sahrijar.* La noche del 27 al 28, la ciudad recibe de manos del Ejército Popular Yugoslavo el primer embate de destrucción enloquecida. Será a partir de entonces cuando el hambre, la falta de agua y de luz, el miedo, el expolio o la muerte condicionen radicalmente la vida de sus habitantes. Con todo, las penalidades cotidianas no hacen tanta mella en Karahasan como la destrucción sistemática de una cultura plural. *Sarajevo. Diario de un éxodo* no ofrece el testimonio de un exilio individual sino el de una ciudad entera que desaparece del mundo real para desplegarse en el ideal, en el mundo del recuerdo. Será ante su edificio derruido en el céntrico barrio de Marindvor, mientras retira de sus ventanas los restos de cristales para que no caigan a la calle, donde Karahasan empieza a sentir con el recuerdo y a tener la percepción de que se está despidiendo de su casa. «Hasta entonces me había limitado a reconocer mi casa, pero en ese momento la veía. Hasta entonces vivía en ella, pero en ese momento la sentía y amaba, lo que significaba que me estaba despidiendo de ella, que empezaba a convertirse en un recuerdo, porque el valor completo de cuanto encontramos lo obtenemos cuando se muda de este mundo al recuerdo. ¿Por qué, Dios mío, vemos mejor en el recuerdo que en la realidad? ¿Por qué sentimos más claramente con el recuerdo que con los sentidos?».

En *Sarajevo. Diario de un éxodo,* Karahasan se mueve en la frontera de los géneros para imbuir de reflexión las sensaciones que provoca la inmediatez de los hechos. Mezcla de relato, reflexión histórica y crónica de la inmediatez, *Sarajevo. Diario de un éxodo* convence porque no quiere convencer y conmueve porque no quiere conmover, en

palabras de Juan Goytisolo. El libro comienza con una interesante reflexión histórica acerca de los orígenes de la ciudad y las señas culturales que la singularizan ante otras ciudades de Occidente. Desde su fundación, personas de las tres religiones monoteístas –islámica, católica y ortodoxa– dan lugar a una mezcla de lenguas, religiones y pueblos en un espacio tan pequeño que produjo una forma muy específica de cultura. Un sistema cultural que Karahasan denomina «dramático» en oposición al «dialéctico», propio del resto de las ciudades occidentales. En el primero, cada elemento forma parte de la estructura del sistema al adquirir nuevas particularidades en la tensión de los opuestos sin perder algunas de las que ya poseía; en el segundo, la relación básica es la de engullirse, «o para que suene mejor, el acto de contener lo inferior en lo superior, lo débil en lo fuerte».

Los apuntes sobre la destrucción de Sarajevo «son extremadamente literales y su intención secreta es transmitir cuánto duele la literalidad», afirma Karahasan al inicio de una segunda parte en la que prima el relato de la experiencia cotidiana durante el asedio. Las colas para el pan, el miedo a los francotiradores cada vez que se cruza una calle en busca de agua o el ruido de las granadas retumbando en los sótanos son algunas de las penalidades que sufren los habitantes de Sarajevo en medio del abandono y la total indiferencia por parte del mundo occidental. En el caso de Karahasan, encuentra en los ensayos teatrales, llevados a cabo en condiciones muy precarias y expuestos a un peligro constante, lo único que, tanto a él como a sus alumnos. les puede liberar del miedo y ayudarles a conservar la dignidad, la sensibilidad y el juicio: «Una de las funciones básicas del arte es la de proteger a la gente de la indiferencia, y el hombre está vivo mientras no permanezca indiferente».

El libro concluye con una reflexión acerca de los riesgos de la implicación de la literatura con la religión o la política: «Vengo de un país desbastado y la culpa la tiene la mala literatura, el mal uso del oficio literario. La identificación religiosa o política de escritores serbios fue tremenda. Inspiraron a Milosevic a asumir el destino serbio». El propio Karahasan se reprocha haber considerado la libertad de la literatura como algo normal: «Escribía lo que me pasaba por la cabeza y olvidé que la libertad va unida a la obligación. Libertad de la literatura, sí, pero ¿frente a qué?».

Sarajevo. Diario de un éxodo es un libro escrito por un europeo

que no se dejó cegar por el miedo. Llega en buen momento.

Jaime Priede

El totalitarismo en el siglo XX*

La publicación, con ocasión del 80° aniversario de la Revolución de Octubre, de un *Libro negro del comunismo* redactado por un grupo de historiadores bajo la dirección de Stéphane Courtois, desencadenó en Francia un debate de gran amplitud. La obra se esfuerza por dibujar, a la luz de las informaciones de que hoy disponemos, un balance preciso y documentado del coste humano del comunismo. Este balance se cifra en cien millones de muertos, o sea, cuatro veces más que el número de muertos que esos mismos autores atribuyen al nacionalsocialismo. El interés de este libro reside sobre todo en que se apoya en una documentación rigurosa procedente en parte de los archivos de Moscú, hoy abiertos a los investigadores. Ésa es la razón de que las cifras que en él se reflejan no hayan sido apenas impugnadas, y la conclusión de cualificados observadores es que «el balance del comunismo constituye el caso de carnicería política más colosal de la historia»; que el comunismo ha matado más que el nazismo, que ha matado durante más tiempo que él, que ha comenzado a matar antes que él y que, sin embargo, durante décadas ha mantenido, y todavía mantiene, adeptos en el mundo entero.

Partiendo de estos datos fidedignos, Alain de Benoist lleva a cabo 25 reflexiones, llenas de profundidad y sentido, sobre el totalitarismo (1917-1989): el horror supremo del siglo XX. Un único nombre –«totalitarismo»– define la pretensión de ambos a la «dominación total», a la sociedad pura, sin fisuras. «La comparación entre comunismo y nazismo es –escribe Benoist–, de hecho, no sólo legítima, sino indispensable, porque sin ella ambos fenómenos resultan ininteligibles». «El nazismo puede definirse –afirma el mismo autor–

* *Alain de Benoist,* Comunismo y nazismo. 25 reflexiones sobre el totalitarismo en el siglo XX (1917-1989), *Traducción de José Javier Esparza y Javier Ruiz Portella, editorial Áltera, Barcelona, 2005, 186 pp. Laurence Rees,* Auschwitz. Los nazis y la «solución final», *Traducción de David León y Luis Noriega, editorial Crítica, Barcelona, 2005, 440 pp. David Solar,* La caída de los dioses. Los errores estratégicos de Hitler, *editorial La Esfera de los Libros, Madrid, 2005, 476 pp. Simon Sebag Montefiore,* La corte del zar rojo, *Traducción de Teófilo Lozoya, editorial Crítica, Barcelona, 2004, 854 pp.*

como un anticomunismo que ha tomado de su adversario las formas y los métodos, empezando por los métodos del terror» (George Orwell ya subrayó que, en los años treinta, muchos se hicieron nazis por un motivado horror al comunismo, mientras que muchos se hicieron comunistas por un motivado horror al nazismo). Benoist matiza, tras su afirmación, que «comparar», no quiere decir «asimilar»: unos regímenes comparables no son necesariamente idénticos. «El nazismo –dice cargado de ironía– sería comparable a un asesino en serie, mientras que el comunismo sería como un altruista desdichado que mata a quienes pretendía socorrer. Al destruir vidas humanas, el nazismo, criminal por vocación, habría cumplido sus promesas y aplicado su programa. El comunismo, criminal por error, habría traicionado a los suyos». Es decir, las prácticas nazis procederían directamente de su doctrina, mientras que las del comunismo soviético constituirían la aplicación errónea de una ideología sana. En definitiva, el comunismo, pese a sus cien millones de muertos, podría describirse como un pensamiento del amor fraternal que ha caído en el odio sin haberlo querido; un proyecto honorable que ha terminado mal.

Que no termina de verse por qué habría de ser menos grave, o menos condenable, matar a aquellos a quienes se les ha prometido la felicidad que matar a quienes no se les ha prometido tal cosa, es una de las 25 importantes reflexiones que el intelectual francés se hace. Hacer el mal en nombre del bien no es mejor que hacer el mal en nombre del mal.

Destruir la libertad en nombre de la libertad no es mejor que destruirla en nombre de la necesidad de suprimirla. Desde muchos puntos de vista hasta es peor.

Nazismo y comunismo han seducido a las masas mediante ideales diferentes, pero que podían parecer igualmente atractivos. Todo el problema viene de lo que la realización de tales ideales implicaba; a saber: en ambos casos, la erradicación de una parte de la humanidad. A Benoist le sorprende, en consecuencia, la diferencia de trato entre ambos totalitarismos. «Cualquier compromiso con el nazismo –comenta– desacredita absolutamente, mientras que los compromisos con el comunismo siguen siendo considerados faltas comunes y veniales».

No podemos olvidar que, a partir de 1941, la URSS participó al lado de los Aliados en la caída del nazismo, y que obtuvo de ello un crédito moral que, luego, nunca dejó de explotar. Después de 1945, la victoria sobre el nazis-

mo impidió cualquier interrogación sobre el totalitarismo vencedor, cualquier cuestionamiento de su legitimidad política y moral. Sin embargo, podemos enumerar seis criterios formales que caracterizan a todos los regímenes totalitarios: una ideología oficial que abarca todos los sectores de la vida social, un partido único enraizado en las masas, un sistema político organizador del terror, un control monopolístico de los medios de información y de comunicación, un monopolio de los medios de combate y una dirección centralizada de la economía. Alain Benoist finaliza sus 25 reflexiones con la siguiente advertencia: «La caída de los sistemas totalitarios del siglo XX no aleja el espectro del totalitarismo. Invita más bien a interrogarnos sobre las nuevas formas que éste podría revestir en el futuro».

Los nazis y la «solución final»

Hace sesenta años el mundo se horrorizó con el descubrimiento de la realidad de Auschwitz, el escenario de la mayor matanza de la historia humana: un millón cien mil seres humanos asesinados, incluidos más de doscientos mil niños. En su libro sobre Auschwitz, Laurence Rees, que lleva quince años investigando el nazismo, no sólo ha utilizado la documentación aparecida en estos últimos años, sino que se ha valido de más de un centenar de entrevistas a supervivientes del campo y a sus verdugos nazis, quienes por primera vez hablan de sus experiencias.

¿Qué fue realmente Auschwitz? Según el autor del presente libro, no existió proyecto alguno del crimen impuesto desde arriba, ni ninguno que fuese ideado desde abajo y reconocido, sin más, por quienes llevaban las riendas del país. «Nadie conminó a los miembros del partido –escribe Rees– a perpetrar los asesinatos: estamos hablando, más bien, de una empresa colectiva compartida por miles de personas que decidieron por sí mismas no sólo participar, sino también aportar sus propias iniciativas con la intención de resolver el problema de cómo matar a seres humanos y deshacerse de sus cadáveres a una escala jamás concebida con anterioridad».

Hoy el hombre de la calle sigue albergando no poca confusión en torno al cometido de los diversos campos de concentración del estado nacionalsocialista. Laurence Rees aclara que los hay de tres tipos: recintos como Dachau que eran campos de trabajo, campos de exterminio como el de Treblinka, y complejos como

el de Auschwitz, el más tristemente célebre de todos, que evolucionaría para convertirse tanto en un campo de trabajo como en uno de exterminio, que a finales de 1940 se concretó en el Bloque 11. Desde el exterior, este Bloque presentaba el mismo aspecto que los demás barracones de ladrillo rojo repartidos en hileras por todo el recinto. Sin embargo, su función era diferente, y ninguno de los presos lo ignoraba. Dicho edificio era una prisión dentro de otra prisión: un lugar dedicado a la tortura y al asesinato. En el transcurso de los años 1941 y 1942 los nazis fueron perfeccionando los métodos del exterminio, desde el monóxido de carbono embotellado al ácido prúsico cristalizado, que se comercializaba, en latas, con el nombre de Zyklon Blausäure («ácido prúsico»).

Rudolf Hoess, comandante de Auschwitz, asistió a las sesiones celebradas en el Bloque 11 con el uso del Zyklon B, y a continuación escribió que se sintió «aliviado» con el nuevo método de ajusticiamiento, que «evitaba» un «baño de sangre» innecesario. No podía estar más equivocado: el verdadero baño de sangre estaba a punto de producirse. En el transcurso de 1942, Hoess y sus colegas se hicieron merecedores de la peor reputación que nadie puede imaginar, al convertirse en los autores de la creación de una fábrica de muertos. Los nazis se habían propuesto hacer algo que jamás había intentado ningún ser humano: exterminar de forma mecanizada a millones de personas de los dos sexos y todas las edades en cuestión de meses. Por horripilante que pueda resultar la analogía, habían instaurado, en principio, tres fábricas homicidas –Belzéc, Sobibór y Treblinka–, pero la máxima perfección para la llamada «solución final» la consiguieron en la cuarta: Auschwitz. Se trataba de auténticas fábricas ya que, al igual que sucede en cualquier operación industrial, todos los componentes debían estar perfectamente sincronizados si quería alcanzarse el objetivo último deseado por sus creadores. «El exterminio –escribe Rees– ya no tendría lugar en chalés especialmente adaptados, sino en instalaciones semifabriles capaces de llevar a cabo el exterminio a escala industrial». La historia humana conoce diversos episodios de matanzas a sangre caliente, pero aquí estamos ante lo que parece ser algo completamente nuevo: la cuidadosa creación de lugares en los que los seres humanos podían ser asesinados con absoluta sangre fría. «En los campos –comenta el mismo autor– las personas demostraban ser similares a la materia, que cambia de acuerdo

con la temperatura». Efectivamente, así como a determinada temperatura el agua líquida deja de existir como tal para convertirse en vapor o hielo, los seres humanos –verdugos y víctimas– pueden convertirse en personas diferentes al enfrentarse a circunstancias extremas.

Juzgados en el contexto de la sofisticada cultura europea de mediados del siglo XX, Auschwitz y la «solución final» representan el acto más bajo de toda la historia. Pero de la lectura de este libro, tal vez lo más terrible es que nos hace saber que cerca del 85% de los miembros de las SS que trabajaron en el campo y sobrevivieron a la guerra han quedado impunes, que ni se arrepienten ni creen necesario excusarse con la obediencia a las órdenes recibidas y que ello no parece escandalizar hoy a sus conciudadanos. Este libro, con su abundante información de primera mano, pretende ser un despertador de conciencias.

Los errores de Hitler

Si la clausura de Auschwitz ha cumplido 60 años, también 60 son los años del fin de la II Guerra Mundial. Con tal histórico motivo, David Solar ha escrito *La caída de los dioses. Los errores estratégicos de Hitler.*

En junio de 1940, cuando capituló Francia, Hitler había ganado la guerra. Aparte del territorio nacional –las unificadas Alemania y Austria–, dominaba Noruega, Polonia, Checoslovaquia, Holanda, Bélgica y Francia. Era aliado de Italia, tenía relaciones muy amistosas con España, cuyo jefe del Estado, Francisco Franco, le debía la victoria de la Guerra Civil. Se aprestaba a cerrar acuerdos o a ocupar Dinamarca, Rumania, Hungría... Tenía un tratado con Stalin, por el que se había repartido Polonia, y recibía de la URSS todo tipo de materias primas... «Pero Hitler –afirma Solar– no acertó a cortar el cordón umbilical del Reino Unido». El talento político-militar desplegado por Londres hubiera sido insuficiente para mantenerse en pie ante Alemania, de no haberse producido en Berlín un sinnúmero de fallos políticos, diplomáticos, militares e industriales.

Hay errores capitales muy conocidos, sobre todo el ataque a la URSS y la declaración de la guerra a EE.UU. También existen –y en este libro se recogen con detalle– numerosas batallas cuyos deficientes planteamientos condujeron a estrepitosas derrotas: la batalla de Inglaterra, la de Stalingrado, el desvío hacia el sur del golpe dirigido contra Moscú, el feroz desgaste de la Wehrmacht

en Kursk, los errores de Normandía... «Y hay centenares de decisiones erróneas –insiste Solar– imputables, también, a Hitler: operaciones trascendentales, como Félix o Malta, que no emprendió, o campañas imposibles que no debió acometer, África, por ejemplo».

El trabajo que comentamos comienza cuando, derrotada Francia, Hitler había ganado la guerra. A partir de ahí, se profundiza en su mal empleo del tiempo, de los planes, de la colaboración con sus aliados italianos, del fatal manejo de sus relaciones preferentes con Franco. El autor trata a fondo dos campañas de triunfal inicio y desastroso fin: África y Rusia, también dedica interesantes páginas al desplome de Italia, la apertura aliada del frente francés, el fracaso en Rusia, la feroz batalla del Atlántico y, finalmente, la desesperada e inútil resistencia sobre las ruinas del Reich, hasta la muerte en el búnquer. «En esos meses postreros de la guerra –concluye David Solar–, jugando a todo o nada, tratando de vencer en una guerra que ya había perdido dos años antes, causó los mayores males al futuro de Alemania».

Este es un libro crítico sobre lo que pasó y se mueve en las posibilidades que se dieron en la realidad, aunque, de vez en cuando, se permite algún que otro análisis de lo que pudo ser y no fue, ya que los planes estaban sobre la mesa. El numeroso material utilizado para su realización ha sido variadísimo; las memorias de protagonistas, como Churchill, Speer, Dönitz, Montgomery, Guderian, Kesselring, Manstein, Mellenthin, Skorzeny, Tedder o Westphal; las notas de Ciano, las conversaciones privadas de Hitler, los dietarios de las reuniones de guerra del *Führer*, las entrevistas e interrogatorios de Nuremberg; numerosos estudios sobre el III Reich; biografías de protagonistas; monografías sobre acontecimientos o batallas; sólidas historias generales sobre la guerra y crónicas de prensa ejemplares.

Escrito con tono ameno y ágil acento periodístico, *La caída de los dioses* llega con facilidad y sin perder rigor al gran público, aportándole, uno a uno, los errores estratégicos que llevaron a Alemania a perder la guerra que Hitler tenía ganada en junio de 1940. Sin embargo, cuatro años después, en 1944, el *Führer* lo había perdido casi todo.

El prestigioso historiador militar de la Segunda Guerra Mundial, general Eddy Bauer, dice refiriéndose a Hitler que durante la guerra «No había aprendido nada; pero lo había olvidado todo». «En efecto –comenta David Solar–, es difícil hallar en una

mente humana semejante reiteración de los mismos errores».

Verdadero nido de víboras

Simon Sebag Montefiore, que ha tenido acceso a los archivos de Stalin y de sus colaboradores abiertos recientemente, nos descubre un Stalin inusual, sorprendente; un personaje menos enigmático, más íntimo, no menos brutal pero más humano. «Lo que yo perseguía –dice Sebag– era sencillamente escribir un retrato de Stalin, de sus veinte máximos jerarcas y de sus familias, mostrar cómo gobernaron y cómo vivieron en la singular cultura de sus años de poder supremo». No ha pretendido, pues, hacer una historia de la política interna o externa del máximo dictador soviético, de sus campañas militares, de su juventud y de su lucha con Trotski. Ésta es una crónica de lo que fue su corte desde su proclamación como «caudillo» en 1929 hasta su muerte. Es una biografía de sus cortesanos, un estudio de alta política y de poder y costumbres informales. En cierto modo es una biografía del propio Stalin a través de las relaciones que mantuvo con sus jerarcas, ya que él nunca desaparece de escena.

Este libro es una epopeya de miedos y traiciones; historia de unas vidas en las que se mezclaban el amor familiar y la brutalidad asesina. El «padrecito» cultivaba el peligroso juego del poder con sus cortesanos durante las cenas y los bailes que tenían lugar en las impresionantes villas del Mar Negro y en los enormes apartamentos del Kremlin: un mundo secreto pero extrañamente cálido, poblado por asesinos, fanáticos, degenerados y aventureros. Desde el enano bisexual Yezhov hasta el depravado Beria, cada uno representaba un papel para el que era su jefe supremo: Molotov, el de necio; Kaganovich, el de bruto; Voroshilov, el de graciosillo estúpido; Zhdanov, el de presuntuoso... Todos caminaban sobre el filo de la navaja, matando para sobrevivir, durmiendo con una pistola bajo la almohada; dejando morir a sus mujeres por capricho de Stalin o permitiendo que sus hijos vivieran según un código de mentiras. Para Sebag, su personaje fue su propia creación. Un hombre que se inventa su apellido, su cumpleaños, su nacionalidad, su educación y todo su pasado, con el fin de cambiar la historia y desempeñar el papel de líder, es de suponer que acabe en una institución mental, a menos que, por propia decisión, por suerte y por habilidad, aproveche el movimiento y la ocasión capaces de dar la vuelta al orden natural de las cosas. «Stalin fue así –afirma el autor del libro que comentamos–.

Ese movimiento fue el Partido Bolchevique; y la ocasión, la decadencia de la monarquía rusa».

A la muerte de Stalin, se puso de moda verlo como una aberración, pero semejante tendencia suponía una forma de rescribir la historia tan burda como la que acostumbró a utilizar él mismo. Sebag Montefiore demuestra que el éxito de Stalin no fue una casualidad; que ningún ser vivo estuvo más capacitado que él para las intrigas conspiratorias, las claves teóricas, el dogmatismo sanguinario y la rigidez inhumana del partido de Lenin; que resulta difícil encontrar una síntesis mejor entre un individuo y un movimiento que ese matrimonio existente entre su personaje y el bolchevismo: Stalin era un espejo de las virtudes y las carencias del movimiento.

El cometido de Sebag ha consistido en ir más allá de las explicaciones tradicionales que presentaban al dictador soviético como un «enigma», un «loco», o un «genio satánico», y a sus camaradas como a «hombres sin biografía», sombríos sicofantas bigotudos en fotografías en blanco y negro. Aprovechando el arsenal de nuevos documentos y libros de memorias inéditos, entrevistas realizadas por el propio autor y otros materiales ya perfectamente conocidos, el «zar rojo» se hace más comprensible e íntimo, aunque no por eso menos repelente. El hecho de situarle a él y a sus oligarcas en el contexto bolchevique que los caracterizaría como miembros de una «orden religioso-militar de cruzados» explica buena parte de lo inexplicable. Stalin fue a todas luces un caso singular, pero muchas de sus teorías y muchos de sus rasgos característicos, como la utilización de la muerte como instrumento político, y desde luego su paranoia, eran compartidos por sus camaradas. Fue un hombre de su tiempo, lo mismo que sus jerarcas, y todos fueron fieles a la fe cuasirreligiosa del bolchevismo.

La corte del zar rojo pone a nuestro alcance un interesantísimo retrato íntimo de la vida diaria en el Kremlin staliniano. Una narración absorbente, de casi mil páginas, que cala hondo en la existencia del dictador ruso y en la de todo su séquito.

Isabel de Armas

Una biografía de Valls Taberner*

«Penso en un Ferran Valls i Taberner, que dirigía l'Arxiu de la

* *José María Mas Solench,* Fernando Valls Taberner. Una vida entre la historia y la política, *Barcelona, Editorial Planeta, 2004, 307 pp.*

Corona d Aragó i que era conegut aleshores com a Don Fernando. Cordial i solemne alhora, Don Fernando era un personatge important, no solament com a director de la casa, i com a historiador del dret català, sinó també com a membre de l alta burgesia catalana, amb contactes am l alta jerarquia ecleiastica i, en fi, com a home molt compromès en la política, molt proper a Francesc Cambó, en la cimera de la Lliga Regionalista. A Franca un home de aquesta categoría -en coneixia alguns exemples- s hauria mostrat altiu i hauria exigit tot un ceremonial per apropar-s hi. Ferran Valls i Taberner no posava cap barrera ni als seus col·laboradors ni als joves estrangers com nosaltres. Vaig poder mantenir amb ell, improvisadament, llargues converses, en què em parlava de la seva familia, dels seus lligams econòmics, del passat i del present de seus interessos, materials i morals.» En tan breve semblanza, trazada por la pluma del mejor Pierre Vilar *–Pensar històricament. Reflexions i records.* Valencia, 1995, pp. 163-4– se encierran sin duda las principales claves de la trayectoria pública y acaso también de la privada del que fuera una de las grandes figuras de la vida académica, política y social de la España de los años veinte y treinta.

Nacido en un hogar de la mejor prosapia del Principado, en el que los blasones se mezclaban con los talegos, es decir, en el que la historia no había perdido el paso y se acomodaba al ritmo de unos tiempos presididos por el espectacular desarrollo de fin del siglo y del *noucentisme,* todos los privilegiados dones y dotes recibidos por la fortuna, los revalidó si no los «legitimó» por una existencia laboriosa ennortada por el servicio público y un regeneracionismo del que nunca renegara, alentando trabajos y proyectos incesables. En posesión de las dos carreras de Derecho y Filosofía, según era habitual entre los universitarios más brillantes y ambiciosos de las Humanidades de comienzos del siglo XX, no tardaría, empero, en sentirse inclinado por el cultivo de la Historia, sobre todo, tras una decisiva aunque breve estancia en la mítica École de Chartes parisiense (en 1910). Desde entonces, el estudio de los tiempos medievales constituiría el eje vertebrador de una biografía intelectual solicitada por mil reclamos y afanes. En efecto, sería el análisis de diferentes y muy variados aspectos de la legislación de Cataluña en el periodo en el que ésta fuera la porción esencial de la Corona aragonesa la que imantase la envidiable capacidad investigadora al mismo

tiempo, y de manera de ordinario simultánea, a la reconstrucción de no pocos pasajes del itinerario del Principado de mayor refulgencia a los ojos de un hombre cuya generación –la denominada, sin demasiadas pruebas ni argumentación por su último estudioso, de 1917–, imbuida aún del espíritu de la Renaixença, aspiraba a reverdecer y emular sus creaciones en la crisis española y mundial de la primera posguerra mundial.

Lograda la consagración universitaria con la obtención de la cátedra de Historia de España de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Murcia aún en rodaje en 1922, el curso iniciado en dicho año fue el único en que la regentó un Valls i Taberner para el que, no obstante su cosmopolitismo y continuados viajes, el corazón del mundo cultural latía en torno a la plaza de la Generalitat y la Casa dels Canonges, lo que, al menos en el caso español, no dejaba en buena parte de ser cierto en los «felices veinte», cuando autores y obras del Principado ocupaban la vanguardia más prestigiosa de la evolución artística, literaria y científica. No por ello ha de creerse, sin embargo, que el sentimiento telúrico o la religación con un catalanismo hipostásico primase en él sobre la visión y el entrañamiento de la «España grande» de su jefe y mentor político, Francesc Cambó. Al igual que el líder de la formación política a la que perteneciera y representase en el parlamento español y en el catalán, Valls se esforzó indeficientemente por conjugar los dos patriotismos y, en el terreno cultural, por adunar relaciones y vínculos con la intelectualidad madrileña, según lo puso de manifiesto de forma destacada e indisputable el papel esencial jugado por el autor de San Ramón de Penyafort en las célebres jornadas de confraternización entre los primates madrileños y catalanes celebradas caída la I Dictadura, de la que, por cierto, sufrió Valls algún arañazo persecutorio como, a la medida del primorriverato, distinciones y reconocimientos como el nombramiento en 1929 de Director del Archivo de la Corona de Aragón.

La frontera de los años treinta, tan peraltada en muchas andaduras literarias y científicas del primer tercio del Novecientos, aparece también muy subrayada en la del prócer catalán. Bien que defraudado en su más acariciado anhelo –fracaso en el intento de conseguir la cátedra de Historia del Derecho en la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona (1933)–, su consagración académica y política en todo el horizonte nacional no impidió

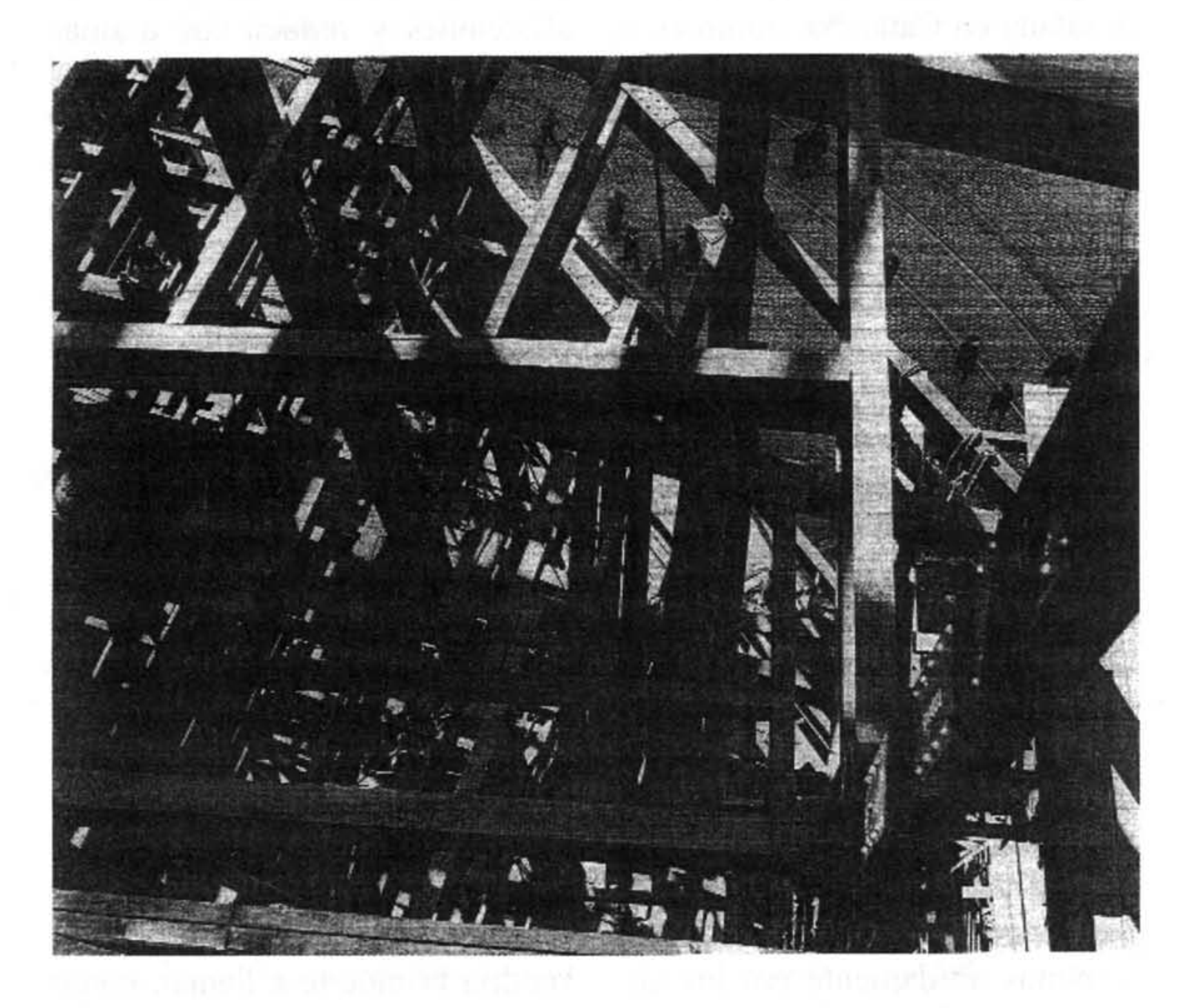
una lenta pero irrefrenable deriva hacia el cuestionamiento y revisión de algunos de los planteamientos que alimentaran hasta entonces su vida pública. Las tormentas de ésta en los días de la segunda República estuvieron, claro es, en la raíz de dicha metanoia. Antes, empero, de iniciar la segunda navegación platoniana, el desencadenamiento de la guerra civil desbarató hojas de rutas y opacó, siquiera momentáneamente, objetivos y ensueños. Escapado milagrosamente de la riada de sangre y fuego de la represión desatada en Cataluña, como en el resto del país, contra los elementos y sectores contrarios a la realidad vigente, la prueba del exilio acabó por decantar las posiciones esbozadas en los pródromos del conflicto fratricida. Retornado a España, su adhesión al bando franquista fue a un tiempo completa y matizada por el antiguo diputado de la Lliga. La dimensión tradicional, la repristinización de facetas y valores de la antigua España de la que el régimen se proclamaba adalid y defensor, sería asumida sin mayores vacilaciones ni escrúpulos por un Valls que, sin embargo, no vaciló nunca en descubrir su abierta renitencia a los factores de índole totalitaria abanderados más o menos nítidamente por los círculos más activos y juveniles de lo que no habría de tardar en convertirse en una dictadura personal.

Significativamente, su ocasional biógrafo, quizá por el comprensible pero quizás erróneo propósito de descargar y eximir a su personaje de las diatribas de que fuera y es objeto por la claudicación de sus ideales moceriles, pasa muy rápidamente la película del tramo postrero de la fecunda vida del prócer catalán. Durante su recorrido, colmado de afanes, honores y esperanzas, las viejas banderas no se plegaron, y su ardor fue extremo en paliar las aflicciones y reducir los dramas de los perseguidos y represaliados en la fase inaugural del primer franquismo, el más ciego, implacable y desatentado de todos. No pocas veces sus esfuerzos cristalizaron y otras no menos numerosas quedaron lejos de alcanzar su meta, pero nunca quedó desmentida tanto su hombría de bien como su amor insobornable a la tierra de sus antepasados.

En el crucial otoño de 1942, cuando despuntaban ya los rayos del desquite de la civilización sobre la barbarie y los partidarios de la monarquía encarnada por el Conde Barcelona –título adoptado por D. Juan de Borbón por influencia de las enseñanzas romanas del desterrado Valls–, vendría la muerte a llamar, como en el poema elegíaco más hermo-

so y penetrante de la literatura universal, a la puerta del buen caballero cuya vida retrata a grandes pero bien dibujados trazos José María Mas Solenchs, en un libro cuyo mejor elogio tal pudiera compendiarse en la afirmación de que sabe a poco y, a las veces, a muy poco. El personaje merecía más. ¿Porqué no acometerlo el mismo autor en una obra de más alto gálibo y extenso tratamiento?

José Manuel Cuenca Torilio



Claret, 1927, Construcción del edificio de la plaza de Cataluña, Barcelona

América en los libros

Julio Cortázar en Banfield, *Jorge R. Deschamps. Orientación Gráfica Editora, Buenos Aires, 2004, 175 pp.*
Cortázar, profesor universitario, *Jaime Correas. Aguilar, Buenos Aires, 2004, 205 pp.*

Dos nuevos libros sobre Cortázar se suman al goteo permanente de investigaciones que provoca el responsable de *Rayuela*. Se trata en esta ocasión de un volumen sobre sus años banfileños, tras la vuelta de la familia Cortázar-Descotte a la Argentina, apenas concluida la Gran Guerra; y de otro acerca de su estadía como docente en la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza), en plena expansión peronista.

El libro de Deschamps es un volumen algo descuidado en su escritura y en algunas dataciones básicas (a veces, Scott por Descotte, Rudesindo Pereira por Rudecindo Pereira o, por ejemplo, la noticia de que Cortázar sólo se casó una vez) o anecdóticas (que los compañeros de la escuelita lo llamaran «el belgicano» por su piel blanca, cuando era por su acento francés), pero bastante documentado en cuanto a lo que se refiere a Banfield y a esa relación de éste con Cortázar. Banfield, palabra a la que Cortázar siempre le metía tilde, fue el «metasuburbio» de Buenos Aires en el que él vivió parte de su infancia y adolescencia, entre los cinco y los dieciocho años, antes de trasladarse a Villa del Parque. En Banfield empieza a abrírsele el mundo y su huella quedará revelada como trasfondo en algunos de sus cuentos. La casa, regida por un matriarcado contundente (abuela materna, tía, madre y hermana: el padre abandonó a la familia recién reinstalados en la Argentina), con el jardín posterior, la lectura, los gatos, los ligustros y las hormigas horadando los jazmineros, se convertirá en referencia concreta, como lo es deliciosamente en el relato «Los venenos» o, más diluido, en el titulado «Deshoras».

La aportación de este libro estaría, pues, en algunos lazos de conexión entre Cortázar y Banfield que Deschamps rastrea, como la localización de la casa (hoy derruida) en Rodríguez Peña, la Escuela entonces domiciliada en la calle Talcahuano, la

recuperación de planos callejeros del pueblo, fotografías de aquella época (la mayoría de las de Cortázar, sin embargo, no son inéditas, pues están en alguna biografía anterior publicada en Europa), las entrevistas directas a algunas personas vinculadas al escritor (el niño) de aquel tiempo y, sobre todo, la recuperación cronológica del Banfield que acoge a Cortázar. Es una lástima que Deschamps haya perdido la oportunidad de mimar un material válido y valioso.

De otro lado, el libro de Correas es un texto sólido, bien documentado, que sabe acotar el ámbito de análisis que emprende y desarrolla. Informa, y lo hace con exactitud, sobre este Julio Cortázar que llega a Mendoza después de las experiencias docentes en San Carlos de Bolívar y Chivilcoy. Contaba entonces con treinta años y estaba convencido de que para él la vida había dado todo de sí. Es la época del Cortázar *mallarmeano,* si bien, del mismo modo, es la del autor que comienza a acercarse con seriedad y rigor al género narrativo, aunque aún no es el escritor que domina sus mecanismos. Pero casi, pues entonces publica ya el cuento «Bruja» en el *Correo Literario,* es verdad que plagado de erratas, el cual viene a marcar un impulso cuyo resultado se verá cristalizado en el inmediato volumen *Bestiario,* éste sí extraordinario en las ocho piezas que integran el título.

Cortázar llegó a Mendoza en julio de 1944 y volvió a Buenos Aires a finales de 1945. Su arribo, la aceptación de las tres cátedras (dos de Literatura Francesa y una de Literatura de la Europa Septentrional, que suponían seis horas de impartición a la semana frente a las dieciséis de Chivileoy) fue por la *asfixia* social que sufría en Chivilcoy. Mendoza, inicialmente, le atrapa por la visión de sus montañas, por la belleza de la ciudad, por el clima magnífico, por el rumor de sus acequias y por la misma universidad «sorbonesca»; no obstante, a los dos meses el lugar ya se le antoja «provinciano hasta la médula». En ese paréntesis, lee y escribe, así nos lo recuerda Correas, y establece complicidades amistosas, especialmente, con el grabador y pintor Sergio Sergi (Sergio Hocévar) y su esposa Gladys Adams. El libro de Jaime Correas, él mismo licenciado en Letras por la Universidad Nacional de Cuyo, es una exploración de ese segmento vital, un acercamiento a uno de esos períodos (como el de Bolívar o el de Chivilcoy) de encierro y búsqueda de sí mismo de un escritor que desconoce lo que se

le vendrá encima a partir de 1951 y ya en Europa: el éxito rotundo y la mitificación.

Recordemos algo que destaca en este libro, que son las fricciones políticas del momento. Los años de Cortázar como profesor en Mendoza (según es sabido, sin título universitario) coincidieron con la emergencia del peronismo y con la respuesta que determinados sectores sociales dieron a esta ideología populista en todo el país. La UNC se sumó a esa conmoción, a la protesta, y el mismo Cortázar participó en el encierro y en la toma universitaria por varios días. No deja de resultar curioso lo que fue esa implicación tan directa del escritor, alguien que, por entonces, no se sentía llamado a una actividad «política» tan definida y explícita. Habrá que esperar al decenio de los sesenta para descubrir al Cortázar más comprometido desde el punto de vista político. Pero aquí hay un arranque. Así nos lo recuerda Correas en este recomendable retrato que él ha trazado con claridad y que viene a cubrir un hueco no profundizado del todo por otros investigadores de la vida del escritor nacido en Bruselas (1914) y fallecido en París (1984).

Miguel Herráez

El despertar de Samoilo, *Daniel Samoilovich, Adriana Hidalgo editora Buenos Aires, 2005.*

Algunas de las primeras críticas de *El despertar de Samoilo*, último libro del poeta argentino Daniel Samoilovich (Buenos Aires, 1949), proponen una lectura que centra el debate en los límites de los géneros literarios. *El despertar* es una obra de teatro escrita en verso, y esto parece motivo suficiente para creer que se sitúa en un espacio fronterizo entre lo lírico y lo dramático; sin embargo, en la tradición de lo dramático es más que corriente el uso del verso, de la métrica y de la rima. Es fácil, recurriendo a Shakespeare o a Calderón, afirmar que lo que esta obra tiene de fuerza y de originalidad no pasa por ahí.

Una de las claves para una recepción más justa con el libro está en percibir la ambigüedad de su subtítulo: *El siglo XX, ¿qué se fizo?*, que se puede interpretar de dos maneras muy distintas. La primera, la más evidente, sería: *¿qué fue del siglo XX?* Esta opción, que se puede apoyar en una lectura centrada en el nivel temático, hace pensar que las aventuras del viajero protagonista le permiten al autor construir un recorrido histórico por las ruinas ideológicas del siglo que dejamos

atrás: Samoilo, muerto un siglo antes, es convocado por los dioses para que colabore con sus terrenales fines, y recorre el mundo recogiendo por todas partes un discurso fuertemente politizado en el que aparecen la guerra fría y Vietnam, la revolución rusa y el marxismo en América Latina.

Pero hay una segunda manera de interpretar el subtítulo: *¿qué se hizo en el siglo XX?* Así, el punto de partida nos propondría una recapitulación estética que, sin ninguna duda, es el plano en el que el texto alcanza toda su capacidad de estimular al lector. En cuanto la obra comienza se entrecruzan lo culto y lo popular, lo local y lo universal, lo absurdo y lo racional, con un planteamiento en el que subyace la estética del extrañamiento: se mira lo conocido hasta que devuelva la mirada, hasta lograr desfamiliarizarlo, como primer paso hacia una nueva visión. Diversos idiomas –italiano, francés, inglés, alemán, latín– se combinan con un riquísimo e imaginativo castellano, con abundantes neologismos –«eficaciente», «asaltataque»–, dando lugar a un lenguaje deformado no para adecuarlo a un sentido que se quiere transmitir, sino por puro placer. Refranes, lugares comunes y frases hechas aparecen alterados, reescritos, tanto los de la tradición popular («Esconde la piedra y tira la mano») como los de la ilustrada («¿Ignora esa ralea/ que nadie se baña/ dos veces en la misma brea?»). Tal vez este uso libre del lenguaje tenga algo que ver con la condición del protagonista, un muerto que no sabe que lo está: el grado máximo de la ignorancia, la independencia total de la realidad, libera a las palabras de un amo y de una misión, y entonces puede comenzar el verdadero juego.

Eso es, ante todo, *El despertar de Samoilo:* una fiesta infinita del lenguaje celebrando lo transitorio. La deformación del idioma, de todos los idiomas (que ya nos anuncia el personaje que aparece en la ilustración de la portada, que logra ser simultáneamente un bruto estrábico que abre la boca desmesuradamente y un sabio griego a punto de dictar un teorema), aporta una belleza grotesca y actual, con un pie en la tradición clásica, el otro en la barroca y los ojos haciendo un esfuerzo para contemplar y dejar de ver el torrente de imágenes que resume el siglo XX. Ese personaje de la portada es como el uso que aquí se hace del lenguaje: a un tiempo primitivo y sutil. Frente a la «lógica perversa del lenguaje» que, como se ha dicho, nos hace decir lo que ella quiere, frente a la «fe racional» que la sostiene, aquí las palabras se asocian –como en



todo poema, como en el inconsciente– por afinidades y contrastes, saltando de un idioma a otro, de Joyce a la tragedia griega, y no en función del sentido o del tema. El tema, si Samoilovich se rebajara a producir aforismos, podría quedar definido como un producto de la fe racional en el lenguaje. Pero decir tal cosa sería «risidículo» e incluso «dangeroso».

El autor, como en todos sus libros recientes, pega el zarpazo existencialista desde lo más hondo de la frivolidad. Metafísica que se burla de la metafísica, *El despertar de Samoilo* es un conjunto de espejos, el barroco y el clásico, el romántico y el modernista, el expresionista y el postmoderno, que giran para reflejar el siglo XX, un siglo que hace parodia pero «non sabe/ ni cómo ni por qué».

Mariano Peyrou

El silencio protagonista. El primer siglo jesuita en el Virreinato del Perú 1567-1667. *Laura Laurencich-Minelli / Paulina Numhauser Bar-Magen (ed.), Quito: Abya-Yala, 2004, 228 pág.*

En este volumen se publican las actas de un simposio del 510 Congreso Internacional de Americanistas que se celebró en 2003 en Santiago de Chile. El simposio llevaba el mismo nombre que aquí figura como subtítulo. «El punto de vista europeo-cultura y política jesuita bajo Claudio Acquaviva (1581-1615)», de F. Rurale, más que exponer esa política muestra sus presupuestos históricos: 1) la importancia de la religión en los estados europeos y 2) la fragmentación del poder, tanto en las organizaciones políticas como en las de tipo religioso. Los jesuitas no fueron una excepción: tuvieron confesores e importantes asesores teológicos en las cortes; sufrieron enfrentamientos con autoridades religiosas como Carlos Borromeo, pasaron por un proceso de «deshispanización» que produjo choques internos; fueron acusados de inmiscuirse demasiado en política; diversos miembros instaron a reformar la Constitución de la Sociedad; y un grupo de avanzada luchó en América del Sur por liberar a los indios de los abusos de la encomienda.

A. Colajanni, con «El virrey Francisco de Toledo como «primer antropólogo aplicado» de la Edad Moderna», sustenta este apelativo con la importancia que dio el virrey a la investigación de campo (su visita general de cinco años de duración) y a la recopilación de valiosas informaciones

sociales (lo recolectado en la visita abarca varios tomos). Colajanni se concentra luego en la relación entre Toledo y los jesuitas, pero no olvida indicar que la antedicha recopilación (congruente en forma y contenido con otras de la misma época aunque más voluminosa) tuvo como finalidad la preparación de decisiones políticas. Estas, a su vez, estaban orientadas a fundamentar la autoridad del monarca español; Toledo usó las informaciones recopiladas sobre todo para «demostrar» que los incas habían sido tiranos y, por tanto, dominadores ilegítimos, con lo que el rey de España venía a convertirse en liberador de los indígenas. Como al mismo tiempo Toledo destruyó toda autonomía indígena, y puesto que, ya antes de salir de España, había solicitado misioneros jesuitas pretendiendo nombrarlos él mismo (¡!), no estaría de más ver, en su actividad de escribiente meticulosísimo y coleccionista irrefrenable, una personalidad más neurótica obsesiva que antropológica.

«El conflicto interno de la Compañía de Jesús sobre las doctrinas de indios en los años 1568-1608 y el papel de Diego de Torres y Martín de Funes en su solución» es un resumen que hace G. Piras de su libro *Martín de Funes S.I. (1560-1611) e gli inizi delle riduzioni dei gesuiti in Paraguay,* libro donde la esclarecedora exposición del trasfondo ideológico de la actividad jesuítica en Sudamérica abarca mucho más espacio que el tema biográfico y el paraguayo puestos de relieve en el título.

Con «José de Acosta y la sombra de Felipillo», M. Guerre se adentra en los problemas lingüísticos de la conquista y la catequización. Mientras doña Marina prestó buenos servicios de intérprete en México, pésimos fueron los de Felipillo en Perú. Las autoridades religiosas se abocaron luego a la confección de catecismos en lenguas indígenas. Para lograr la necesaria unidad en la terminología teológica se acordó reducir las variantes del quechua a la cuzqueña, asunto muy problemático. Además se prohibió la intervención de intérpretes en la confesión. Acosta opinaba que había que eliminarlos también de cualquier actividad catequética; primeramente pensó que convenía aprovechar los mestizos y formarlos como intérpretes, pero luego notó que el haberse criado entre indios los inhabilitaba para una transmisión ortodoxa de la fe, así que dio en sostener que la única solución era difundir entre los indígenas el quechua cuzqueño.

Más reflexiones lingüísticas hace Vito Bongiorno en «ideología lingüística y contexto en fuen-

tes coloniales andinas», refiriéndose sobre todo a Alonso Borregán, Domingo de Santo Tomás y al Anónimo Jesuita. Pero las organizadoras del simposio tenían una prioridad mucho más específica que la indicada en el título; ambas defienden la autenticidad de los documentos descubiertos hace pocos años en Nápoles por Clara Miccinelli, según los cuales el autor de la *Nueva Corónica y Buen Gobierno* no sería el indígena Guaman Poma sino el P. Blas Valera (texto) y el coadjutor Gonzalo Ruiz (ilustraciones), ambos jesuitas mestizos chachapoyanos. En «Los manuscritos Miccinelli como testimonios de la evangelización jesuita del Perú», D. Domenici resume el libro *I nodi segreti degli incas* que había publicado en 2003 junto con su padre V. Domenici y que es, en mi opinión, la síntesis más objetiva aparecida hasta el momento sobre la intensa polémica desatada por los manuscritos napolitanos.

«El silencio protagonista: Luis López y sus discípulos», de P. Numhauser, se centra en la figura de uno de los 8 primeros jesuitas llegados al Perú (1567). López fue, además, maestro de los dos jesuitas mestizos antedichos. En 1578 fue juzgado y condenado por la Inquisición por los cargos de fornicación y herejía, pero se sabe que la verdadera causa fue su crítica a la política colonial española. Esta crítica, similar a la expresada en la *Nueva Corónica,* consta en un cuadernillo que la Inquisición requisó a López. El origen de todo ello fue un incidente que provocó un enfrentamiento entre algunos jesuitas y el virrey Toledo. Como el famoso Acosta (provincial de los jesuitas peruanos en aquel entonces) se puso en favor de Toledo, Numhauser lo llama «intrigante». Y como no se conoce ningún escrito jesuita sobre el incidente, la autora deduce que hubo una conspiración del silencio y que no aceptar actualmente los documentos Miccinelli equivale a ponerse del lado de los conspiradores...

S. Hyland, a su vez, en «Valera, Falcón y los mestizos del Perú» narra cómo en Lima, en 1551 y 1567, se había condenado la ordenación sacerdotal de indios, dejando la de mestizos a la discreción de los obispos. A finales de los 70, en cambio, la Corona prohibió ordenar mestizos. En 1582 los jesuitas peruanos decidieron no volver a admitir mestizos en la Sociedad y mantuvieron esta norma hasta su expulsión. En el Tercer Concilio Limense (1582-83), los obispos votaron a favor de la ordenación de mestizos; el abogado Francisco Falcón, que fungió allí de testigo, opinó otro tanto en 1583; Hyland saca a relucir los

manuscritos hasta ahora inéditos de dicho testimonio. La relación con Valera es marginal.

«Quipu y «escritura» en las fuentes jesuíticas en el Virreinato del Perú entre la mitad del siglo XVI y la primera mitad del XVII», de L. Laurencich, compara lo dicho sobre los quipus por los cronistas jesuitas conocidos y por los documentos Miccinelli también supuestamente jesuíticos. El Tercer Concilio Limense había condenado los quipus y ordenado quemarlos. Los cronistas jesuitas conocidos, que escribieron todos más tarde, se interesaron siempre por los quipus y consignaron la existencia de algunos con textos (aparte de los quipus numéricos). Los documentos Miccinelli contienen un quipu con texto y su traducción (Súmac Ñusta); el problema es que, entre los quipus conocidos, ningún otro emplea esos pendientes de valor simbólico (tocapus) que supuestamente conforman una escritura ideográfica de base silábica.

R. T. Zuidema, finalmente, estudia en «El quipu dibujado calendárico llamado pachaquipu en el documento Exsul Immeritus de la colección Miccinelli» entre dicho quipu (12 meses lunares + 10 días extra, pero estableciendo mediante colores la correlación con un calendario solar de 12 meses de 30 días + 5 extra) y el calendario incaico reproducido por otros cronistas. Importan los nombres de los meses, que ostentan semejanzas pero sobre todo diferencias; las semejanzas se dan especialmente con Guaman Poma. Pero Zuidema rechaza la posibilidad de que el autor sea Valera, sino que piensa más bien en alguien que haya conocido la *Corónica* de Guaman Poma, por ejemplo el jesuita Juan Anello Oliva (cosa que Laurencich rechaza en nota de p. 202).

Prescindiendo de los incontables errores de lengua (estos especialistas no tienen conciencia de que su castellano es deficiente), el resultado es positivo: una suma de avances, a veces minúsculos pero siempre laboriosos, en el estudio de una época y una organización religiosa de suma trascendencia en la historia colonial de Sudamérica.

Agustín Seguí

El desierto, *Carlos Franz, Mondadori, Barcelona, 2005, 420 pp.*

La violencia y los desmanes que han provocado las dictaduras latinas han sido contados hasta la saciedad produciendo el consiguiente hartazgo en el lector que

lee con alivio la joven literatura latinoamericana centrada e interesada en otra temática. La novela de Carlos Franz (Ginebra, 1959) vuelve a lo sabido y conocido: la narración de una tragedia personal y otra colectiva en la que sueños, ilusiones y esperanzas se quiebran y desmoronan. Su autor se detiene en una de las páginas más negras de la historia chilena: la dictadura que sucede al golpe militar que derribó a Allende. Más concretamente en lo qué ocurrió en Pampa Hundida, un lugar en el que se cometieron algunos de los más terroríficos crímenes siendo Laura, la protagonista, jueza en funciones y habiendo vivido una relación sadomasoquista con un coronel asesino. Para dar respuesta, Laura, que vive en Alemania, regresa después de 20 años al lugar de los hechos. Un viaje que es, en cierto modo, una vuelta a los orígenes, pero, también, una búsqueda de hacer justicia, un deseo de enfrentar los fantasmas y de reparar los errores cometidos. De esta manera, aparecen, uno a uno, todos los implicados, todos los que saben y callan. Ello da lugar a la aparición de subtemas: la tendencia a evitar la verdad; la perversidad de que es capaz el ser humano; la impotencia; la expiación; la vergüenza; la culpa; la inutilidad de la esperanza; las raíces de la sumisión, la humillación y el exterminio sistemático en nombre de una ideología; pero, también, como señala el autor, *El desierto* es una novela «sobre la transición, la memoria y la justicia». No podía faltar la recurrencia al sincretismo religioso, a los mitos y tradiciones populares, como la fiesta de la Diablada que expresa los más profundos sentimientos a través de la máscara - curiosamente, la idea omnipresente en la novela es que la historia enmascara determinados sucesos, de ahí que resulte una farsa como la propia celebración-Fiesta que, por otro lado, está impregnada de un trasfondo de terror como resume la frase inicial de Nietzstche.

A pesar de que este libro viene avalado por Carlos Fuentes, uno de los integrantes del jurado que otorgó a Carlos Franz el premio de novela La Nación-Sudamericana, hay que decir que sobran páginas en esta novela reiterativa, densa en metáforas y de ritmo excesivamente lento que conjuga dos voces: una 3ª persona y la carta que Laura escribe a su hija contándole lo sucedido en Pampa Hundida, espacio inspirado en lugares imaginarios y reales como La Tirana «una ciudad santuario muy potente en símbolos, donde en las fiestas la gente se disfraza de diablos», como señala el autor de *Santiago Cero*.

Novela ambiciosa, fundamentalmente de ideas, que conecta,

también, con el género policiaco, erótico y fantástico en una historia que funde el destino individual y el de una nación.

Milagros Sánchez Arnosi

El área pequeña, *Miguel Manrique, Entrelíneas Editores. Madrid 2005. 220 pág.*

Miguel Manrique, periodista colombiano, lleva unos cuantos años residiendo en España. Colaborador en distintos medios informativos impresos, tanto españoles como de su país, actualmente trabaja en televisión, en Dos Mundos Producciones, para distintos canales de Hispanoamérica, y en la cadena Telemando que, en lengua castellana, emite para los Estados Unidos y resto del continente. Entre crónica y crónica, entre reportaje y reportaje, Manrique ha encontrado tiempo para escribir una novela centrada en el mundo del fútbol. No existe mucha narrativa que tenga al fútbol y sus futbolistas como protagonistas. Es curioso, pero es así. Periódicos y televisiones disponen de un buen número de páginas o minutos, para contamos lo que sucede en los estadios, los entrenamientos, las lesiones, los fichajes, las declaraciones de entrenadores, jugadores, directivos... ¡Hasta recibimos información de cómo van las ventas de localidades, con imágenes o fotos del público ante las taquillas, para el próximo partido! Y sin embargo, la novelística en general, se ha olvidado del fútbol, salvo en contadas y raras excepciones.

El protagonista de la novela de Miguel Manrique es un portero de fútbol. Dicen los que saben de fútbol, que los guardametas son unos seres diferentes. Se habla de la soledad del portero entre los tres palos que debe saber conservar sin que ese imaginario espacio sea traspasado por el balón. Si el partido va bien para su equipo, los guardametas ven el encuentro desde lejos, con sus defensas casi metidos en el terreno del rival. Están solos. Ni siquiera acuden a abrazarse con el resto de sus compañeros cuando uno de ellos ha marcado un gol. Lo festejan en solitario dando, a lo sumo, un salto de alegría. Por el contrario, cuando las cosas van mal y es su equipo quien pasa apuros, él será el único responsable de los goles encajados. Los errores de los porteros son decisivos, mientras que los de sus compañeros son olvidables. Las cosas son así. Y siguen diciendo los expertos en la materia que, precisamente por

todo lo ya escrito, esos hombres son seres diferentes, que nada tienen que ver con el resto del equipo.

Así las cosas, Manrique nos cuenta la vida de un guardameta, sus depresiones y sus euforias, su doble vida sentimental, en este caso. Y además, sus locuras, sus reacciones humanas fuera de todo sentido de la lógica. Porque la rareza de estos individuos no se sabe si es producto de su posición en el terreno de juego o si es la rareza que hay en ellos, la que les lleva precisamente, a ser porteros de fútbol.

Manrique utiliza lenguaje periodístico en toda la narración. *El área pequeña* es un reportaje, género que desgraciadamente se va perdiendo en el periodismo escrito. Un reportaje que nos habla de la soledad del guardameta, de sus fracasos y triunfos, que unos y otros se trasladan a su vida privada, llena de altibajos y depresiones, de amores y desamores, de sexo y rechazo. Y cuando el narrador habla de un partido de fútbol, su lenguaje periodístico es el de la crónica. Es decir, estamos ante la novela de un periodista que no sé si ama el fútbol, pero que, por lo que se deduce, sí lo conoce desde dentro. Novela para leer del tirón.

José María de Juana

El pergamino de la seducción, *Gioconda Belli, Seix Barral Novela Histórica, Madrid, 2005, 336 pág.*

«Que la reina está loca y nadie debe saberlo.» Así se justificaba en la España del Renacimiento el encierro de la bella y lúcida y rebelde Juana de Castilla en un antiguo palacio de Tordesillas, cerca de Valladolid. Monstruosidad que duró 47 años, entre los 29 y los 76 de esta mujer única en su tiempo.

Juana nació en 1479 y murió en 1555. Hija de Isabel la Católica y Fernando de Aragón, esposa del archiduque de Borgoña y señor de Flandes Felipe el Hermoso, y madre de quien acabaría arrebatándole el trono, Carlos I de España y V de Alemania, fue transformada en «medio bruja, medio maga» (de acuerdo con la frase que Virginia Woolf dedicó a «las mujeres de gran talento», como Juana, nacidas en el siglo XVI, y que la autora cita en la primera página) merced a una conspiración triangular de la que formaron parte su padre, su marido y su hijo. Cada uno de ellos, obedeciendo a sus singulares intereses de poder, maquinaron y mantuvieron con celo propio de hienas la historia de su «locura».

Tenía que ser una mujer –la nicaragüense Gioconda Belli (Managua, 1948)– la encargada

de restablecer la verdad, cinco siglos después, y por medio de la «ficción» histórica. Aquí, Juana asciende desde la infinita opacidad en la que, por segunda vez, la encerró la Historia, y brilla para nosotros gracias al poderoso foco con que la ilumina Belli.

La iluminación es total. Hermosa y altiva, esta reina destinada a no reinar es de una absoluta espontaneidad para una época que no la admitía (sobre todo, en las mujeres), libre hasta la obcecación, frágil y fuerte a un tiempo y, lo más escandaloso, de un instinto sexual y un sentido del erotismo desbocados. Su relación amorosa, salvaje, con Felipe es pintada como pocas veces se ha hecho en la literatura escrita por mujeres.

En la España de la Inquisición, el destino de Juana estaba sellado. El primero en poner los cimientos fue, paradójicamente, el propio Felipe, dispuesto a reinar en su lugar, para favorecer los intereses flamencos en detrimento de los castellanos y sus propias ansias de poder. Entre otras cosas, Felipe ordenó al español Martín de Moxica que anotase en un legajo todo lo que ella hacía o dejaba de hacer. Por ejemplo –cuenta Juana–, «como si de un delito se tratase, que yo me bañaba varias veces al día, me lavaba los cabellos a menudo y mis habitaciones flotaban en un aroma de almizcle tan intenso que a duras penas se podía respirar». Felipe enviaría esta relación a los padres de la princesa heredera, «pensando probarles así que yo estaba perdiendo no sólo el juicio, sino el sentido del bien y del mal».

La autora, quien en su adolescencia vivió en un internado de Madrid, traslada su experiencia de entonces a un *alter ego,* Lucía, coprotagonista, en otro plano temporal –el de los años sesenta del siglo XX–, de la narración. Al conjuro de la voz de Manuel, un profesor de historia español que la seduce por partida doble, contándole la tragedia de Juana y ganándosela para sí, Lucía describe e interioriza por completo el ciclo vital de la princesa «loca» hasta el punto de que, en ocasiones, no sabrá distinguir el tiempo real en que vive del tiempo desde el que se le narra, como suele ocurrir con los buenos lectores de buenas novelas históricas. Aunque ésta, más que buena, es perfecta.

En el internado las alumnas escriben cartas por la noche, bajo el escrutinio de la madre Sonia: «Sus pasos –recuerda Lucía– apenas hacían ruido, como si levitara, pero la pesada tela del hábito al desplazarse, las cuentas del rosario dándose unas con otras, y el penetrante olor a lana que desprendían sus vestimentas dejaban surcos en el aire como los de una

embarcación moviéndose sigilosa entre ruidos de páginas y lápices arañando el papel».

He aquí una metáfora de la novela misma: escritura que levita, embarcación que se mueve sigilosa dejando surcos en el aire de nuestro cuarto de lectura, y que percibimos que es el mismo que impregnaba las ceremonias del amor en el lecho perfumado de Juana y Felipe, para transformarse a continuación en la atmósfera sin aromas, seca, aterradora del encierro de Tordesillas.

Ricardo Dessau



Marín, 1928, Fachada de la central interurbana de Cartagena, Murcia

El fondo de la maleta

Una dama insistente

Por primera vez en castellano aparece *Genji monogatari,* el clásico relato japonés suscrito en el siglo XI por la señora Murasaki Shikibu. Una de las tantas vueltas y revueltas del mundo editorial español ha querido que salieran al mercado, a la vez, dos traducciones del mismo texto: la de Jordi Fiblas (*La historia de Genji,* Atalanta, Gerona) y la de Xavier Roca-Ferrer (*La novela de Genji,* Destino, Barcelona). No son directas, sino retraducidas del inglés y de dos traducciones diversas (una de ellas, la primera, de Royall Tyler, tenida por filológicamente más respetuosa y austera) que se basan, a su vez, en una adaptación al japonés moderno. O sea que podemos leer traslados de tercera generación, por decirlo así.

El evento da para mucho. Ante todo para entender qué significa traducir y qué leemos cuando leemos a los clásicos de otra lengua, a los letrados de otros tiempos y otras historias. Asimismo, qué ocurre cuando hay que pasar de una escritura ideográfica o ideogramática a otra, fonética. Y qué sucede cuando perdemos las connotaciones que las palabras tuvieron en su época y que ahora son arqueología.

De momento, quede la borrosa y fuerte figura de esta dama que emprendió, hace mil años, la tarea de redactar y pintar (dicho sea literalmente) una gigantesca narración que, en un lector occidental, evoca enseguida las grandes empresas de Tolstói, Proust o Martin du Gard. Es incierto el texto que el lector español tiene ante sí, dadas las cribas que la historia le ha ido añadiendo. Esto entorpece pero, igualmente, hace más sabrosa la experiencia. Y, por encima de los detalles literarios y filológicos, de la lejanía que nos separa de aquel Japón cortesano, budista y mágico, queda la facultad insistente de Murasaki, que cae y recae a través de los siglos y sigue teniendo algo que decirnos. Este empecinado quedarse en el tiempo es una de las notas que aseguran la existencia del arte. Murasaki no previó que existiría una

lengua en la que nos aproximáramos a ella en el siglo XXI, pero confió en que otros seres humanos la interpelaran desde el entonces desértico mundo del futuro.



Marín, 1928. León-Santiago Km. 27

Colaboradores

ISABEL DE ARMAS: Crítica y ensayista española (Madrid).
JORGE BOCCANERA: Escritor argentino (Buenos Aires).
JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO: Historiador español (Córdoba).
RICARDO DESSAU: Crítico y periodista argentino (Buenos Aires).
MIGUEL HERRÁEZ: Escritor español (Valencia).
JOSÉ MARÍA DE JUANA: Crítico literario español (Madrid).
ANTONIO LAGO CARBALLO: Escritor español (Madrid).
MARCO ANTONIO LANDAVAZO: Historiador español (Madrid).
DOMINGO LILÓN: Historiador español (Pécs, Hungría).
DANIEL LINK: Escritor argentino (Buenos Aires).
EDUARDO MOGA: Escritor español (Barcelona).
SALVADOR E. MORALES PÉREZ: Historiador cubano (Morelia).
ANTONIO MORENO: Crítico literario española (Elche).
OLGA MUÑOZ CARRASCO: Crítica literaria española (Madrid).
JULIO ORTEGA: Escritor peruano (Rodhe Island, Estados Unidos).
MARIANO PEYROU: Escritor argentino (Madrid).
JAIME PRIEDE: Crítico literario española (Gijón).
AGUSTÍN SÁNCHEZ ANDRÉS: Historiador español (Morelia).
MILAGROS SÁNCHEZ ARNOSI: Crítica literaria española (Madrid).
AGUSTÍN SEGUÍ: Historiador argentino (Saarbrücken).
SAMUEL SERRANO: Escritor colombiano (Madrid).
ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ: Crítico y ensayista español (Barcelona).



Revista de Occidente

Revista mensual fundada en 1923 por
José Ortega y Gasset

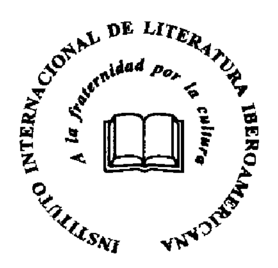
leer, pensar, saber

j. t. fraser • maría zambrano • umberto eco • james buchanan • jena-françois lyotard • george steiner • julio caro baroja • raymond carr • norbert elias • julio cortázar • gianni vattimo • j. l. lópez aranguren • georg simmel • georges duby • javier muguerza • naguib mahfuz • susan sontag • mijail bajtin • ángel gonzález • jürgen habermas • a. j. greimas • juan benet • richard rorty • paul ricoeur • mario bunge • pierre bourdieu • isaiah berlin • michel maffesoli • claude lévi-strauss • octavio paz • jean baudrillard • iris murdoch • rafael alberti • jacques derrida • ramón carande • robert darnton • rosa chacel

Edita: Fundación José Ortega y Gasset
Fortuny, 53, 28010 Madrid. Tel. 410 44 12

Distribuye: Comercial Atheneum
Rufino González, 26. 28037 Madrid. Tel. 754 20 62

Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana



Revista Iberoamericana

Directora de Publicaciones
MABEL MORAÑA

Secretario Tesorero
BOBBY J. CHAMBERLAIN

Suscripción anual

Socios	U$S 65.00
Socio Protector	U$S 90.00
Institución	U$S 100.00
Institución Protectora	U$S 120.00
Estudiante	U$S 30.00
Profesor Jubilado	U$S 40.00
Socio Latinoamérica	U$S 40.00
Institución Latinoamérica	U$S 50.00

Los socios del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana reciben la *Revista Iberoamericana* y toda la información referente a la organización de los congresos.

Los socios protectores del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana reciben la *Revista Iberoamericana,* todas las publicaciones y la información referente a la organización de los congresos.

INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERICANA
Revista Iberoamericana
1312 Cathedral of Learning
University of Pittsburgh
Pittsburgh, PA 15260
Tel. (412) 624-5246 • Fax (412) 624-0829
iili+@pitt.edu • http://www.pitt.edu/~iili

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

LOS DOSSIERS

- 559 Vicente Aleixandre
- 560 Modernismo y fin del siglo
- 561 La crítica de arte
- 562 Marcel Proust
- 563 Severo Sarduy
- 564 El libro español
- 565/66 José Bianco
- 567 Josep Pla
- 568 Imagen y letra
- 569 Aspectos del psicoanálisis
- 570 Español/Portugués
- 571 Stéphane Mallarmé
- 572 El mercado del arte
- 573 La ciudad española actual
- 574 Mario Vargas Llosa
- 575 José Luis Cuevas
- 576 La traducción
- 577/78 El 98 visto desde América
- 579 La narrativa española actual
- 580 Felipe II y su tiempo
- 581 El fútbol y las artes
- 582 Pensamiento político español
- 583 El coleccionismo
- 584 Las bibliotecas públicas
- 585 Cien años de Borges
- 586 Humboldt en América
- 587 Toros y letras
- 588 Poesía hispanoamericana
- 589/90 Eugenio d'Ors
- 591 El diseño en España
- 592 El teatro español contemporáneo
- 593 El cine español actual
- 594 El breve siglo XX
- 595 Escritores en Barcelona
- 596 Inteligencia artificial y realidad virtual
- 597 Religiones populares americanas
- 598 Machado de Assis
- 599 Literatura gallega actual
- 600 José Ángel Valente
- 601/2 Aspectos de la cultura brasileña
- 603 Luis Buñuel
- 604 Narrativa hispanoamericana en España
- 605 Carlos V
- 606 Eça de Queiroz
- 607 William Blake
- 608 Arte conceptual en España
- 609 Juan Benet y Bioy Casares
- 610 Aspectos de la cultura colombiana
- 611 Literatura catalana actual
- 612 La televisión
- 613/14 Leopoldo Alas «Clarín»
- 615 Cuba: independencia y enmienda
- 616 Aspectos de la cultura venezolana
- 617 Memorias de infancia y juventud
- 618 Revistas culturales en español

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Boletín de suscripción

Don ....

con residencia en ....

calle de ...., núm .... se suscribe a la

Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de ....

a partir del número ...., cuyo importe de .... se compromete

a pagar mediante talón bancario a nombre de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.

.... de .... de 2004

El suscriptor

Remítase la Revista a la siguiente dirección ....

....

Precios de suscripción

		Euros	
España	Un año (doce números)	52 €	
	Ejemplar suelto	5 €	
		Correo ordinario	*Correo aéreo*
Europa	Un año	109 €	151€
	Ejemplar suelto	10 €	13 €
Iberoamérica	Un año	90 $	150 $
	Ejemplar suelto	8,5 $	14 $
USA	Un año	100 $	170 $
	Ejemplar suelto	9 $	15 $
Asia	Un año	105 $	200 $
	Ejemplar suelto	9,5 $	16 $

Pedidos y correspondencia:

Administración de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Agencia Española de Cooperación Internacional

Avda. de los Reyes Católicos, 4. Ciudad Universitaria

28040 MADRID. España, Teléfono 583 83 96

Próximamente:

Emilia Pardo Bazán

Adolfo Sotelo Vázquez

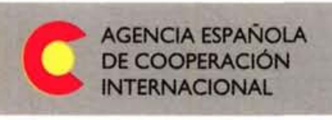
Ermitas Penas

Marisa Sotelo Vázquez

Leonardo Romero Tobar

Julia Santiso





DIRECCIÓN GENERAL
DE RELACIONES
CULTURALES Y CIENTÍFICAS





5 euros